

A woman in a long, flowing red dress with a high slit and a train of large red rose petals is walking. She is holding a small white envelope in her right hand and wearing red high-heeled shoes. The background is a dark blue gradient.

# ROJO VALENTINO

PAULA B. HEBRARD

D.J.57

Copyright © 2014 por Paula B. Hebrard.

Rojo Valentino - 1ª Edición: Noviembre 2014.

Todos los derechos reservados.

[www.facebook.com/rojovalentinooficial](http://www.facebook.com/rojovalentinooficial)

*Diseño de la portada:* Mauricio Hebrard -

Diseñador Gráfico e Ilustrador.

*Ilustración de tapa:* © Mauricio Hebrard -

Diseñador Gráfico e Ilustrador.

hebrard.heb@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

# INDICE

- I. [Lluvia](#)
- II. [La Confesión](#)
- III. [La Traición](#)
- IV. [El Doble Juego](#)
- V. [Comienza el Juego](#)
- VI. [Visita Inesperada](#)
- VII. [Otra Visita, Otro Hombre](#)
- VIII. [La Caja](#)
- IX. [Confesiones a la Hora del Té](#)
- X. [Cambios de Humor](#)
- XI. [La Última Pista](#)
- XII. [El Viaje](#)
- XIII. [El Video](#)
- XIV. [El Secreto de Familia](#)
- XV. [¿Sí o No? Esa es la Cuestión](#)
- XVI. [El Puesto Merecido](#)
- XVII. [Perdida Sin Ti](#)
- XVIII. [El Retrato](#)
- XIX. [Almuerzo Infernal](#)
- XX. [La Boda de Sangre](#)
- XXI. [La Mentira a la Luz](#)
- XXII. [Amigos con Beneficios](#)
- XXIII. [El Comienzo](#)

# I

## *Lluvia*

¿Mi nombre? Cecilia Valentino, mujer soltera... a ver, ¿y qué más? Vivo sola... ¿Ese sería mi perfil en una página web de “Cita a Ciegas”? Me vi patética enfrente de mi notebook llenando ese formulario, un sábado al mediodía. Quería hacerlo por diversión, pero eso me deprimió.

Mi vida era monótona: de mi casa al trabajo, del trabajo a mi casa. Los días de semana eran una locura, pero los fines de semana eran aburridísimos, especialmente los domingos ¿Amigas? tampoco tengo; lo digo por mala experiencia y no es que sea antisocial... porque entre mujeres, desde que el mundo es mundo, seremos siempre rivales.

Fin de semana: como todos, pero —puedo dejar un “pero”—, esta vez fue distinto.

Ese sábado estaba lloviendo. Sola en casa, me senté en mi silloncito de mimbre que heredé de mi abuelo. Mientras me comía una manzana roja, me puse a mirar por la ventana cuán triste y desolado estaba el día. En un momento, pensé en ponerme a limpiar un poco la casa, pero no tenía ánimos ni siquiera de barrer el piso. Lo único que tenía ganas era de estar acurrucada en mi cama con la compañía de un hombre especial que me cobijara y me cuidara cuando durmiera. Sentía el frío en mi cuerpo y en mi alma... no había nada que calmara este vacío. Inmersa en mis fantasías, la penumbra del sol, y la lluvia que golpeaba el techo de mi casa —como si cada gota fuese un solo sonido—, me hizo caer en un profundo sueño. ¡Uf! ¡Qué poética! ¿No? Bueno, estaba inspirada.

A la media hora, me desperté de la nada. Miré la hora en el reloj de la pared y vi que eran las cinco de la tarde. Aburrida y sola, decidí entonces, levantarme de mi silloncito y prepararme para salir. Me dirigí hacia el baño y

llené la bañera, poniéndole luego, unas sales minerales que encontré por ahí en un rincón del armario del baño. El agua estaba tan caliente que el espeso vapor de la bañera empañó el espejo del baño y luego le agregué un poco de agua fría para que sea tolerable al sumergirme. Después del relajante baño, me puse las mejores cremas que tenía y rocié en mi cuello mi perfume preferido; peiné las ondas cobrizas y luego, elegí de la cajonera, ropa interior color blanco con encaje y un vestido rojo con pequeños lunares blancos y unos zapatos que combinaban, los cuales los tenía muy bien guardados que no me acordaba que existían. Por supuesto que no debía faltar el rouge colorado... era una costumbre que adopté de mi tía Emilia... bueno, más adelante la van a conocer.

Salí de mi casa con mi abrigo de paño y con un paraguas para evitar mojarme el pelo y llamé al primer taxi que pasó por la calle. Le dije que me llevara a la confitería de la estación y así obedeció el hombre.

Yo entré al café un poco nerviosa, como si tuviese una cita. Me senté al lado de la ventana, como lo hacía siempre. Luego se me acercó el mozo, preguntándome qué deseaba tomar y decidí por una copa de helado de frutos rojos y crema americana. Me sentía tan plácida que no me había arrepentido de haber salido de casa. Mientras esperaba mi pedido con cierto júbilo, miraba por la ventana a la gente cómo corría por la lluvia: algunos se tapaban con el cuello del abrigo, otros con el portafolio y una pareja veinteañera iban abrazados, con pasos pocos apresurados... ese cuadro me enterneció.

Luego de unos minutos, vi entrar al café un hombre alto, con un sobretodo de paño negro y unos guantes de cuero del mismo color, y su pelo estaba prolijamente engominado. Repentinamente, se dio vuelta y vi su rostro con facciones bien varoniles y en el medio de su mentón se le hacía un pequeño pozo; sus ojos eran grandes, pero no alcancé descubrir bien el color; su nariz era más bien recta y sus labios no eran ni demasiado finos ni gruesos.

Parecía que estaba buscando a alguien que miraba hacia todos lados. En un momento, me miró... yo me quedé helada mirándolo también que hasta me sonrió, pero luego lo perdí de vista por el tumulto de gente que se había concentrado en la entrada del café. Por dentro, me dije a mi misma “¡me encanta ese hombre!”.

Después, llegó el mozo con mi helado y le agradecí luego con una sonrisa. Pensaba entre mí “¿quién sería ese hombre? ¡Quiero conocerlo!” Al minuto, iba por la mitad de la copa; de repente, lo vi a este hombre, charlando

con otro hombre, en la barra de la confitería. Él no despegaba sus ojos en mí... yo no sabía qué hacer y no me animaba a mirar hacia atrás... en realidad, no me quería desilusionar si estaba mirando a otra.

No sabía si en el lugar habían subido la calefacción, o era yo por el momento que estaba pasando. Trataba de comer el helado de una forma elegante, pero a la vez quería hacerlo de una manera seductora.

En un momento, él se despidió con el que estaba hablando, dándose la mano... pensé que se me iba a acerca, ya que venía hacia mí. Traté de arreglarme un poco el pelo, pero me di cuenta que él se fue hacia la puerta de salida... realmente me decepcioné. Después que terminé mi helado, salí de la cafetería. Me paré en la esquina —que no paraba de llover—, tratando de tomar un taxi... me empapé de esperar.

Ya lunes, estaba sentada en mi escritorio, pensando en ese hombre, que me encantó e imaginándome qué le diría si alguna vez lo volvería a encontrar. De repente, apareció bruscamente y asustándome a propósito, mi compañero de oficina, Rafael Casanova. Siempre hacía lo mismo en asustarme, que yo terminara enojándome y él riéndose de mí sin piedad. O también me observaba todo el tiempo, más cuando estaba en la fotocopidora a unos dos metros a espaldas mía; él siempre tenía el pretexto de ir a sacar fotocopias... yo me daba cuenta porque lo veía a través del monitor de mi computadora.

Era un tipo simpático, sobre todo, era muy guapo... tenía una mirada celeste encantadora, y su pelo era castaño y lacio... Pero (siempre hay un pero) el único defecto que tenía era que le hacía honor a su apellido. Con todas las chicas de la oficina tenía un affaire de dos semanas, que siempre terminaban en una conflictiva ruptura y luego la renuncia de éstas. Por cierto, era insoportable el ambiente de trabajo. La última vez que pasó uno de estos culebrones de novela, el jefe le advirtió a Rafael que si seguía generando problemas de esta índole, lo iba a echar del trabajo por “perturbar la tranquilidad del ambiente laboral”.

En fin, después de eso no se lo vio acercarse a nadie de las chicas de la oficina, y a las nuevas ni de reojo las miraba... pero como siempre, eso le duró una semana. Siguiendo al tema anterior, Rafael siempre me decía entre sonrisas “¿En qué estás pensando?” cuando me enganchaba justo volando en mi cabeza, pero esta vez me preguntó:

—¿En quién estás pensando? Si se puede saber. —perpleja me quedé mirándolo, como si supiera lo que me pasaba.

—En nadie. —le respondí incómoda y un poco sonrojada, pero disimuladamente.

—Si te vieras la cara cuando te pregunto.... Voy a seguir con mi trabajo. —me dijo sonriente y se fue a su escritorio. Yo seguí con lo mío, ya que tenía mucho que hacer en mi trabajo. Ya de tanto pensar, empezó a dolerme la cabeza y tomé de mi cartera unas aspirinas.

La hora de irme a casa se me hacía interminable, hasta que se hicieron las 7 de la tarde. Salí a la vereda a buscar un taxi. Estaba llovisnando, apenas unas gotas pero ningún taxi paraba: estaban ocupados o se dirigían hacia otro lado. De golpe, empezó a llover más fuerte hasta empaparme toda. Traté de buscar un sitio donde tenga techo pero no había ninguno cerca de la zona. Me acobardé y me quedé esperando a ver si un taxi se dignaba a llevarme. De repente, paró un coche del lado de la vereda en donde yo estaba, y se bajó el vidrio del mismo, del lado del conductor... era Rafael:

—Subí, te alcanzo hasta tu casa. —me dijo con su sonrisa encantadora. No me quedaba otra que subir. Mi corazón estaba molestándome.

Íbamos callados ambos durante el viaje, escuchando la radio, no sabía de qué hablarle. Me vi empapada que se me traslucía todo, ya que tenía solamente la camisa blanca, y trataba de taparme con mis brazos, cruzándolos en la altura de mis pechos. También tenía tanto frío que le apagué el aire del auto. En un momento, se me ocurrió decirle algo, para que no quedemos en silencio:

—¡Qué día! ¿No? Está para quedarse en la cama, tomarse un té bien calentito y no salir. —comenté inocentemente.

—A mí, como este tipo de días, me gusta salir. —me contestó mirándome medio raro... como embobado. Yo me quedé callada y no supe qué decirle, nada más que un “¿ah si?”. De repente vi que bajó de un Porsche, ese hombre apuesto. Se dirigía hacia un restaurante muy fino de la Costanera. Le pedí a Rafael determinantemente que parara el auto...

—¡Pará acá! —le dije gritando que le destrocé el tímpano. Pobre, casi lo dejé sordo y su auto sin frenos. Bajé rápidamente:

—Esperame un segundo Rafa, acá me bajo... ¡No te vayas, por favor! ¡Así se caiga el cielo! —le dije agitada y muy aprisa. Corrí hacia la gigante puerta de vidrio, y miré a través de ella a ese hombre elegante y seductor que me había cautivado con su presencia, pero no me animé a entrar. Dudaba si entrar o no, hasta que me animé y entré. Todas las personas que estaban en

sus mesas, se daba vuelta en mirarme porque estaba empapada de pies a cabeza. Fui a la barra y me senté... miraba de un lado a otro, para ver si lo encontraba a ese tipo. De repente, me tocaron el hombro y de golpe me di vuelta.

—¡Rafael! ¿Qué hacés aca? Te dije que te quedaras afuera. —le dije en voz baja.

—No podía dejarte sola en este lugar... van a pensar que sos prostituta. —me respondió con el mismo tono de voz.

—¿Eh? ¿Y cómo sabés eso? —le dije extrañada mientras miraba hacia mi izquierda.

—Es que... no sé si conviene que te diga, pero era habitué de este lugar. —lo miré sorprendida.

—¿Habitué? ¡Con las que te sobran en la oficina! —le dije sarcástica.

—¡No es lo mismo! Las de la oficina quieren noviar, con las prostis no pasa lo mismo. —me dijo muy en tono de ganador.

—Pero si eras habitué y ahora me ven con vos, ahí sí van a pensar que soy prostituta, así que andate. —le dije en voz baja. A los segundos, lo vi a él... impecable como la primera vez y me olvidé de Rafael. Lo único malo es que lo vi acompañado de una señorita... por cierto, muy fina y elegante y no parecía prostituta... bueno, eso parecía, aunque podría haber sido VIP.

Ya después de eso me desilusioné. Me di vuelta y no lo encontraba por ningún lado a Rafael.... “¿Y ahora qué hago?” me pregunté a mi misma. Encima empezó a llover con todo. Cuando salí afuera, de casualidad pude ver a través de la lluvia, un taxi libre que se aproximaba... entonces lo paré y lo tomé.

Entré a mi casa un poco extasiada y mojada de pies a cabeza. Puse el contestador por si alguien me dejó un mensaje, pero no. Fui al lavadero y puse toda mi ropa, hasta la interior, mojada en un fuentón y luego me fui al baño. Puse a llenar la bañera y me miré en el espejo.

Pensaba en él todo el tiempo. Me sentía extraña ¿cómo me pudo obsesionar eso? Y también me sentía una estúpida. Traté de pensar en otra cosa menos en ese hombre. Me metí a la bañera y me recosté plácidamente. Luego salí de ahí para acostarme a dormir.

Acostada en mi cama, mirando el techo, pensaba en aquel hombre extraño, que no sabía cómo era su vida ni cómo se llamaba. Tal vez, esa obsesión me llevó a concluir que el círculo en donde me movía están o



casados; romance demasiado complicado y poco atractivo; también de hombres solteros, guapos exitosos pero con un sentido de romance distorsionado, el miedo al “compromiso”... bueno, llamados “históricos”; y por si fuera poco... “gays”: ¡Los adoro! pero nunca te mirarían como objeto de deseo.

Lo que si, no dejaba de imaginarlo a ese hombre perfecto para mí, alguien como yo quería que fuera: “¿cómo sería mi romance con ese misterioso hombre? ¿Qué tan bueno sería? Esa noche di vueltas y vueltas pensando en él, una y otra vez... hasta que me dormí del cansancio.

## II

# *La confesión*

Llegué un poco más temprano al trabajo ¡como nunca! Mientras iban llegando mis compañeros, lo vi a Rafael: me miró y me saludó de lejos. Estaba muy raro ese día, ni siquiera fue a la fotocopiadora. Luego, pasaron unas horas y él se me acercó, pero esta vez sin asustarme:

—Estos son los documentos para verificar. El jefe los necesita en una hora más. —me dijo determinante.

—Bueno. —le respondí de la misma forma— ¿Qué te pasa? —le pregunté hábilmente.

—¡Por tu culpa me remolcaron el auto! —me contestó por debajo.

—¡¿Cómo?! —le contesté confundida.

—No sé ni por qué te hice caso... ahora me lo van a retener hasta no sé cuándo. —me dijo muy enojado.

—De verdad que no sabía que te podía perjudicar con mi abrupta decisión... si yo puedo ayudarte en algo.... —le dije sinceramente apenada.

—Nada. Después a la salida hablamos. —se fue acelerado y casi se choca con Vera, la secretaria del jefe que venía llena de carpeta en sus manos. Por suerte la pudo esquivar a tiempo. Miré hacia mi derecha y estaba Doris, una de mis compañeras; que era la más chusma de la oficina; estaba detrás de la bambalina que divide mi escritorio con el de ella mirando con esos lentes de miope alevosamente la situación. Ya me imaginé la bola que se iba a correr en toda la oficina y hasta llegué a pensar que al vernos juntos, lo podría perjudicar a Rafael por sus tontos antecedentes de casanova. Al darme cuenta, la miré fijo, como una especie de odio y ella se volteó rápidamente a su escritorio.

A la salida del trabajo, me quedé un rato en mi escritorio ordenando

algunos papeles. El jefe salió de su oficina, con su saco puesto y su maletín de cuero. Su nombre era Martín Pérez Robledo... era alto y delgado, y su pelo era castaño oscuro entremezclado con canas; se lo veía seguro al caminar... su presencia era imponente, pero nunca sentí ese “respeto con miedo” como lo tenían el resto de mis compañeros. Se despidió de mí cortésmente a lo que yo respondí de la misma manera. La señora de limpieza llegó con los elementos para dejar la oficina en orden. Me despedí de ella con un “hasta luego” y abrí la puerta para salir.

Empezó a llover nuevamente. Salí corriendo hasta la esquina a tomarme un taxi, pero no paraba ninguno.

Rápidamente crucé la otra calle, hasta que un BM frenó antes de que me atropellara. Del susto, me enredé con mis pies y caí de rodillas. Se me rompieron las medias de nylon y el taco de mi zapato. Estaba aturdida y sentí que alguien se bajó de este coche... me levanté del piso lentamente, como si estuviera en una película, y era él... ese hombre en el que tanto esperé encontrarme de vuelta. ¿Estaría soñando? No...

—¿Te lastimaste?... ¿Estás bien? —me preguntó preocupado. Yo me quedé sorprendida y lo miré fijamente sin poder creer lo que estaba viendo.

—¡Usted! —dije espontáneamente. No sé por qué le dije “usted”, como si fuera un señor mayor.

—¿Perdón? ¿Nos conocemos? —dijo confundido.

—Discúlpeme, creo que el shock de la frenada me hizo confundirlo con otra persona. —le respondí sonriente, para disimular.

—¿Cómo te llamás? —me preguntó mientras me cubría con su paraguas y yo trataba de pararme de punta de pie con el que no tenía el zapato puesto.

—Cecilia, ¿y el suyo? —le pregunté con la voz temblando del frío. Estornudé y él sacó su pañuelo escocés para dármelo.

—Julián. Mucho gusto. —me extendió la mano y yo le respondí tomándole la suya.— Entonces Cecilia, decime dónde querés ir que Héctor te lleva. —me ofreció amablemente.

—¿Héctor? —le dije confundida.

—Sí... ¡Perdón! Te hablo de él como si lo conocieras... Héctor es mi chofer. —solté una modesta risa.

—¡Ah! ¡Claro... el chofer! —le dije risueña. Subimos a la limusina y partimos. Le dije mi dirección al chofer y rápidamente el señor Julián le ordenó que nos llevara a mi casa.

—Esto es muy extraño. —solté una risa de nervios.

—¿Extraño? ¿A qué te referís? —me respondió frunciendo su entrecejo, pero esbozando una sonrisa.

—Sí. Es que... no soy de subirme a cualquier coche, es la primera vez que lo hago. No quiero que me malinterprete, señor Julián...

—No te preocupes, no pienso mal de vos. Y por favor, decime Julián, que me hacés sentir un viejo. —dijo entre risas.

—¿De qué trabajás? Si se puede saber. —le pregunté muy confiada. Ya me fui para el otro lado.

—Soy dueño de un holding, junto con otros socios. ¿Y vos? ¿En dónde trabajás? —me respondió naturalmente ¡Wow! Dueño de un holding... que más podía esperar. Mientras me hablaba, sin dejar de prestar atención a lo que me decía, miré en su mano izquierda si llevaba el famoso “anillo de casado”, pero ¡NO! “¡Qué suerte la mía!” me dije a mí misma.

—Justamente trabajo en un holding. —reí de nervios, y cuando me río de nervios realmente dejo sorda a la otra persona. Me moría si era él el dueño de donde trabajo.

—¿Ah sí? ¿En cuál? —me preguntó con cierta curiosidad.

—Bueno... en la empresa HardCom. —le respondí titubeante mientras se me transpiraban las manos de los nervios y me había vuelto el calor al cuerpo.

—Justamente tengo algunos conocidos en esa empresa.

—¿En serio? ¡Qué casualidad! —reí nuevamente de nervios mientras me distraía mirando hacia la ventanilla. Le sonreí y quedamos en silencio, nos miramos que en un punto me puso nerviosa y volteé la mirada hacia la ventanilla. Me di cuenta que habíamos llegado a mi casa.

—¡Ya llegamos! Aquí es donde vivo. —le dije aliviada.

—Fue un gusto conocerte, Clara. —me dijo cortésmente.

—Cecilia... me llama Cecilia. —le traté de corregir cortésmente.

—¡Perdón! —se rió.

—No hay problema... Igualmente fue un gusto, Julián. Y gracias por haberme traído hasta mi casa. —le respondí de la misma manera.

—Es lo menos que podía hacer. —me dijo con su hermosa sonrisa.

Me bajé del auto y saqué de mi bolsillo las llaves de mi casa. Vi que de a poco se iba yendo la limusina. Entré a mi casa y cerré la puerta con llaves y con el pasador. Me quedé apoyada a la puerta unos segundos como si hubiese

venido de una cita, como si fuese una adolescente ilusionada. Volví a la realidad y, como siempre hago diariamente cuando estoy fuera de casa, puse el contestador: tenía solamente un mensaje. Era Rafael que me decía:

—“Cecilia... soy Rafael... quería hablar con vos y... bueno... Te fuiste muy rápido y vi que subiste a un auto. Te llamo más tarde. Chau”

Borré el mensaje. Me dirigía para el baño hasta que sonó el teléfono. Fui a contestar. Tuve que decir dos veces “hola” porque no me contestaban. Después me respondieron del otro lado del teléfono: Era Rafael.

—¡Rafa! Recién escuché tu mensaje. ¿Estás mejor?

—Sí, gracias. Quería que nos juntemos en algún lugar a charlar, si es que no tenés otros planes... —me dijo un poco cortado... parecía nervioso.

—No... ninguno. ¿Cuál es el motivo? —me hice la tonta.

—Bueno... estuve pensando lo de la otra vez y quería disculparme. Fue todo tan rápido que no me diste el lugar de explicarte nada.

—Está bien. ¿Te parece mañana en el almuerzo?

—¡Sí! Perfecto. Cuando vos quieras —quedamos un segundo en silencio y me reí.

—Bueno, tengo cosas que hacer. Mañana nos vemos ¿ok? —su “sí” tímido fue lo último que le salió. Corté antes que se extendiera la conversación.

Al día siguiente, en el almuerzo, Rafael me llevó a comer a un buen restaurante. Me dijo que pida lo que yo quiera y que no me fijara en el costo. Tanta amabilidad y desprendimiento, me sorprendió. El mozo se acercó y pedimos cada uno nuestro menú. Él asintió y se llevó las cartas.

—Bueno, Cecilia —carraspeó—, no voy a esperar hasta que nos sirvan, así que aprovecho este momento para hablar... que fue el motivo por el que te invité. —lo notaba nervioso.

—Sí, claro. —le dije despreocupada mientras me tomaba el agua mineral y esperando su disculpa oficial.

—Sé que fui muy apresurado ese día que te invité a tomar algo. Y vos me dijiste que no podíamos tener una relación porque somos compañeros de trabajo ¿cierto?

—Cierto ¿y? —le dije mientras pellizcaba el pan.

—Bueno... es obvio que pase. Yo... como verás... estoy nervioso —se rió— Pero... —justo en ese momento pasaba un señor que vende flores y se acercó a nuestra mesa.

—Caballero, ¿una flor para su novia? —le dijo a Rafael con una voz carrasposa de los cigarrillos que fumaba, mostrando su sonrisa manchada por una mala higiene. Rafael me miró... estaba por decir que no, pero sacó la billetera de su saco.

—No es mi novio, señor. —le dije inocentemente soltando una risa. Julián estaba transpirando que se le notaba que le caía una gota en la cabeza y no le salió ni una palabra.

—Sí... deme una, por favor. —el señor le dio una y lo quedó mirando por la actitud extraña de Rafael. Luego se fue.

—¡Tu flor! —se rió nervioso mientras me daba la flor.

—Gracias. Qué atento. —le dije risueña— Entonces ¿Qué me querías decir?

—Bueno.... —tragó saliva—, yo... el otro día, planteé nuestra amistad que tenemos ya hace dos años, y... pensé mucho acerca de nosotros y bueno, creo que por la edad que tenemos y lo mucho que nos queremos y nos conocemos... quiero que sepas que yo... quiero tener algo serio con vos. —fruncí mi entrecejo porque no me esperaba esa declaración, justamente por parte de él. Además me pareció poco romántico e incoherente. Quedé en silencio dos segundos y me animé a decirle:

—¿Algo serio...? ¿Por qué “nos conocemos hace mucho”, “por la edad...”? ¿Qué clase de declaración es esa, Rafa? Me parece que te confundiste. —le respondí honestamente con una risa irónica.

—No estoy equivocado, Cecilia... es en serio esto que siento. Y creo que el ser compañeros de trabajo no nos impide tener una relación, yo creo que...

—Rafael... lo que me estás diciendo, no tiene nada que ver con los sentimientos.... Lo que pasa que para vos debo ser una figurita difícil, pero nada más. Perdoname, pero yo no quiero tener nada serio con vos... en realidad, ningún tipo de relación amorosa con vos. —me miró sorprendido... creo que no se esperaba esa respuesta.

—¿No... querés? —titubeó.

—No... y ambos sabemos muy bien cómo sos. No podés tener una relación seria... vos mismo dijiste que preferías a las prostitutas porque no quieren noviar con vos. No podemos ser más que amigos. —le respondí tajantemente.

—No te entiendo.... A ver —hizo una pausa— ¿Me estás diciendo que no, porque...?

—¡...Porque no quiero! ¡Así de simple! Además ese planteo “por la edad que tenemos” ¿A dónde la viste? No sos capaz de tener relaciones serías y pretendés que yo me fije en vos. —a él se le transformó la cara.

—Sos increíble, Cecilia. Al final no te entiendo. Pensé había onda entre nosotros y ahora me rechazás. No me gusta que me estés histериeando. —me contestó enojado.

—¿Cómo que histериeando?! ¡No lo puedo creer! ¡Justamente a mí me decís “histérica”! Te la pasás seduciendo a la mitad de la oficina, haciéndote el enamorado y luego las dejás porque te gustó otra. Así que no sé quién es el histérico acá. —le retruqué más enojada que él. Todo eso se lo dije a los gritos que todas las personas que estaban ahí me miraban por el escándalo que estaba haciendo.

—No es así... ¿Estás celosa? —se agarraba la cabeza ¡Qué tipo!

—¿Celosa? ¡Ja! ¡En tus sueños! Si se lo hiciste a las demás ¿por qué conmigo va a ser diferente? —le dije más calmada. Rafael, cambió de parecer por completo.

—Sí, soy un tarado. Perdoname, Cecilia. Con vos todo es distinto, porque sos distinta a las demás ¿Por qué no me creés? Sé que tengo la mala fama de ser un mujeriego, pero esto que siento es cierto. —me trató de convencer. Tomó mis manos y yo las solté rápidamente.

—Pensé que esta reunión tenía otro motivo. Estoy esperando tus disculpas por la otra vez. —le dije seriamente. Rafael me miró desorientado.

—¿Qué disculpas? ¿Yo te tengo que disculpar de qué? Perdoname, pero yo no tengo nada de qué disculparme. —me dijo irónicamente.

—¿Cómo que no? ¡Encima que me trataste mal...!

—¿Yo te traté mal? Esperá sentada las disculpas ¡Qué estupidez! —me dijo con una sarcástica risa, mientras se cruzaba de piernas y miraba hacia un costado.

—“¿Esperá sentada?” Yo no voy a esperar nada ¡tarado! —me levanté de la mesa— ¡Y ya sabés qué hacer con la flor! —dejé en la mesa la servilleta y agarré mi cartera para irme.

—¿A dónde vas? ¡Esperá que no trajeron la comida todavía! ¿Me vas a dejar así? —me dijo desesperado.

—¿Y qué esperabas? Mujeres te sobran, así que podés llamar a cualquiera que esté disponible. —le contesté indignada. Rafael no pudo seguirme...

Me retiré del lugar de mal humor, pasó justo un taxi y lo tomé. Durante el

viaje, meditaba todo lo que me dijo Rafael en el restaurante: ¿sería cierto todo lo que me dijo? ¿Y si dice la verdad? ¿Y si comienzo una relación con él, alguien que es real y conozco, y no un romance utópico como el que me estaba inventando con Julián, al que no conocía bien? Pero justamente tratándose de eso, como lo conocía perfectamente a Rafael, sabía que nuestra relación sería un desastre. Pero recordaba también cosas que me gustaban de él, y me hacían dudar. En un momento concluí “¿por qué no?” Pero al minuto me dije ¿Y si el destino me tiene guardado otra persona? Quién sabe.



### III

## *La traición*

Al otro día, llegué a mi trabajo un poco tarde. Ya estaban todos en sus puestos y se me acercó Vera, la secretaria del Jefe:

—Cecilia. El jefe quiere hablar con vos. Te está esperando en su oficina. —me quedé helada, no sabía qué estaba pasando. Miré hacia mi derecha y nuevamente la enganché a Doris espiándome, achicando los ojos detrás de esos lentes gruesos y moviendo la cabeza de un lado a otro como diciendo “¡que vergüenza!”. Golpeé la puerta del Jefe y éste me dijo que pasara. Entré y estaba sentado leyendo mi expediente en su sillón del escritorio. Me señaló con su mano como invitándome a sentarme frente suyo. Yo le hice caso.

—A ver... vamos a ver.... Señorita Valentino, Ud. ha sido una buena empleada de esta empresa. Todo está correcto. Su conducta es intachable y por sobre todo, es discreta.

—Sí, señor. —le contesté un poco nerviosa sin que se me moviera ni un músculo del cuerpo. El jefe seguía leyendo mi expediente con tranquilidad. Intuí que algo estaba pasando.

—Bien, además tenía buenas referencias de trabajo...

—No estoy entendiendo nada, jefe. —le dije con mi voz temerosa.

—Bien, ya que quiere ir al grano ¿tiene algo que decirme? —me preguntó como esperando que le dijera algo.

—No. —le contesté nerviosa... no sabía qué pretendía, pero algo no bueno, seguro. Él me quedó mirando sorprendido.

—¿No? ¿Segura...? —preguntó insistente.

—No sé, dígame usted ¿De qué se trata esta reunión, jefe? —le respondí con una leve sonrisa nerviosa. Ya me estaba sintiendo incómoda.

—La cité porque la he visto muchas veces con el señor Casanova, y yo le

pregunté a él si había algo entre ustedes....

—Es... es cierto que salimos a tomar algo por ahí juntos, pero de ahí una relación.... —titubeé.

—No me parece que sea eso solamente. Mire, señorita Valentino, voy a ser sincero con usted. Una compañera suya me dijo que también los ha visto a ustedes de una forma cómplice y dice haberlos visto juntos fuera del trabajo... y que usted se ha subido muchas veces al auto del señor Casanova ¿eso es cierto? —empezó a elevar la voz ¿Quién habrá sido la chusma? ¡Ya me imaginé quién! ¡Doris! Encima le agregó que me subí “muchas veces” — Además, el señor Casanova me acabó de confesar que tiene una relación con usted y que lo están ocultando para no perder el trabajo.... ¿Es así, señorita Valentino? Sabe perfectamente lo que decía el contrato de trabajo. Espero una respuesta suya. —cruzó sus manos arriba del escritorio, esperando mi respuesta. Yo estaba anonadada ¡¿Eso dijo?! ¡No podía creerlo! Ya me las iba a pagar, el imbécil.

—¡No es cierto, señor! ¡Son falacias tanto del señor Casanova como la de... esa compañera! No tengo ningún tipo de relación más que de compañeros... y lo que digan mis compañeras, o en este caso puntual “compañera” no me guío ni me importan los rumores que circulan o lo que cree la gente. Yo siempre cumplo con lo que prometo y nunca faltó a mi contrato.... Discúlpeme jefe, pero le han contado rumores que me perjudican. —mi humor iba empeorando pero sin perder los estribos.

—Bueno, le creo. Pero como usted sabe yo he sido claro en ese tema, señorita Valentino, y me decepcionaría terminantemente si fuera así. Usted firmó un contrato que así lo especificaba. —ya me habló más calmado.

—No se preocupe, y como se lo dije recientemente, yo no quiero romper su confianza ni con el contrato, por supuesto. No haría nada para hacerlo ni para perjudicar mi trabajo... lo tengo más que claro, jefe.

—Está bien, pero debería tener cuidado. Yo, por mi parte, me queda advertirle más aún cómo es el señor Casanova.

—Por eso mismo, señor. Gracias.

—Bien. Más que nada, no me gusta que anden con cosas a escondidas ¿Entendido?

—Sí, señor. Nunca quise abusar de su confianza.

—Bien, puede continuar con su trabajo. —salí de la oficina; hecha una fiera y muy indignada al borde de las lágrimas. Fui a enfrentarlo a Rafael.

Todos estaban mirándome como caminaba, haciendo sonar muy fuerte mis tacos. Él estaba con una de las chicas de la oficina, desplegando sus encantos. Igual, sin importarme, me acerqué:

—¡Chechu! —me dijo sonriente y yo, le respondí dándole una bofetada, de la cual no se la esperaba.

—No puedo creer lo tan bajo que caíste. Encima de mentiroso sos poco hombre ¡Basura! ¿Cómo se te ocurre decirle al jefe que teníamos algo?

—Mirá.... —trataba de calmarme, poniendo distancia con una mano y con la otra se tocaba la mejilla.

—¿En qué estabas pensando? ¿Qué ganabas diciéndole esa mentira? ¿Echarme? ¡Estúpidos como vos se les ocurren esas cosas, pero claro, tenías que vengarte por algún lado! Sos de lo peor... No me llames por teléfono ni siquiera me dejés mensajes en el contestador, ¡porque lo voy a usar en tu contra! ¿Me escuchaste? —estaba muy sacada.

—¿Me estás amenazando? —me dijo descaradamente, haciéndose el ofendido.

—Tomalo como quieras ¡Imbécil! —me fui, cerrando con un portazo. Todos los de la oficina, me miraban como si fuera un bicho raro. Comentaban a mis espaldas lo que había pasado con Rafael. Nadie se me acercó a decirme nada. Pasaban al lado mío, pero me evitaban. Doris pasaba y se detenía a mirar qué estaba haciendo... lo hizo varias veces hasta que me harté:

—¡Doris...! Vení —la llamé. Sorprendida se señaló con el dedo a ella misma como diciendo “¿yo?” y se me acercó.

—¿Sí? ¿Para qué me necesitas? —me preguntó un poco nerviosa y a su vez quería demostrar seguridad.

—¿Qué te quedás mirando? ¿Se te perdió algo? Porque de hace rato que te veo merodeando en mi escritorio o escuchando lo que converso con el resto de mis compañeros.

—¿Que podés esperar? Siempre estás haciendo un espectáculo nuevo. —me respondió insolentemente.

—Por lo menos todos saben lo que me pasa, no como vos que te hacés la mojigata y bien que tenés escondido lo tuyo con Rogelio ¿Qué diría tu maridito si se enterara? —le dije en voz baja. Doris quedó perpleja y muy nerviosa. Titubeaba y pestañaba a mil por hora.

—¿De qué? Rogel...

—No me importa lo que hagas de tu vida. Para que veas que no soy

ninguna estúpida y me doy cuenta de todo lo que pasa en la oficina. No sos ninguna santa, querida Doris. Ahora te podés ir. —se quedó quieta... sus mejillas estaban enrojecidas y su mirada reflejaba vergüenza. Después reaccionó y se fue como si volaran sus pies.

Después de salir del edificio en donde trabajaba, salí a caminar ¡Por fin salió el sol! Me fui a lo de mi tía abuela Emilia. Era una mujer muy coqueta y a pesar de sus 85 años, estaba siempre espléndida y le gustaba viajar por el mundo. Era bajita, y sus ojos verdosos se ponían más claro cuando llovía. Todos me decían que me parecía a ella cuando era joven, pero que ella llevaba el pelo corto. Ella era la hermana de mi abuelo y había enviudado hace tres años. Estaba casada con mi tío Lalo, un hombre bueno, una “joyita” diría mi tía.

Hacía una semana que ella estuvo en la India y había ido con Celeste, la hija adoptiva de mis tíos. Ellos la criaron porque era hija de una empleada doméstica, que había trabajado en la casa de la mamá del tío Lalo. Celeste tenía tez morena. Llevaba casi corto su pelo oscuro y lacio. Tenía los ojos achinados y marrones; que tenían un brillo especial; y siempre se la veía con una semi sonrisa esbozada en su rostro sereno, como la “Mona Lisa”.

Ambas estaban en el jardín tomando el té y comiendo unas masitas finas cuando llegué.

—¡Mi querida Chini! ¿Cómo está mi sobrina preferida? —expresó afectuosamente mi tía mientras estiraba los brazos para saludarme.

—Hola tía. Que no te escuchen mis primos que se van a poner celosos. —le dije irónicamente, porque yo soy su única sobrina, bah, su única familia de sangre. Luego saludé a Celeste cariñosamente con un abrazo.

—Que bueno que llegaste a esta hora. María acaba de traernos el té y las masitas. Sentate mi amor. Ahora contame qué es de tu vida.

—¿Mi vida? Nada nuevo ¡Contame vos de tu viaje a la India!

—Ay, no sabés. He traído muchos regalitos de la India, y te traje uno en especial para vos. —me dijo sonriente.

—Veo que trajiste un juego de té antiguo de allá. —las tazas y la tetera eran de bronce.

—Así es, querida. Lo compré en una subasta y pertenecía a nada más que a Shah Jahan.

—¿El del Taj Mahal?

—Sí, el mismo.... ¡Qué hombre más romántico haciendo semejante

edificio para su amada! —expresó mi tía cerrando los ojos.

—No sé si romántico, pero enamorado seguro. —dijo Celeste. Pobre, era muy callada. No sé si porque era así o porque mi tía no la dejaba pasar ni un aviso.

—Sí, es verdad. Te cuento que sacamos muchas fotos... como pudimos, porque estos nuevos aparatos que ya no se revelan a rollo no los entiendo mucho. Pero Celeste los entiende más que yo...

—¿A ver? —le dije curiosa. Mi tía me dio la cámara para ver las fotos.— ¡Es bellísima la India! Bien, Cele como sacaste las fotos... y las más movidas me imagino que las sacaste vos tía ¿no? —nos entramos a reír.

—No soy muy ducha con esas cuestiones... ahora contame vos ¿No apareció ningún pretendiente que le diera felicidad a mi sobrinita?

—¿Eh...? No. —le contesté mientras me hacía la distraída mirando las fotos.

—Me parece que me estás mintiendo. Tenés un huesito y no me querés contar ¡Dale, contame! —me dijo muy picarona.

—¡Tía...! No tengo ningún “huesito”.... Bueno, conocí a alguien, pero no sé... es demasiado para mí...

—¿Demasiado? ¡No te tirés abajo, querida! Que la que es demasiado para los hombres sos vos.

—Gracias tía... lo decís porque me querés. Pero apenas lo conozco.

—¿Es del trabajo, el señor? —me preguntó Celeste.

—No... lo conocí cuando su BM casi me atropella.

—¡Un BM! ¡A la pelota! Pero mirá vos, no es cualquiera. Bah, tenés que conocerlo mejor... pero contame, mi amor ¿y qué pasó cuando casi te atropella, el Richard Gere? —cuando dijo eso empecé a reírme sin parar.

—¿Richard Gere? Tía, se llama Julián. Y para disculparse me alcanzó hasta mi casa, nada más. —mi tía y Celeste estaban asombradas y atentas a lo que les contaba y yo estaba roja como un tomate.— Y eso nomás.

—Pero... ¿te dio su número de teléfono o algo? —me preguntó mi tía como si fuera obvio.

—No, y no sé si lo volveré a ver. Igual, debe estar rodeado de muchas mujeres, no se va a fijar en mí. Fue cortés conmigo por eso nomás. —me escuchaba a mi misma y me trataba de convencer de que el tipo ni a palos se fijaría en mí, pero sentía que estaba muerta con él.

—No, mi amor. Él se lo pierde si no se fija en una chica tan hermosa y

simpática como vos. Te subestimás mucho, y deberías tener un poco de amor propio. No sos poca cosa, mi vida. —me dijo dulcemente con una sonrisa.

—Gracias, tía. Me encantó verlas y charlar un poco.

—¿Ya te vas? —me dijo sorprendida.

—Sí, tía. Tengo cosas que hacer. Después con tiempo vengo a quedarme un rato más.

—Quedate a dormir si querés, Ceci. —me ofreció Celeste con su vocecita dulce.

—Así es, sabés que acá no tenemos ningún problema a que te quedes. Es como tu casa aquí también. No dudés en eso querida. Volvé prontito.

—Sí... muchas gracias... las quiero mucho. —me despedí de ellas con un abrazo y me fui caminado hasta mi casa.

## IV

### *El doble juego*

Al día siguiente, cuando llego a la mañana temprano al trabajo, estaba Rafael esperándome en la puerta del edificio.

—Chechu. —yo lo ignoré a propósito y me agarró del brazo.

—¡¿Ahora qué?! No te quiero ver la cara... y no me digas “Chechu”. —le dije enojada en voz baja soltándole mi brazo de un tirón.

—Escuchame un segundo nomás. Hablé con el jefe y le dije que lo que le había dicho fue un malentendido mío. —me dijo con ojitos de arrepentido.

—Bueno, lo menos que podías hacer. —le dije irónica.

—¿No me vas a decir nada más? —me respondió con cara de asombro el infeliz.

—¿Y qué más querés que te diga? ¿Que te felicite? Espero que sea la última vez que tenga que hablar con vos. —me fui taconeando hacia adentro, y todo el mundo se daba vuelta cuando pasaba.

A sorpresa mía, veo en mi escritorio una especie de reunión femenina; rodeando algún objeto que no alcanzaba ver; y murmurando.

—¿Qué están haciendo...? —todas se dieron vuelta en silencio y se apartaron: había un ramo enorme de camelias dobles rojas. Eran realmente hermosas... su aroma era afrodisíaco. Quedé tan impactada visualmente y embriagada por su aroma, que me acerqué lentamente hacia mi escritorio.

—Son para vos, Ceci... llegaron hace 5 minutos —me dijo Melina, una de mis compañeras que apenas la escuché. Ella era una de las más bonitas de la oficina; tenía el pelo largo de un rubio colorado, labios rosados y carnosos, y sus ojos eran celestes. Ella se encargaba de la sección marketing.

Me quedé un rato tocando los pétalos y sintiendo su perfume detenidamente. Estaba embriagada y a la vez shockeada por el regalo. Nunca

vi en mi vida tales flores... pensé que las mandó alguien con un gusto exquisito.

—Ahí está la tarjeta. No dice quién te las mandó. —me dijo Andrea, otra de las chicas. Era rubia de ojos marrones, con una sonrisa amplia y cuando sonreía sus ojos se arrugaban. Ella se encargaba de la sección de imagen, ya que era una de las diseñadoras.

Esa fue la única vez que no me molestó en que me hayan revisado mis cosas. Miré el sobre que decía “*Para la srita. Cecilia*” y adentro estaba la tarjeta:

*“Este tipo de camelia es difícil de encontrar... pero un privilegio cuando la tienes. Ansío encontrarte para sentirme privilegiado.”*

Me sentí hecha un volcán. Un calor se adueñó de mi cuello y luego lo sentía hasta en frente. Quedé rígida y se me pasaron un montón de pensamientos en la cabeza.

Cuando me di vuelta estaban todavía todas ahí mirando a ver qué hacía yo.

—¿No tienen nada que hacer? —me quedaron mirando y luego se miraron entre ellas y se fueron lentamente.

Ese día no estuve en la oficina: mi cabeza volaba y fantaseaba que esas hermosas camelias sólo las podía haber conseguir alguien con un gusto tan exquisito como Julián. No veía la hora de encontrarme con él, pero no sabía cuándo, ni siquiera tenía su número de teléfono para agradecerle por el presente. Pero, si fue Julián ¿Cómo supo que trabajo en esta oficina y que éste era mi escritorio? Entonces, si no fue Julián ¿Habría sido Rafael? No, era imposible que fuera él.... Ay, pero estaba hablando con cierta vanidad... nunca me imaginé que me podrían pretender dos hombres ¿desde cuándo? Dejé de pensar en esas estupideces y me puse a trabajar.

A la hora, la veo a Irina viniendo hacia mí a pasitos ligeritos con cara de “feliz cumpleaños”. Pensé que venía a chusmear lo de mis flores... estaba apunto de echarla. Nunca supe bien qué hacía en la empresa, ya que no teníamos trabajo en común. Era medio pesada, la rubia... usaba lentes de contactos color celeste, que se notaban a dos cuerdas los truchos que eran. Creo que nadie la soportaba porque tenía una forma de dirigirse a las personas de una manera... muy arrogante y eso a nadie le gustaba.



—Hola Ceci.... ¿No querés jugar con nosotras al “Amigo Invisible”? —la quedé mirando no pudiendo creer que me iba a salir con eso.

—¿Qué...? ¿Ya no estamos bastante grandecitas para jugar a eso? La última vez que lo jugué, tenía 12 años en el colegio. —le dije con una risa burlona.

—¡Ay! ¡Dale, Ceci! Va a ser divertido. —me insistía.

—¡No! De verdad, jueguen ustedes, no estoy de ánimo. —fui determinante.

—Bueno, pensé que las flores te cambiarían el humor ¡Dale, no seas mala! Además nos falta una, porque somos impares ¿Qué decís? —me pidió insistente. Ante eso, aflojé...

—Bueno, jugamos nosotras ¿no? Si juega Rafael...

—¡No! Él no juega. —me dijo cortante y su semblante cambió completamente.

—¡Ay! Cierto, me olvidé. Perdón, Irina. —me disculpé enseguida. Hacía poco que Rafael salía con Irina y su fin amoroso fue traumático para ella. Nada más ni nada menos que por culpa de él: Fue hace dos domingos que estaban en el almuerzo familiar en la casa de los padres de Irina, cuando de repente Rafael se va de la mesa diciendo que iba al baño. Tardaba tanto que Irina fue a buscarlo, abrió la puerta y lo encontró con su prima Palma, besándose. Rafael tuvo que correr por su vida porque los perseguía el padre, los tres hermanos, los no sé cuantos primos y los tíos.

—Bueno ¿dónde está el resto? —le dije para cambiar de tema.

—Estamos en el escritorio de Andrea, vení que vamos a sortear los nombres.

—Fuimos al escritorio de Andrea, y Melina estaba escribiendo los nombres de cada una.

—Poné el de Ceci, que se une al juego.— les dijo Irina con júbilo.

—¡Buenísimo!... Somos pares ahora. —dijo Melina. Luego, dobló los papelitos para que no se lean los nombres, los puso entre sus manos en forma de bola y empezó a revolverlos como si estuviese haciendo un daiquiri, mientras el resto se reían de la emoción.

—Ahora saquen cada una, si les sale su nombre volvemos a revolver. —todas sacaron el papelito a la vez y yo por última agarré el que quedó. Cuando lo abrí decía “Doris”. ¡No! dije entre mí.

—¿Nadie le salió su propio nombre? —les pregunté para volver a sacar

otro que no sea de Doris. Todas me quedaron mirando, incluida Doris con esos ojos de miope y esos lentes que parecen un par de lupas.

—¿No? preguntaba nomás. —les dije con una sonrisa forzada.

—Bueno chicas, mañana viernes empezamos con las cartas secretas, obviamente sin firmar con sus nombres. Yo mañana traigo una urna donde todas, van a depositar.... —y bla, bla, bla.... Luego de esa “reunión” me fui a mi escritorio, me senté y respiré profundamente con un leve suspiro. Tenía ansiedad, así que saqué un caramelo de mi bolso y me lo comí. Luego, miré las flores y las contemplé por un rato... no podía dejar de mirarlas ¡Eran bellísimas!

Llegué a casa con ese enorme ramo de flores de mi “enamorado invisible”... o mejor dicho, de Julián. Yo sabía que él me las mandó, sin ninguna duda. Me senté en mi silloncito de mimbre y empecé a observarlas, mientras comía mis cereales. Se me ocurrió prender el televisor y hacer zapping para poder distraerme un poco... pero no había caso, no podía dejar de mirarlas; hasta que en la tele enganché “Lo que el Viento se Llevó” y me quedé mirándola hasta el final: Scarlett O’Hara estaba entre sus dos amores, Ashley y Rhett ¡Qué difícil es elegir! Apagué el televisor y decidí irme a dormir.

Acostada en mi cama meditaba la situación que me tenía tan aturdida. Sentía que tenía ganas de encontrarlo, confesarle mi amor, de estar entre sus brazos y... ¡Ay, no! Caí en el cliché de las telenovelas.

Luego me acordé de las novelas de Corín Tellado, que solía leerme mi tía Emilia cuando tenía ocho años. Creo que fueron culpables de haber creado este amor utópico que existía en mi ideal de hombre, y que lo buscaba. No sé si eso me frustró porque todavía no lo encuentro... ¿aún? Busqué un papel en el cajón del aparador.

Me puse a escribir la carta de mi “amiguita invisible” Doris para mañana, pero no sabía qué ponerle. Bueno, inventé algo... con calidez para despistar, pero yo creí que se daría cuenta. Tenía que escribirlo con otro tipo de letra para que no se diera cuenta que era la mía....

## V

# Comienza el juego

Al día siguiente, llegué al trabajo... todavía tenía la almohada pegada en mi cabeza. Cuando me senté en mi escritorio, apareció Melina con su urna, y ahí me di cuenta que me olvidé la carta esa:

—No me mates, Meli... ¡Me acabo de acordar que me olvidé la carta arriba del aparador! —le dije angustiada.

—¡Ay, Chechu! ¿Cómo te fuiste...? Bueno, decir que todavía no llegó Doris. Te doy cinco minutos para que escribas algo y vuelvo.

—Bueno, gracias... ¡ya te escribo algo! —agarré un papel por ahí y traté de escribir lo que se me había ocurrido anoche. De repente, apareció Rafael:

—¿Estás con el jueguito ese? —me dijo con tono gracioso.

—Ese es mi problemita... no sé cómo tenés cara de venir a hablarme después de lo que pasó. —le contesté con mi característico tono de ofendida como “no me hablés”.

—Yo sé que estás ofendida... te conozco. Por eso te traje un regalito de disculpas. —tenía su brazo escondido detrás de su espalda con una rosa roja.

—¿De qué rosedal lo robaste? —le dije seria.

—Eso no se dice.... Ceci, no será el ramo de flores exóticas que recibiste ayer, que sé que te quedaste muy impresionada... pero esta humilde flor la robé pensando en vos. No tendré la cantidad de plata que tendrá ese señor, pero sabés que cuando quieras me tenés a tus pies. —el sinvergüenza se iba acercándose hacia mí, como si me iba a besar. Me embriagó su perfume, que cada vez que lo sentía en el ambiente me hipnotizaba... ¡era riquísimo! Pero, yo enseguida, volteé mi cara hacia el otro lado. Era muy caradura.

—Dejame en paz, Rafael. —le dije sonrojada... hasta que apareció Melina.

—¡Ceci!, ¿ya tenés...? —quedó helada cuando vio la situación en la que me encontró con Rafael.— ¿...la carta? ¿Perdón? ¿Interrumpo algo? —dijo descolocada.

—No, está bien. Acá está la carta. —le puse en la urna, corriéndolo a Rafael con mi brazo.

—Enseguida te traigo la carta de tu amiga.... —me dijo como si la hubiese ofendido en algo. Como siempre, Rafael puso su mejor cara de póker. Irina, pasó y de lejos nos miró de reojo y se fue lentamente. Su cara se le transformó al verlo en mi escritorio.

—No quiero que nos vean así. Sabés que el jefe se va a enojar si te ve molestándome. Y ni te cuento de Irina. —le dije enojada.

—No me importa ninguno de los dos... pero si te perjudica, me voy. No quiero traerte problemas, corazón. —seguía seduciéndome.

—¡Bueno, bueno! Ya está, andá a tu puesto. —lo reté echándolo. ¿Corazón? Qué anticuado. Él se iba mirando hacia mí que se chocó con Rogelio. El pobre venía cargado de carpetas y cayeron todas al suelo por culpa del “Don Juan”. Terminé riéndome. Al ratito vino Melina:

—Acá están tus cartas, Ceci. —me trajo dos cartas.

—¿Dos...? ¿Qué onda? —me extrañó la sorpresa.

—Había dos cartas con tu nombre. No sé de quién es la otra carta, pero estaba adentro de la urna. —me dijo hablando bajo.

—¿Qué raro? —dije perpleja.

—Otra cosa... Irina los vio recién a ustedes dos. Está un poco enojada con vos, por lo que dijo ella. —siguió hablando bajo.

—Bueno, lo lamento por ella por todo lo que pasó con Rafael, pero yo no tengo la culpa de que venga a coquetearme. Saben todas que yo no quiero saber nada con él... me trae problemas. —le dije convincente.

—Ya sé, Ceci... pero ella no lo quiere entender. Piensa que vos lo estás buscando. —siguió con el temita.

—Meli, disculpame que te diga pero ¿me parece o me estás queriendo pinchar a ver si te digo algo? ¿No tenés otra cosa que hacer? —le dije enojada.

—Perdón... te preguntaba porque veo que te regalan muchas flores últimamente, Rafael coqueteándote, tenés una carta que dice que.... —la miré fijamente y Melina se dio cuenta que metió la pata.

—¡¿La leíste?! ¿Cómo te atreviste a hacer...?

—Creo que tengo que seguir repartiendo las cartas. Permiso. —se fue rápidamente y yo me quedé indignada. Abrí una carta, sin saber qué era lo que me iba a encontrar.

La carta tenía letras pegadas de revistas como cuando mandaban esos anónimos amenazantes:

*“Me siento cerca tuyo, y observo todo lo que hacés. Me parecés buena mina, pero creo que yo te conozco más a vos que a mí, porque siempre estás metida en tus cosas”*

—¡Qué espanto! —dije en voz alta. Ya quería salirme del juego pedorro este... era muy intimidante el contenido, me sentía como acosada. Luego me di cuenta que tenía la otra carta para abrir:

*“¿Te gustaron las camelias?...”*

Estaba escrito con una hermosa letra en cursiva, como si la hubiesen escrito en el siglo XV. Me dije a mí misma: “¡Es Julián!” Fue entonces que decidí escribirle una carta al “Amante Invisible” ¡Por Dios! No le creía a Melina que no sabía de quién era, así que pensé en dársela después a ella para que se la alcance al gracioso.

*Amante Invisible:*

*No sé quién sos... pero sí, me gustaron tus camelias (por cierto son muy lindas) y me siento muy alagada que me compares con ellas. Quiero que me mandes más pistas.*

*Cecilia.*

Por ahí justo pasaba Melina y le chisté, ella se dio vuelta y se me acercó.

—Decime, Ceci. —me dijo con su voz dulce.

—Mirá, esta carta es para el “hombre” que me manda anónimos ¡Pero! No la leas ¿De acuerdo?

—¡No te preocupés, Ceci! Yo se la doy. —se pisó sola.

—¡Aja! ¡Con que sabés quién es! —le dije señalándola con el dedo

acusador.

—Bueno... en realidad no sé quién es...

—No te creo.... Entonces ¿Cómo pensabas entregársela en mano? —me hacía la detective.

—Tu amiga invisible es quien la trae... por eso no te puedo decir, pero el remitente masculino de verdad no lo sé. —me dijo con una sonrisa ¿"Mi amiga invisible"? ¿Qué tipo de juego era ese? Eso me ponía más ansiosa.

—Bueno... gracias igual. —le dije con voz de decepción. Melina se fue. En ese momento decidí empezar a trabajar; estaba acomodando unos papeles y de repente sonó el teléfono de mi escritorio, pero enseguida se cortó y a los segundos...

—¡Es para vos la llamada! —me dijo Doris con su típico cantito que tenía para decir las cosas.

—¡Gracias! —le respondí de la misma manera y levanté el teléfono para contestar. —¿Hola?

—*¿Será posible, Chini, que te tenga que llamar a tu trabajo para saber de vos?* —me contestó una voz femenina, que enseguida me di cuenta que era mi tía... ¡Nunca me había llamado al trabajo!

—¡Tía! ¿Cómo supiste este número? —le pregunté sorprendida mientras miraba hacia donde estaba Doris.

—*Nena, para eso está la guía telefónica. Busqué el nombre de la empresa y llamé al número que figuraba. Decime, pichona ¿Cuándo vas a venir a visitarme?* —dijo todo eso sin respirar.

—Cuando pueda, tía... últimamente estoy muy ocupada, pero te prometo que hoy después del trabajo, paso por tu casa. —le dije eso para que se conformara.

—*¡Ay! ¡Qué felicidad! Tratá de venir sin que te lo pida, corazón; sabés que estoy vieja y en cualquier momento parto y...* —todo me lo decía con un tono dulce, pero a mí me taladraba la cabeza. Ya sabía la edad que tenía, pero estaba mejor que nunca.

—Sí, tía... ya lo sé; por eso voy a visitarte y darte muchos abrazos y besos. —le respondí con un cierto cariño.

—*¡Ay, si! ¡Eso me gusta! Tenés que contarme tus novedades, querida ¿Qué pasó con el del BM?* —me preguntó con mucha ansiedad.

—¡Ay, tía! No te podés aguantar. Te cuento cuando vaya para tu casa. Encima acá no se puede hablar nada porque escuchan hasta las paredes. —le

dije en tono bajo.

—¿Qué? *No te escuché la última parte ¡Habla más fuerte que no se escucha!* —me dijo gritando que me dejó sorda, como si yo lo fuese.

—¡Tía, no grités! que yo si te escucho bien. Además, se escucha mucho ruido de fondo ¿Dónde estás? —le pregunté porque se sentía un ruido de máquina.

—*Estoy en el jardín cortando algunas rosas para ponerlas en el florero, ya que venís. Además, acá está el jardinero nuevo cortando el pasto ¡No sabés la máquina de alta revolución que trajo! Bueno, también es un churro el muchacho; está ideal para vos, chiquita.* —me dijo con complicidad.

A mi me dio cierta intriga, pero a ella no se lo iba a demostrar porque ya veía que me iba a hacer gancho con el jardinero.

—¡No sé, tía... tendría que verlo! Te tengo que dejar porque estoy con mucho trabajo. Después hablamos tranquilas en tu casa —le dije sutilmente determinante.

—*Bueno, querida. Te espero después de las 7 ¡Nos vemos, Chini!* —me dijo con cierta alegría.

—¡Chau, tía! Nos vemos. —corté y al rato la enganché a Doris mirándome.

—¿Qué pasa? —la enfrenté. Ella se sintió intimidada.

—¡Nada! —y corrió la silla más para su escritorio lo más rápido que pudo ¡No se puede ser tan chusma!

Después del trabajo, fui a la casa de mi tía. Yo siempre tuve las llaves de su casa, ya que viví toda mi vida ahí. Fui hacia el jardín del patio y las vi a mi tía y a Celeste, tomando el té con el jardinero (que por cierto, mi tía no se había equivocado)

Era muy sexy: llevaba una camiseta sin mangas color gris que descubría sus brazos musculosos; su piel era morena, no sé si por el sol o su tez era de ese color; tenía ojos marrones, muy intimidantes y expedía sensualidad de sus poros. Su cabello era castaño claro y crespo, cortado bastante corto. Algo me pasaba por mi cuerpo, no puedo mentir pero me sentía intimidada ante su presencia.

—¡Perdón que las interrumpa, chicas! —les dije con una sonrisa, en realidad no para ellas sino para hacerme la simpática con su apuesto acompañante.

—¡Ahí llego mi sobrinita! ¡Te estábamos esperando, mi cielo! ¡Vení,

sentate! —decía mi tía estirando los brazos hacia mí. El jardinero se levantó de su silla ¡Qué caballero!— Chinita, él es Germán del que te hablé. —la quedé mirando no pudiendo creer que estuvieron hablando de mí. Él me saluda con un beso en la mejilla.

—Un gusto...

—Cecilia... Chinita para mi tía —empecé a coquetearlo.

—¿Te... sentás? —me dijo algo nervioso.

—Sí, pero primero quiero saludar a mi tía y a Celeste. Permiso. —las saludé con un beso a las dos, mientras él me esperaba. Me iba a sentar y él me acercó la silla. Nos quedamos mirando unos segundos.

—¿Qué tal estuvo tu trabajo? —preguntó mi tía que yo no sabía a quién le estaba hablando.

—¿Qué? ¿A mí me preguntás? —le pregunté un poco distraída. Realmente estaba en otra.

—Sí, querida ¿A quién sino? —empezó a reírse. Pero yo sé que lo hizo a propósito.

—Bueno, como todos los días. No... más ocupados que nunca, ya que está yendo muy bien la empresa... estamos empleando nuevos métodos de ventas. —les contaba un poco nerviosa, y apenas mirándolo a Germán, mientras María servía mi té. Me sentía realmente intimidada ante su presencia.

—Me dijo tu tía que es una empresa de comunicaciones. —me dijo Germán por aportar algo.

—¿Ah sí? ¿Estuvieron hablando de mí en mi ausencia? —les dije con una ironía simpática.

—Fue para ponerlo un poco al día mientras vos venías para casa. —dijo mi tía descaradamente. Celeste se reía tímidamente achinando sus ojos.

—Veo que Emilia no se equivocó. —dijo acercándose un poco más hacia mí seductoramente.

—Y yo veo que ya tienen confianza entre ustedes dos, que le decís por su nombre a mi tía. —le dije con gracia para sacarlo de esa postura seductora.

—Bueno, a mi me cayó muy bien Germancito, que le prohibí que me diga señora... eso si, le permití que me tuteara. —dijo largando una risa al final.

—Ya veo, lo que te cuesta ser sociable, tía. —le dije a mi tía mirándola con complicidad.— Bueno, ya me voy a casa.

—¿Ya te vas? ¡Ni siquiera empezaste tu té! —me dijo mi tía con tristeza.



—Perdón, tía... pero tengo que llegar a casa temprano y no me gusta andar en taxi tan tarde.

—¡Pero sabés que podés quedarte acá a dormir! ¡Cómo lo hacías antes! —me insistió.

—Pero tengo cosas que hacer en mi casa, tía. Mañana paso de vuelta. —la convencí.

—Yo si querés te llevo. —me ofreció Germán—, tengo el coche afuera. —se paró de su asiento.

—Bueno, pero yo no te conozco.... —me hice la difícil.

—Andá con él, Chini... Germancito es el nieto de don Martín, el vecino de al lado. —lo miré detenidamente y ahí me acordé de “Germán”.

—¡Germán! Ahora me acuerdo... éramos tan chicos que ni me acordaba. Sé que viniste pocas veces a lo de tu abuelo. —le dije sorprendida. Él soltó una risa.

—Sí, lo que pasa que me fui a otra provincia, y después me fui a vivir a fuera... por eso no lo veía muy seguido.

—Bueno, entonces Chini te puede llevar, Germancito ¿Cierto que no tenés problema, muñeco? —insistía mi tía fervientemente.

—Sí, está bien. —acepté por cansancio. Y así nomás, acepté que él me llevara.

El auto era viejísimo. Estaba segura que era un Corvette descapotable de los 60's porque mi abuelo había tenido uno. En algunos sectores estaba sin pintura, y en la puerta del acompañante estaba abollado, seguramente era secuela de algún choque.

—¿Ese es tu coche? —le dije con cierta obviedad.

—Sí, no es un BM como acostumbrás subirte, pero es sencillito, bien de barrio. —lo dijo con inocencia (quería creer que fue con esa intención) Yo lo miré sorprendida por su descaro.

—¡A ver, a ver! Explicame eso de que yo acostumbro a subirme en un BM. —le dije con un tono de furia, esperando para arrancarle la cabeza si llegaba a decir algo inapropiado.

—Bueno... tu tía dijo.... —él sabía que había metido la pata.

—No le hagás caso nunca a mi tía de lo que dice. Además, trabajo en una oficina, pero tampoco soy millonaria ¿Me vas a llevar, al final?

—Sí. —estaba por abrir la puerta que él se adelantó y la abrió primero.

—¡Gracias! —le agradecí sorprendida. En estos tiempos, los hombres ya

no hacían las mismas cosas de antes... al menos algunas. Se ve que “Germancito” es de la vieja escuela.

Durante el camino, Germán me hablaba un montón y yo sólo le decía “¿ah sí?”, “aja”, “mirá vos”, ni pelota de lo que hablaba. Solamente lo miraba y él me seguía hablando. Era muy guapo, pero no sé si me gustaba tanto... tenía buen físico, pero no sé si me convencía del todo. Cuando lo conocí éramos chicos y no me acordaba mucho. Igualmente, las personas cambian, especialmente si no las viste por mucho tiempo. Fue así todo el camino hasta que llegamos a mi casa.

—Llegamos... esta es tu casa, ¿no? —lo dijo con cierto nerviosismo y un poco de ansiedad, frotándose las piernas con las manos.

—Sí, obvio que esta mi casa, Germán.

—Bueno... ¡qué copado fue encontrarte de vuelta! Que se repita ¿no? — seguía con la misma postura. Juro que ya me estaba poniendo nerviosa.

—Bueno... sí... qué se yo; no sé qué querés decir con que “se repita”. — largué una risita nerviosa.

—Y... que nos volvamos a ver ¿qué te parece? —se me acercó demasiado... como bien cerquita entre su boca y la mía.

—Es que... estoy muy complicada de horarios. Tengo tanto trabajo que no tengo tiempo de.... —me dio un beso, pero se quedó pegado como esos chupones que se colocan en los vidrios... después empezamos a besarnos intensamente. Empezó a tirarse encima de mí que me di cuenta al rato, es decir, cinco minutos después... el agua ya estaba caliente para servir.

—Germán... esperá un poco. Me parece que estamos yendo un poco rápido. —lo separé de mí.

—¿Cómo rápido? Esto es despacio para mí. —apenas le salía la voz. Yo lo empujaba hacia su asiento.

—Sí, es que hace mucho que no nos vemos. Además, primero tendríamos que conocernos, después vendría este paso. —le dije determinantemente.

—Bueno, justamente... pero ¿qué tiene de malo empezar por este paso? —me insistía. Yo entre mí, pensé: “lo veo una sola vez en mi vida y chau”.

—Nada de malo.... —me quedó mirando con ojos brillosos.

—¿Te acordás de esa tarde en lo de tu tía? —me dijo nostálgico. No entendía que quería hacer.

—¿Qué tarde? —me quedé perpleja.

—¿No te acordás?

—No.... Hagamos una cosa: tomamos un café en mi casa y me contás ¿dale? —le puse condiciones.

—¿Un café?... Bueno, dale. —terminó aceptando de buena gana. No podía creer la buena predisposición de un hombre. Siempre los veo bufando.

Entramos a mi casa y él se quedó mirando todo.

—Linda casita ¿eh? —me dijo con desparpajo.

—Gracias ¿quierés café?, ¿té?, ¿algo fresco? —le decía mientras ponía agua en la pava y prendía luego la hornalla. Él se me acercó y besó mi espalda que me dio escalofrío.

—Te quiero a vos. —me dijo descaradamente ¡Qué pesado estaba!

—¡Aflojale un poco, Germán! En serio... decime ¿qué querés tomar? —él me tomó de la cintura. Y con sus ojos marrones me miró con ternura.

—Un café, por favor.... —no me pude resistir y lo besé. Empezamos a besarnos más intensamente que me sentó en la mesada de la cocina.

—¡Pará un poco! —me enfrié de vuelta.

—Perdón... me fui al carajo. No quise ser bruto con vos... es que... me gustás mucho, tenés rico perfume, te vestís bien... no sé, sos muy linda. —juro que con eso me derretí. Empecé a tener otro sentimiento por él.

—Bueno, gracias. —le dije con un tono calmo.

—Me voy... pero me gustaría que volvamos a empezar con el pie derecho ¿si? —lo vi tan dulce que acaricié su mejilla.

—Sí, no hay problema. Otro día nos juntamos a tomar algo. Te acompaño a la puerta. —le decía mientras iba hacia la puerta y la abría; él me tomó del brazo, luego tocó delicadamente mi cara con sus manos y me besó con tranquilidad: fue realmente hermoso.

—Chau. —y se fue. Me quedé helada.... Me corrió por todo el cuerpo un calor volcánico... hasta me dejó sin respiración. Ya me había olvidado del romántico regalo de Julián o “Amante Invisible”, como quiera llamarlo, y todo su encanto. Germán me movía más que eso.

## VI

### *Visita inesperada*

Ya era viernes... ¡la hora de la urna del “Amigo Invisible”! ¡No saben la emoción que tenía...! Obviamente lo digo con ironía. Melina pasó por mi escritorio a buscar la carta para mi “amiga Doris”:

—Acá está la carta. —le di el sobre, agarrándolo con los dedos mayor e índice.

—Veo que muchas ganas de jugar no tenés. —me dijo honestamente.

—Suponés bien... la verdad que me arrepiento un poco de haber entrado a este juego. Sinceramente no me parece divertido, menos que haya recibido dos cartas. Una ya sé que es anónima porque así es el juego, y la otra que está infiltrada que no sé de quién es... eso es lo que no me gusta ¿De verdad que no sabés quién es esa persona? —le dije sin vueltas.

—La verdad, pero ¡te lo juro!, no sé quién es. Pero para mí no va a volver a pasar. —me respondió de una forma que le creí.— Ahora vuelvo con tu carta... ¡Ah! Otra cosa... para el último viernes de mes que viene hay que traer un regalito para tu amiga. —la quedé mirando como diciendo “¿te parece?”

—¿Tanto tiempo vamos a estar jugando a este juego...? Bueno, voy a traer el regalito. —le respondí desganada. Ya tenía que pensar qué le iba a regalar a mi amiga Doris. A la media hora apareció Melina con “dos”, sí, “dos” cartas.

—¡Ah, no! ¿Qué me vas a decir ahora? —me colmó la paciencia. Pensaba ya que me estaban haciendo una broma.

—¡De verdad, Ceci! ¡No sé quién es! —me lo juró.

—Alguien está haciendo este doble jueguito. —seguía enojada.

—No sé ya qué decirte, pero ya esto me supera. —se fue...la vi muy

sensible. Pensé que me había enojado demasiado con ella.

Leí la primera carta, la de mi “amiga invisible” con el mismo formato de la carta anterior:

*“Me gustaría ser más amiga tuya, te observo todo el tiempo y me gustaría saber qué es lo que te pasa últimamente”*

—¡Qué observadora! —me dije. Rápidamente dejé la carta y abrí la de “mi amante invisible”

*“La cuenta regresiva empezó. Las pistas se van a ir dando con los días. Volveremos a vernos...*

*Tuyo.”*

—¡Ay! —suspiré. Me desesperé más, y me confirmó que era ¿Julián? Nuevamente lo puse primero en la lista. ¿Será? Tres hombres en mi vida ¿por qué todo de golpe? No sabía ya a quién elegir. Tenía que pensarlo muy bien ¿Quién sería el correcto? No lo sabía.

Estaba tan cansada que en un momento, cerré por unos instantes mis ojos y me quedé dormida, porque había tenido una mala noche. De repente, me desperté sobresaltada cuando me tocaron el brazo: Fue Rafael.

—¿Estás bien? —me dijo preocupado.

—¿Si? ¿Qué pasó? —dije desorientada.

—Te quedaste dormida ¿Te traigo un café? —me ofreció amablemente.

—No, gracias. Seguiré trabajando... ¿Estaba roncando? —le pregunté preocupada.

—No. —soltó una risa— Estabas diciendo algo que no entendía... pensé que tenías una pesadilla.

—¡Qué mentiroso! —me di cuenta que me estaba tomando el pelo. Tenía un poco de borrachera de sueño.

—Después, si querés, salimos a tomar algo. —me ofreció como siempre.... ¡Qué pesado!

—Eh, prefiero que no. Estoy cansada y lo único que quiero hacer es llegar a casa y dormir. —le dije con un leve bostezo.

—Si querés te hago compañía. —me insistió.

—No, Rafa... en serio.

—Está bien... ya me voy. Si te arrepentís, llamame ¿Dale? —y se fue.

Suspiré profundamente, casi que me costó.

Después de un largo día de trabajo, llamé a mi tía diciéndole que no podía ir. No lo entendió, pero bueno, la convencí que mañana iría a visitarla. No sé si quedó ofendida... ya no me importaba.

Llegué a casa... y dejé todo en el camino: el abrigo arriba de la silla, mi cartera por otro lado, los zapatos tirados por ahí, hasta que me fui a mi habitación; en ropa interior; a dormir. Eran eso de las diez de la noche.

Me desperté a eso de la una de la mañana por culpa de un trueno y me levanté de la cama a tomar agua... enseguida comenzó a llover. Me serví agua en un vaso y tocaron el timbre: me agarró palpitaciones hasta sentía fuerte el latir de mi corazón.

—¿Quién es?! —dije temerosa.

—¿Germán! —dijo con la voz titubeante ¡No lo podía creer!, y enseguida me di cuenta que estaba en ropa interior.

—¡Ya te abro! —me desesperé y fui a buscar una bata a mi habitación. Me costó abrir con llaves la puerta, estaba realmente temblando. Ahí estaba... Germán empapado de pies a cabeza.

—¿Puedo entrar? —me dijo temblando de frío.

—¡Pasa! Ahora te traigo toallas. —lo tomé del brazo y lo hice pasar.

—Andaba en mi auto y cuando pensé en pasar por tu casa me agarró el temporal... justo me quedé sin baterías. —se excusó de su visita a mi casa— ¿Estabas durmiendo?

—No, estaba por acostarme... Vas a tener que sacarte todo lo mojado. —le pedí nerviosa gesticulando con las manos para que se apurara. Germán me quedó mirando. Yo me puse más nerviosa y me di cuenta lo que dije.

Lo llevé al baño para que se sacara toda esa ropa mojada y le di una bata. A los cinco minutos sale del baño con toda su ropa en mano.

—¿Dónde dejó todo esto? —me dijo con su ropa mojada en mano.

—Dame, que lo cuelgo en el tendedero. —fui al lavadero y empecé a colgar su ropa.— Me parece que te olvidaste en el baño tu ropa interior. —le pregunté naturalmente.

—No hay ropa interior. No acostumbro usarlo. —me dijo con toda naturalidad. Lo quedé mirando atónita, sin entender nada.

—Bueno... menos mal que mañana es sábado y no trabajo.... Tenés que avisar antes de caer en casa. —le dije para desviar el tema.— ¿Querés tomar algo?

—Sí, un café bien fuerte, por favor. —puse la cafetera a andar y la pava para mi té. Mientras lo hacía, él me miraba, sentado en el desayunador de la cocina.

—Hoy no fuiste a lo de tu tía. Esperaba verte por allá ¿Qué te pasó? —me dijo con su mirada intimidante.

—¿Estuviste en lo de mi tía? —me di vuelta para mirarlo.

—Sí... en realidad tenía que terminar con el jardín...

—¡Ah...! Sí, la verdad es que terminé tarde y muy cansada en el trabajo... le dije que mañana iba a pasar todo el domingo con ella. —le contesté con un cierto nerviosismo. Llevé hacia el desayunador el café y el té, luego me senté.

—Perdoname si vine así, sin avisar... es que tenía ganas de verte. —se acercó más a mí con intención de seducirme. Yo me quedé mirándolo por unos segundos.

—Mirá, Germán... no sé qué es lo que buscas o pretendés de mí. Tenemos que conocernos más, porque aunque no somos extraños, pasó mucho tiempo desde la última vez que te vi ¿no? —me quedó mirando y se sonrió.

—Está bien... tenés razón. Pero lo único que yo sé, es que me gustás mucho y quiero conocerte más ¿No puedo?

—De poder se puede... pero te veo con mucha expectativa. —agrandé los ojos.

—Tengo expectativas... desde que te vi, no puedo dejar de pensar en vos. —me dijo seductoramente. Haber escuchado eso me sonó muy a “cliché”.

—¿Soy para tanto? Veo otras chicas más lindas y más interesantes que yo ¿igual te fijás en mí?

—¡Qué modesta! A vos te parecerán más lindas y más interesantes esas chicas... para mí, no. —seguía coqueteándome con su torso inclinado hacia mí— ¿Es eso, o hay otro y no me querés decir?

—¿Eh?... ¡No! no hay nadie, —le mentí— solo que no confío mucho en las intenciones de los hombres, últimamente.

—Entonces, hay...

—No, no hay nadie... en serio. —solté una risa nerviosa y luego tomé un poco del té.— Hablemos un poco de vos...

—A ver, ¿qué querés saber de mí? —me dijo con una sonrisa y elevando su rostro como desafiante.

—No sé... hablame de tu trabajo ¿te gusta la jardinería? —le pregunté sonriente. Él respiró profundamente, no pensó que le preguntaría eso.

—Sí... es un trabajo que me apasiona; me gusta estar en contacto con la naturaleza. —me dijo intrigante.

—Mirá qué lindo... ¿y qué te gusta plantar? —no sé por qué le pregunté eso. Empezamos a reírnos los dos. Luego nos quedamos mirándonos.

—Me gustan todas las plantas. —se rió.

—Veo que sí. —me reí también....— ¿Te gustó el café? ¿Está bien cómo lo preparé? —corté el clima.

—Sí, está perfecto... hacés rico el café. —se seguía escuchando truenos con lluvia incluida.

—Me parece que no te vas a poder ir... se está cayendo el cielo y no creo que encuentres a alguien que te haga puente el auto, a esta hora.

—Sí, pero igual me tendría que ir, no sé cómo... en bata no puedo. —se rió y yo me levanté del asiento.

—Bueno, de eso no hay problema. Te quedás acá por esta noche. Tenés suerte de que tenga un sofá muy cómodo que podés dormir tranquilamente.

—¡Ah! Bueno, gracias por tu hospitalidad. —me dijo sarcástico.

—De nada... te traigo sábanas. —me iba para el lavadero donde tengo el mueble con las sábanas guardadas y él me detuvo.

—¡Esperá! No te molestes... no hace falta las sábanas, puedo dormir así.

—¿Cómo vas a dormir sin sábanas? Yo no puedo.

—Yo sí, no tengo problema.... Igual, si me las querés prestar, está bien, las acepto —sonrió.

—¡Qué tonto! —le sonreí también. Me fui al lavadero a buscar las sábanas. Cuando vuelvo, Germán estaba mirando por la ventana cómo llovía: Germán era realmente guapísimo... y le quedaba muy bien la bata, aunque le quedaba un poco ajustada.

—Acá te traje las sábanas ¿Te ayudo a armar el sofá? Debés estar muy cansado. —le dije un poco nerviosa. Él se dio vuelta.

—No te hagas problema, yo la armo. —no podía creer que estaba ante mí un hombre autosuficiente.

—No me hago problema, solamente quería... —se cortó la luz de golpe — ...ayudarte.

—Se cortó la luz. —no sé por qué lo dijo en voz baja. Dejé las sábanas en la mesa de planchar; busqué dos velas en la alacena y las prendí. Luego las



coloqué en el aparador y otra en la mesita del living. Él se me acercó y me tomó de la cintura, yo puse mis brazos para apartarlo.

—Germán, no es momento... —me besó... no me pude resistir ¡Qué bien que besaba! Él me aprisionaba más cerca de su cuerpo mientras nos besábamos. Cada vez era más intenso, que en un momento, se detuvo:

—¿Dijiste que el sofá era cómodo? —me dijo como si estuviera en estado de trance. Yo asentí con la cabeza... no me salían las palabras.

Estábamos cerca no más del sofá que me llevó hasta ahí. Desenlazó mi bata. Me besaba... y no solamente mi boca... Me despojó de lo poco que tenía puesto. Me observaba cada detalle de mi cuerpo. Yo también desaté su bata y descubrí su cuerpo desnudo... se veía hermoso, iluminado por la luz de la candela. Sentía su agitada respiración con el movimiento de su pecho... lentamente lo toqué con mis manos y de forma suave me acostó en el sofá: él me llevaba. Nos besábamos... nos sentíamos. La respiración no cesaba... y él tampoco. Sentía esa energía en su cuerpo, que me hacía temblar. Cada vez se hacía más intenso, y yo sentía que estaba por tocar el cielo con las manos. Dejé marcados mis dedos escurrirse en su espalda. Ahí me di cuenta cuán cómodo era ese sofá. Él era muy intenso... muy intenso. Así era la lluvia también. No podía más... yo estaba delirando y él volaba de fiebre hasta... que caímos rendidos. Él sí que sabía hacerlo. Llovía más calmadamente.

Nos quedamos abrazados en el sofá... callados. Si lo besaba, estaba segura que no íbamos a poder dormir. No sabía qué decirle hasta que él se adelantó y me dijo:

—¿Te parece si dormimos? —me dijo con su hermosa sonrisa.

—¿Y si vamos a mi habitación? Vamos a estar más cómodos. —le dije con mi mejor voz de dulce.

—Ya estoy cómodo así —yo le sonreí. Me acomodé en su pecho y nos quedamos dormidos enseguida.

## VII

### *Otra visita, otro hombre*

A la mañana siguiente, desperté tapada con la sábana que saqué del mueble como cuando te cobijan. Me senté en el sofá y me envolví con ella. Miré por toda la casa si Germán estaba en algún lado, pero se había ido. Fui hacia la cocina y vi que estaba preparado el desayuno; al lado de la taza de té, había una nota escrita:

*“Dejé que durmieras... te preparé el desayuno para que empieces bien la mañana. Te dejo un beso.*

*Germán.”*

Con esa nota, me enamoré perdidamente de Germán. Anoche sentí, como se dice, mariposas en la panza. Yo estaba casi segura, en ese momento, que Germán era el indicado.

Ese día fui a lo de mi tía, para ver si lo encontraba ahí. Abrí el portón para entrar y estaba ella por salir de la puerta principal con Celeste.

—¡Mi Chinita! Pensé que no ibas a venir. —me dijo sorprendida y a la vez contenta por verme.

—¿Estaban por salir?

—Íbamos a dar un paseíto por ahí, pero ya que estás nos quedamos... — se estaba por volver a entrar que la detuve.

—¡No, tía! Salgamos a dar ese paseo las tres ¿Qué les parece? —mi tía quedó sorprendida por mi pedido.

—¡Me encanta la idea! Salgamos entonces.

—¿Germán vino? —no sé por qué le pregunté eso a mi tía que la

descoloqué.

—Hoy no... ¿por qué? —me preguntó con una sonrisa pícara.

—¡No! Por nada... en realidad, veo que no terminó con el trabajo. —zafé... ¡fui veloz!

—¡Ah! Sí, pobre Germancito... no pudo venir porque tiene muchas cosas que hacer. Seguro que mañana viene. —hizo énfasis en el “seguro”... yo me reí.

Salimos a dar un paseo en su auto, con Celeste al volante. Fuimos a su lugar favorito a tomar el té y a comer esas riquísimas masitas finas que hacían allí. El lugar estaba ambientado al estilo parisino... todo estaba bien cuidado y era muy concurrido. Nos sentamos al lado de la ventana, mientras nos poníamos cómodas y nos atendía la mesera. Mi tía estaba exclamando que se sentía como en París hasta que la escuchaba levemente: mi atención se fue afuera donde paró un BM con una patente que ya conocía... y vi que bajó Julián. Me quedé estática. Bajó enseguida otro hombre que no pude ver porque se pararon justo en frente de mi vista, unas adolescentes alborotadas. Mi tía me vio inquieta.

—¿Pasó algo, mi cielo?

—Eh... no, tía. No pasó nada. —me hice la tonta.

—Te estaba preguntando algo, y no me escuchaste... pensé que la única sorda en esta mesa era yo. —me dijo con simpatía.

—Perdón, tía ¿Qué me querías preguntar? —le respondí como si hubiese vuelto al planeta.

—¿Qué pasó al final con el hombre del BM? ¿Cómo era que se llamaba? —justo me fue a preguntar por él.

—Julián, tía. —apenas me salió la voz.

—Perdón, no te escuché querida ¿Cómo se llamaba?

—¡Julián! —sin querer lo dije en voz alta. En el lugar se quedaron todos callados y justo ¿quién estaba entrando y escuchó todo? ¡Julián! Me miró y se acercó a nuestra mesa. ¡Quería que me tragara la tierra!

—¡Vanina! No pensé que te iba a encontrar acá ¿Quiénes son estas hermosas damas que te acompañan? —me dijo fervientemente. Eso me pareció patético, ni siquiera dijo bien mi nombre. Mi tía y Celeste se miraban sin entender nada.

—Cecilia. —le dije cortante y mirándolo con mi peor cara.

—¿Qué? ¡Ah! ¿Qué dije? —dijo riéndose como si su equivocación fue

muy graciosa.

—Vanina. —le respondió Celeste con su voz dulce.

—¿Usted es la mamá? —le preguntó a Celeste y ella no supo qué contestar ante la pregunta.

—No, querido... ella es Celeste, mi mano derecha y está conmigo desde que era una niña... La eduqué y la crié como si fuera mi hija. Yo soy Emilia Van Der Heyden... soy la tía abuela de ‘Cecilia’. —mi tía enfatizo mi nombre. Acto seguido, fue el momento en que la quise matar; estiró su brazo para saludarlo y él, muy caballeroso, le besó su mano.

—¿Emilia Van Der Heyden...? ¡He escuchado mucho de usted! —dijo sorprendido ¿Qué? No lo podía creer... Mi tía estaba encantadísima.

—¿En serio? —se rió y nos miró a Celeste y a mí alegremente.— ¿Quién le hablaba de mí, joven?

—Mi abuelo me contaba de usted... me dijo que se conocían de hace mucho tiempo.

—¿Ah sí? ¿Y quién es su abuelo? —le preguntó con curiosidad.

—Julián García Iribarne. —a mi tía se le transformó la cara, abriendo los ojos como nunca... me parece que no le cayó nada bien.

—Ah... Sí, lo conozco... —dijo disgustada. Luego le dijo con mucha ironía.— Mándele un saludo de mi parte...

—Me encantaría, señora... pero lamentablemente hace cinco años que no está con nosotros. Sino, con gusto le hubiese dicho que me la encontré a usted.

—Oh... qué lástima... si yo le contara también de su abuelo... —mi tía lo estaba por arruinar.

—Bueno tía, creo que él tiene muchas cosas que hacer.... ¿No es cierto, Julián? —lo miré fijo para que se vaya.

—Sí, es cierto.... Bueno, no las molesto más.... Cecilia, en estos días te llamo. Que tengan una linda tarde. —se fue con una sonrisa. Lo veía desde mi ventana cuando se iba para el auto y se dio vuelta para mirarnos y me saludó con la mano. Yo le respondí con una sonrisa falsa.

—Te va a llamar... —soltó mi tía. Celeste y yo la miramos. Yo comencé a reírme.

—No tiene mi número. —nos reímos las tres— ¿Qué te hizo el abuelo de “Richard Gere” según vos? —le pregunté entre risas.

—¡Ah! ¿Ese era? ¡Cierto!... Bueno, éramos del mismo círculo... en

realidad, el abuelo de él había sido compañero en La Facultad de Abogacía de mi hermano, o sea, de tu abuelo... siempre me lo encontraba en los eventos importantes hasta las fiestas de Año Nuevo. Julián estaba casado con una chica, muy adinerada y por lo que me habían contado, ella fue muy infeliz a su lado. Él era muy mujeriego, porque lo veían con muchas mujeres alrededor de él y siempre se decía que andaba con una distinta. Pero no es solo eso... el abuelo de éste estafó a mi hermano ¡Fue un escándalo! Tu abuelo le hizo una demanda hasta, se agarraron a las piñas.

—¡No te la puedo creer! —estaba completamente anonadada. Celeste sonreía.— ¿Y qué pasó después en el juicio? —le pregunté con sed de saber más.

—Bueno... había rumores de lo estafador que era, pero mi hermano no quiso escuchar ¡Por cabezón! El tipo este lo estafó con un negocio que emprendieron juntos. El juicio, obviamente, lo ganó tu abuelo. Por eso, no sé que tanto el infeliz le contó tanto a su nieto de mí... Bueno, cambiemos de tema... Contame de Germancito, Chini que no me has dicho nada... y más extraño fue tu pregunta de hoy.

—Ay tía! —nos reímos las tres. Pasamos una tarde muy agradable, a pesar del mal momento de mi tía al recordar a ese señor, muy sinvergüenza por cierto.

Celeste y mi tía me alcanzaron hasta mi casa y las despedí agitando mi mano fervientemente.

—¡Chau, mi Chini! —me dijo mi tía con la ventanilla baja del auto.

—¡Nos vemos! —y allí se fueron. Entré a casa y me fijé en mi reloj de pulsera que ya eran las diez de la noche.

Me fui a mi habitación y me puse un remerón viejo largo, casi como un camión, que el cuello ya estaba tan estirado que hacía descubrir un hombro; y una vedetina de tiro bajo. Luego, fui hacia la heladera y saqué una manzana.

Mientras la estaba lavando, siento el timbre.... ¿Sería Germán? Fui rápido a la puerta haciendo pasitos ligeros de alegría y miré por la mirilla.... ¡Era Julián! No sabía que hacer... menos mal que no dije “ya voy” ¿Qué quería este tipo? Me movía ansiosa de no saber qué hacer.

—¿Quién es? —pregunté como si no supiera.

—Hola... ¿Cecilia? Soy Julián. —cerré lo ojos y respiré profundamente.

—¡Julián...! Un segundo, por favor. —lo pensé, lo pensé... y lo pensé...

y me dije “voy a hacer que no se le olvide más mi nombre” ¡Qué vanidosa! Así que, decidí abrirle la puerta. Por supuesto que la vanidad no me iba a llevar a ningún buen puerto. Abrí la puerta.

—Hola, Cecilia... —yo puse cara de sorpresa, más cuando lo vi con un ramo de flores en su mano, y vestido con su sobretodo... muy elegante estaba, como siempre. Cuando me vio cómo estaba vestida se quedó paralizado.

—¡Julián! ¿Qué hacés a esta hora? —tenía la mirada perdida... en mí.

—Perdón... pero... pero pensé que era una hora razonable. —me sonrió.

—Sí, está bien... me parece raro verte a esta hora. Además dijiste que me ibas a llamar.

—Claro, pero me di cuenta que no tenía tu número... pero sabía dónde vivías, así que... pasé a verte.

—¡Pasá! —lo invité a pasar abriendo más la puerta. Entró y lo primero que hizo fue mirar toda mi casa... hasta el último detalle.

—¡Qué linda tu casa! —me dijo con convencimiento.

—Gracias. —me dio las flores. Era una doce de rosas rosadas... fue ahí entonces, que lo descarté completamente de la lista de los posibles ‘amantes invisibles’... iba a tener que renovar la posición de la lista.

—Estás flores son para vos. —yo le sonreí.

—Gracias.... Las voy a poner en agua.... Sentate, ponete cómodo. Dame tu abrigo así lo cuelgo. —le pedí amablemente. Él se lo sacó y me lo dio, luego lo colgué y noté que me miraba mi parte de atrás.

Fui a buscar a la cocina un florero de vidrio que tenía guardado y empecé a llenarlo con agua y luego acomodé el ramo.

—¿Qué te sirvo? ¿Un té? ¿Café? Decime qué te gusta. —me di vuelta y estaba atrás mío, apoyado en el borde de la pared de la puerta. Le brillaban los ojitos.— ¿Me escuchaste? —le dije con una voz un poco nerviosa.

—Sí... un té está bien. —me respondió haciéndose el seductor. Yo no quise perder más el tiempo y me di vuelta y le dije.

—Julián ¿Qué pasa? ¿Estoy mal vestida?

—¡No, no! La verdad... es que me gusta mucho... digo que estás bien, estás cómoda y... sexy.... Cecilia, desde la primera vez que te vi, me encantás. —suspiró con dificultad.

—¿Sí? No sé, pero cuando me encontraste en la confitería, no te acordabas ni siquiera de mi nombre...

—Bueno, eso fue un detalle. —revoleé lo ojos... no podía creer lo que me dijo el tarado.— El tema es que desde que supe la historia de tu tía y mi abuelo...

—Perdón ¿Qué historia? —no estaba entendiendo nada.

—Sí... ¿no te contó? —me lo dijo como que era obvio.

—... Bueno, me contó que tu abuelo era muy mujeriego y...

—No, no, no. —soltó una risa— Tu tía y mi abuelo, tuvieron una historia... de amor. —me quedó mirando. Yo no sabía qué decirle.

—No me contó nada de eso... aparte ¿Qué tienen que ver ellos con nosotros? Si la tuvieron o no, esto es diferente. —él se rió de los nervios.

—Sí, tenés razón. —se me acercó muy sugerente hasta tenerme pegada a él.— Hagámoslo distinto ¿Qué te parece? —me corrió el pelo para atrás, me tomó mi cara y con su dedo pulgar acariciaba mi mejilla.

—Bueno... podría ser. —le dije mientras se acercaba más a mí. Me miraba más... especialmente en mis pechos que se translucían en el remerón gastado.

—¿Qué? ¿A que le tenés miedo? —luego con su otra mano me tomó la otra parte de mi cara.

—No tengo miedo... creo que no te conozco demasiado para que te acercaras tanto. —estaba ya titubeando y mi corazón latía fuerte. Lo separaba un poco de mí poniéndole distancia con mis manos.

—Entonces, ¿por qué me dejaste pasar? —tenía razón, la verdad...

—... No sé por qué... ¿No será mejor que te vayas, Julián?... ¿Julián? ¿Me escuchaste? —él no sabía que hacer, si faltarme el respeto o irse... yo le puse una cara como diciendo “¡decidite de una buena vez!”. Finalmente, se decidió a acercarse más a mí y empezó a besarme. Yo no me negué. No me importaba nada... No tenía nada oficializado con Germán, a pesar de que me gustaba muchísimo.

Los besos de Julián digamos que no eran muy apasionados como los de Germán, pero lo hacía bien... digamos.

—¿No te importa estar con una mina común... qué no sea refinada como las que acostumbrás a estar? —le decía entre besos. Me acordé de esa vez que lo vi con esa mujer distinguida en el restaurante.

—Me gustás vos. —me seguía besando... Estaba sintiendo nuevamente como cuando lo vi por primera vez en la confitería... estaba idealizando nuevamente. Yo comencé a desarmarle la corbata y la tiré por ahí, luego

seguí con su camisa y se la saqué... él en un momento no sabía que hacer, me dejaba hacer todo a mí. Lo próximo fue desprenderle el pantalón y me atreví a tocarles sus partes... por dentro de su ropa interior. Él soltó una risa de nervios, pero después gozaba de lo que le hacía... no hacía nada más que eso. Yo esperaba que me agarrara y me tirara por ahí, pero no estaba ni ahí de hacer eso.

—Vamos a mi cuarto. —terminé diciéndole.

—¿Querés estar más cómoda? —estaba poseído.

—Si eso es lo que vos pretendés. —lo agarré de su mano y lo llevé a mi habitación... Lo hice acostarse en mi cama con un empujón. Terminé sacándole los pantalones y me senté arriba de él y comencé a besarlo... pero, no hacía nada más que seguirme.

—¿No querés tocarme...? ¿Hacerme algo, sacarme algo? —le dije a ver si se despabilaba.

—No, me gusta como lo estás haciendo. —y fue ahí que ya me colmó la paciencia.

—¿Pretendés que lo haga todo yo? —puse mis manos en mi cintura como gesto de enojo.

—¡Ah...! Ya entendí. —me sonrió, pero me pareció que no entendió nada, porque terminé haciéndolo todo yo... Un poco me tocó los pechos, me sacó el reмерón que me lo terminó rajando más el cuello. Me observaba cómo lo hacía y se ponía a decirme “así me gusta” “seguí así”, y otras cosas medias parecidas, etc., etc., etc. Yo a eso no me refería... Bueno, hasta que finalizó ahí nomás. Yo me acosté al lado de él...

—Bueno, es hora de que te vayas. —le dije muy agitada después de haber terminado hace segundos. Ya quería estar sola.

—Sí... estaba por decirte que me tenía que ir. —me besó y luego comenzó a vestirse, yo empecé a hacer lo mismo.

—¿Cómo la pasaste...? A mi me encantó. —me dijo el muy cara dura ¡Por supuesto que te encantó, si no hiciste nada! Yo le hice una sonrisa forzada. Lo acompañé hasta la puerta.

—Espero que se repita. —me dijo convencido ¿Qué tenían estos hombres con la frase “espero que se repita”? ¡Claro... así cualquiera! ¡Que ni lo sueñe! Yo repetí la frase en voz baja.

—¿Que se repita...?

—Que descanses. —me dio un beso y posó su mano en mi mejilla.



—Chau. —le dije ya queriendo cerrar la puerta y se fue.

Después de eso, me quedé mirando la tele a oscuras, comiendo la manzana roja que había lavado antes de que llegara Julián. ¿Cómo pude hacerlo? Me recliné. Si estaba bien con empezar a tener una relación con Germán....

Después de que no había para mirar y lejos de querer acordarme del error que cometí, me fui a dormir.

## VIII

# *La caja*

Al día siguiente, llegué a mi oficina y en mi escritorio estaban todas mis compañeras otra vez en reunión.

—¿Qué pasó? —les pregunté asustada.

—Te llegó otro regalo, Ceci. —me respondió Melina. Todas se corrieron y mis pupilas se dilataron de impresión.... Era una caja rectangular, de color rojo. Cuando me acerqué, lentamente, había un sobre con mi nombre, lo abrí y había una tarjeta que decía:

*Espero que te guste éste regalo... vendrán muchos más... dejalo para nuestra ocasión especial, ya te vas a enterar.*

*Tuyo.*

Todas mis compañeras me estaban rodeando y yo no me había dado cuenta. Estaba como con la mirada perdida y después me di vuelta y le dije a Melina.

—¿Cuándo llegó esto? —le pregunté atónita.

—Recién... un muchacho de la tienda me lo trajo y yo lo puse acá, en tu escritorio. —luego le dijo a mis compañeras.— Vamos, chicas. —yo me senté y no sabía con lo que me iba a encontrar en esa caja... no me animaba a abrirla. De lejos, por un lado me miraba Doris. Agarré la caja y la dejé debajo de mi escritorio para que no la viera más.

Llegué a casa después del trabajo, con la caja. Entré y cerré la puerta con mi pie. Me fui a mi habitación y puse la caja arriba de mi cama... saqué el moño y cuando estaba por abrirla escuché la bocina de un auto. Me fui a la ventana del living y allí estaba, Germán... tan varonil en su auto recién

restaurado. Me sentía como las mujeres de los 60's. Germán me saludo con la mano y salió del auto. Yo salí rápido de mi casa.

—¡Germán! —me acerqué a él y lo saludé con un beso en la mejilla.

—Hola, Ceci. —él sí que se acordaba bien de mi nombre.— Quería verte... vine más temprano pero no estabas. Me imaginé que estabas en tu trabajo y fui... —lo interrumpí dándole un beso. Estaba con un perfume riquísimo que me hizo subir la libido. Estaba realmente sexy con su remera turquesa y esos jeans que le quedaban muy bien.

—¿Entramos? —le propuse.

—Antes de entrar, quiero que demos un paseo en este Corvette ¿Qué te parece?

—No es el mismo de la otra vez, te diría que ni lo reconocí.

—Ahora sí está decente ¿No? —realmente me sorprendió su propuesta... para bien, por su puesto.... Me fascinó la idea.

—Sí, vamos. —me abrió la puerta y subí del lado del acompañante.

—Vamos a dar un paseo por la ciudad y después vamos a mi departamento ¿Qué decís? —asentí con la cabeza y me agarré de su brazo bien fuerte. Su perfume... me llevaba a otro mundo... su piel estaba suave.... Realmente estaba en llamas... por primera vez sentía que Germán era 'mi hombre'.

Andábamos por la ciudad, ya de noche, las luces estaban encendidas.... Cerré mis ojos y el viento pegaba en mi frente. No podía dejar de recostarme en su hombro y enamorarme más de él, en cada minuto, en cada segundo.

Fuimos a su departamento. El edificio era muy lindo por fuera, muy moderno. Entramos con el auto al garage del edificio y nos dirigimos hacia los ascensores. Entramos al ascensor y nos repartimos besos apasionados hasta llegar el 11vo. Piso. Cuando salimos del ascensor, él abrió la puerta mientras yo lo abrazaba de atrás. Entramos a su departamento y era como una especie de loft, perfectamente decorado, muy vanguardista. Había pinturas colgadas en las paredes que las reconocí automáticamente... eran de su madre, la famosa artista plástica Elisa Kälher. También había colgadas fotografías de paisajes bien iluminadas con luces analógicas en cada una de ellas.... Parecía un museo.

Detrás del televisor led había una falsa pared, tipo división de espacios que se podía ver bien su cama de dos plazas y media con un estupendo acolchado. De repente sentí el ruido del flash de una cámara y me di vuelta.

Germán me había sacado una foto.

—¡Ay! —me reí.— Qué sorpresa.... Entonces ¿Esas fotos que tenés ahí las sacaste vos?

—Sí, todas son mías. Quedate así como estás. —me dijo concentrado.

—No sabía de esa faceta tuya... Me encanta. —posé un poco para él. Se acercó a mí con la cámara y me dio un beso.

—¿Querés tomar algo?

—¿Qué tenés para tomar? —le pregunté acercándome más a él.

—Tenía una idea... ¿qué te parece si pido sushi?

—Me gusta la idea. —él me besó de nuevo.

—Voy a llamar al delivery. —yo asentí con la cabeza. Fue a llamar por teléfono y yo me puse a observar los cuadros: eran rostros hechos con pinceladas, eran todos hermosos y estaban firmados con el nombre de su madre. Él justo cortó con la llamada y fue a la cocina a abrir una botella de vino blanco... mientras me observaba lo fascinada que estaba mirando sus cuadros.

—Veo que te llamaron la atención las pinturas. —me dijo mientras hacía fuerza para sacar el corcho.

—Me encantan, son hermosas.... Me acordaba que tu mamá era artista plástica ¿Dónde está ella, ahora? —le pregunté curiosa mientras contemplaba las pinturas.

—Con mi hermana... ella es artista plástica también. Tienen una galería de arte en Japón.... La verdad, les está yendo muy bien. —me dijo con cierta alegría y brillo en sus ojos.

—Qué bueno ¿Las extrañas? —le pregunté ingenuamente.

—Sí... pero siempre me vienen a visitar cuando están en el país. —me sirvió el vino en una copa y me lo dio acercándose a donde estaba.— ¿Y tu mamá sigue cantando ópera?

—Sí, pero no tanto como antes... ahora está casada con un director de orquesta italiano, Marcello Spiro... con él tuvo dos hijos.

—Así que tenés hermanos... ¿los conocés?

—¡Sí...! Francesca tiene doce y Dustino, diez. Son muy educaditos, nada que ver a mí. Cuando voy a verlos, por lo menos se ponen contentos.... Creo que es buena señal. —le dije graciosa. Luego se sintió el timbre.

—¡Qué rápido! —atendió el teléfono del portero y se fue rápidamente a abrir. Esperé en silencio y mientras observaba esas fotos, había una en

particular de un nenito negro... era muy bonito, y tenía como unos cinco años aproximadamente: su carita demostraba un semblante puro, pero a la vez sus ojitos expresaban tristeza. De repente llegó Germán.

—Acá está la cena. —me dijo mostrándome la bolsa donde estaba el sushi. Preparamos la mesa y comenzamos a comer. Entre tanto decíamos algunas tonterías y nos reíamos. Después empecé a preguntarle cosas.

—Me imagino que para tener este tipo de departamento, no debe ser por la jardinería, ¿o me equivoco?

—Sí, lo de la jardinería... en realidad es un hobby para mí, siento que estar conectado con la naturaleza me hace relajar... me carga de energía, me siento purificado. Ese día la ayudé a tu tía con el jardín porque habían algunas plantas que no me gustaban como estaban, entonces le dije de arreglarlas... Por supuesto que tu tía no vaciló.

—Es cierto, mi tía es así... Perdoname que te insista, pero ¿de qué trabajás? —le dije entre risas.

—Soy arquitecto.

—¡Arquitecto! Bueno, ya veo por qué es hermoso tu departamento.

—Gracias... estoy trabajando en una empresa constructora. Tiene interesantes proyectos que eso fue lo que me llevó a aceptar la propuesta de trabajo. Además, hice un curso de fotografía, de diseño de interior, paisajismo y viajé mucho... no conozco todo el mundo, pero estuve en varios países....

—¿Y qué piensan hacer en donde trabajás?

—Estamos haciendo un edificio en la Costanera... queremos hacerlo estilo futurista, que sea único en el mundo.

—Estás lleno de sorpresas, Germán. —nos miramos fijo y nos sonreímos.

—¿Te gustó la comida? —me dijo con una mirada penetrante mientras tomaba su copa de vino.

—Sí, estuvo muy bueno. Gracias por la cena... cocinaste rico. —nos reímos. Luego, levantamos las cosas de la mesa y empecé a lavar los platos que habíamos usado en el sushi.

—No te molestes, yo los lavo después. —me dijo tiernamente.

—No hay problema, quiero ayudarte. —le dije nerviosa que se me cayó el repasador que tenía en el borde de la mesada. Los dos nos agachamos para levantarlo, pero yo lo agarré primero... él me tomó de las manos y nos levantamos a la vez. Sus manos estaban cálidas, casi sudorosas... estaban

bien cuidadas. Yo quise hacerme la tonta y seguir lavando....

Bajó las luces del departamento; como a media luz, con un control remoto pequeño. Se puso detrás de mí y empezó a pasar sus manos en mis brazos y me dio un beso en mi hombro que el plato que tenía en la mano lo dejé en el lavabo, y luego cerré la canilla. Lo sentía cada vez más cerca de mi cuerpo. Él corrió mi pelo dejando en descubierto mi cuello y en el cual él lo besó delicadamente hasta mi hombro.... Me di vuelta lentamente... él se acercaba de a poco... y comenzamos a besarnos apasionadamente. Cada vez estaba más cerca de mí. Sus manos recorrieron por mi espalda hasta me acercó más a su cuerpo... sentía que tenía temperatura. Le saqué su remera y toqué sus partes por arriba de los jeans... eso pareció que lo hizo encender aún más y lo dejé atónito ante mi acción.... Me alzó y me llevó a su habitación. Luego me soltó y comenzó a desabrocharme la camisa que tenía puesta, sacándomela después... luego fue por mi sostén: mientras lo desabrochaba sus labios se perdían en ellos hasta dejarlos en descubierto, y continuó con lo que estaba haciendo... lo hacía suave, con todo el cuidado....

Estaba en éxtasis, hasta se perdió por debajo de mi pollera... me sacó mi ropa interior y fue ahí que no pude más, jamás había sentido un placer tal, fue una sensación que en cualquier momento iba a caer desmayada. No contento con eso, me llevó a su cama (ahí sentí en mi espalda ese acolchado que lo miraba desde lejos... se sentía muy bien) Me sacó la pollera y quedé de nuevo como esa noche con él, en el sofá de mi casa; pero fui rápida y empecé a desabrocharle sus jeans y con fuerza lo tiré en su cama (por supuesto él se dejó llevar) y en ese entonces, se los saqué.... Cruelmente, empecé a hacerle cosas con su ropa interior todavía puesta hasta que se los saqué y le hice lo mismo... pero antes de terminar, me subí arriba de él y empecé a hacer mi parte.... Comenzaba lento, haciéndolo desear más... él me acompañaba con sus manos, tomándome de mis caderas. Fuimos yendo más intensos... y más intensos... y más intensos.... Luego, él cambió de posición, poniéndose encima de mí... y siguió haciéndolo él.... Estaba distinto a la otra vez, pero mejorado... parecía que mis pies habían perdido sensibilidad. Él seguía y yo no quería que parara... hasta que terminamos juntos.

Quedé temblando... quedamos extasiados.... Él se me acercó más para besarme y luego se acostó al lado mío. Apoyé mi cabeza en su hombro y él enseguida se dio vuelta a besarme.

—Me encantás. —me dijo agitado.

—Vos también me encantás. —y lo besé. Él parecía que todavía estaba con la adrenalina. Siguió besándome y se puso encima de mí. Después comenzó a besarme el cuello. Me miró nuevamente y me besó.

—Quiero darme una ducha... ¿puedo? —le sugerí. Sin decirme nada me agarró de la mano y nos fuimos a bañar; por supuesto que comenzamos otra vez....

Apenas él abrió la canilla nos metimos... me llevó hacia la ascensión a la lujuria... esta vez fue más intenso. Entre el vapor del agua y la energía de su cuerpo, fue como una sensación de descarga. No podía gustarme más este hombre. Finalmente, salimos de la ducha; él agarró una toalla cubriendo mi cabeza y empezó a secarme el pelo, luego me descubrió mi cara y me besó. Esa noche terminamos recostado en su cama, mojados, tomando una copa de vino, bueno, tomamos más de una.

—¿Qué hora es? —le dije preocupada.

—Las dos de la mañana ¿Por? —me dijo poniéndose otra vez cariñoso.

—¡Pará, Germán! Me tengo que ir, porque mañana trabajo. —le dije en voz baja como si hubiera alguien durmiendo.

—¿Por qué hablás en voz baja? —me preguntó riéndose y hablando en voz baja como siguiéndome la corriente— Además, mañana es sábado — empecé a reírme como una tonta.

—¡Tenés razón! ¡Ya ni sé qué día estoy!

—Quedate a dormir. —me ofreció con cara de súplica y con su voz tan seductora. No me podía resistir.

—¿Y si te digo que no? —le sonreí.

—Decí que sí. —me hacía pucherito de broma y más me reía. Quería comérmelo a besos.

—Quiero decirte “no”, pero no puedo.

—Decime que sí, y la vas a pasar muy bien conmigo ¿Qué te parece? Salimos a dar una vuelta...

—Bueno, pero mañana me tenés que llevar a lo de mi tía, porque le prometí ir a visitar ¿Sí?

—Por supuesto que te llevo —me dijo encantado y me besó. Estábamos tan cansados que nos quedamos dormidos, muy abrazados. Yo en un momento me desperté y lo vi al lado mío, durmiendo plácidamente... no podía creer el hombre que tenía... ya lo sentía mío.





## IX

### *Confesiones a la hora del té*

Al día siguiente, me desperté y no estaba Germán al lado mío. Me sentía rara, desorientada y perdida con la hora. Sentía ruidos en la cocina, y decidí levantarme, agarrando la sábana para cubrirme. Lo vi ahí, a mi hombre, preparando el desayuno. Yo lo sorprendí dándole un beso en la espalda. Menos mal que no estaba con algo cortante.

—¡Buen día! —me dijo dulcemente y me dio un beso de buenos días ¡Cómo me encantaba ese hombre!

—Buen día, mi jardinero. —nos reímos juntos.

—Te estoy preparando un rico desayuno.

—Ya veo, voy a prepararme para estar decente. —nos reímos.

—Estás hermosa así. —otra vez nos besamos.

—¿Qué estás preparando? —le dije muy cariñosa.

—Un desayuno muy nutritivo, ya que ayer perdimos mucha energía.

—Se ve rico... me voy a cambiar. —me besó y yo fui a prepararme para irnos a lo de mi tía, por supuesto en su Corvette. Llegamos a lo de mi tía y nos despedimos con un beso apasionado. A todo esto, mi tía estaba en el jardín y vio todo. La guacha no se inmutó a decir nada.

—Dejale mis saludos a Emilia. —me lo pidió con una sonrisa.

—Serán dados. —le dije anticuadamente.

—Nos vemos después, mi amor. —me dijo dulcemente ¡Me dijo “mi amor”! Mi corazón se iba a salir de mi pecho.

—Sí. Nos vemos, “mi amor” —él se fue y yo veía cómo se iba en su auto. Cuando le perdí la vista, entré al jardín suspirando por él y la vi ahí parada a mi tía muy risueña.

—¡Buen día mi Chinita enamorada! —me lo dijo enérgicamente de

alegría estirando los brazos.

—¡Tía! ¡Los vecinos! —le dije para que bajara la voz y no se enterara todo el vecindario.

—¡Ja! ¿Y con ese beso que se dieron no se iban a dar cuenta? Me encantó ver ese cuadro, mi Chini... ¡sabía que Germancito era para vos! —no estaba nada errada mi tía, que le sonreí inevitablemente.— Ahora quiero que me cuentes todo qué pasó con él.

—¡Tía! —fuimos para el patio donde está su lugar favorito para tomar té y no la veo a Celeste por ningún lado. — Tía ¿Y Celeste? —le pregunté extrañada.

—Se fue de viaje, mi cielo.... La invitaron unas amigas a un crucero y va a estar una semana... —me dijo mientras nos sentábamos y llegaba María con la bandeja con las tazas de té y las masitas— A ver si consigue algún novio...

—¡Qué lindo! —le dije con mi tono feliz, ese día todo me parecía maravilloso.

—Bueno, ahora contame de Germancito y vos, mi chinita querida. —me decía con su voz tierna tomándome de mi mentón.

—Bueno... estamos conociéndonos. —le dije tímidamente que ya se me notaba en la cara que me sonrojé.

—Mmm... eso que vi hoy no me parece que se están conociendo solamente... ahí pasa algo más. Yo escuché muy bien que se dijeron “mi amor” —me dijo muy pícara. No era nada tonta.

—Está bien, no te voy a mentir... ¡te voy a contar! pero no se lo digas a nadie, ni siquiera a Celeste. —la condicioné.

—Lo prometo... palabra de honor. —me respondió con una mano en el pecho.

—Bueno... con Germán nos estuvimos viendo... en realidad dos veces nos vimos.... Él desde el principio como que estaba tratando de tener algo pero yo lo detenía aunque me gustaba, él me parecía un hermoso hombre, increíble y... —me detuve con mi relato porque realmente me estaba dando vergüenza lo que le estaba contando a mi tía... pero lo que le iba a decir no la iba a asustar para nada, ella lo iba a tomar muy natural.

—¿Y? ¿Qué pasó? —estaba ansiosa.

—Una noche, estaba lloviendo.... —mi tía me escuchaba con extrema atención apoyando la mano en su rostro —... todavía no era tan tarde, como

las doce de la noche era, entonces tocaron el timbre y cuando veo quién era...

—¿Germancito?

—... Sí, era él. Abrí la puerta y estaba completamente empapado... él dice que se quedó sin baterías, pero sé que fue a verme especialmente esa noche.

—¡Ay! ¡Me encanta! ¿Y lo hiciste pasar? —dudé en contestarle y puse cara de que ‘obvio que sí’.

—... ¡Sí...!

—¡Ay, qué bueno! ¿Y?

—¡Y hasta ahí llegó el relato, tía! No te voy a contar todo. —le dije atajándome para que no me preguntara más porque era obvio lo que había pasado.

—Sí que podés.... ¡Dale! ¡Contame más! ¿Durmieron juntos? ¿Besito por acá, besitos por allá? —me seguía insistiendo hasta que remató— ¿Tuvieron sexo? —la última parte lo dijo por debajo al pasar, la muy pícara ¡Ahí se zarpó!

—¡Tía...! ¡Sos, eh! Además tenés mucha imaginación para eso, no hace falta que te cuente nada.

—Entonces, sí... ¡Me encanta saber que estuvieron juntos! Yo apuesto mucho por ustedes.

—Todavía no nos adelantemos a los acontecimientos, tía. —igual ¿quién me quita lo bailado? Si esto funcionaría o no, eso estaba por verse.— ¡Ah! Otra cosa tía... Julián me dijo que vos tuviste una “historia de amor” con el abuelo de él. Vos no me constaste esa parte ¿Eso es cierto? —mi tía me miró sin entender.

—No, mi chini ¡Te juro que no! Si lo hubiese tenido te lo hubiera dicho. Además yo cuando lo conocí estaba casada y super enamorada de mi Lalo, y no saldría nunca con un estafador.... Ahora, yo quiero saber ¿Cuándo lo volviste a ver a ese Julián? —me pidió explicación. ¡Uy! Le tenía que contar la verdad... no me salía mentirle.

—... Bueno... el día que lo encontramos... después a la noche... me fue a ver. —mi tía agrandó sus ojos de sorpresa.

—¿Y...? ¿Y qué pasó? —estaba que se infartaba.

—Bueno... me dijo que si vos me habías contado lo de la historia de ustedes y que quería repetir eso... yo le dije que no me importaba... después él me dijo que teníamos que hacer la historia distinta y bueno.... —le contaba

tímidamente, como con vergüenza.

—¡No te la puedo creer! Chini ¿Cómo...? ¿Cómo fue...? ¿Ya habías estado con Germán...?

—Fue entre medio de los dos encuentros. —suspiré.

—Comparaste, me imagino. —me dijo solemnemente.

—Obvio... No quise saber más nada con este Julián, porque.... —me di cuenta que estaba hablando con mi tía y paré de contarle.

—¡Seguí! —me ordenó fervientemente.

—¡Bueno! No me hizo nada... solamente me miraba como lo hacía ¡Ay que vergüenza!

—No tenés por qué avergonzarte, mi Chini... se nota que es un estúpido. Por suerte tenés a Germancito ¿no es cierto? —ella estaba encantada que esté con Germán.

Después de visitarla tomé un taxi para volver a casa. Llegue y dejé las llaves arriba de la mesita de al lado de la puerta y me acordé de la caja. Fui a mi habitación y estaba allí, tal cual la había dejado. Levanté la tapa, y encontré... ¡un precioso vestido de color rojo! Lo saqué de ahí, y lo puse arriba de la cama... lo contemplé y no podía creerlo, parecía cuando era una nena y descubría los regalos de Navidad.

Decidí darme una ducha para probármelo y luego de terminar, me sequé lo más rápido y me lo puse. La espalda era pronunciada al igual que el tajo de la falda en la parte trasera, tenía cuello bote y sin mangas. ¡Me quedaba divino! era mi talle... la tela era fabulosa. La verdad que nunca imaginé tener una cosa tan hermosa como lo que tenía puesto ¡Parecía inalcanzable! Luego me miré al espejo y seguía sin poder creerlo; daba vueltas con él, haciendo que la falda volase y miraba todos los detalles.

Miré de nuevo adentro de la caja y había una caja de zapatos ¿Cómo no lo había visto? La saqué y vi que adentro había unos hermosos stilleto rojos de charol con punta y pulsera. Me los puse y me quedaban... ¡parecía Cenicienta! Me quedé un rato con mis regalos puestos, después me los saqué y los guardé cuidadosamente en sus respectivas cajas

¿Quién sería? No podía creer que era Julián el de los regalos y los anónimos, por lo menos, él me lo demostró... no encajaba con el perfil de hombre que hiciera una cosa así.

# X

## *Cambios de humor*

Llegué al trabajo con un semblante relajado y una sonrisa que nadie me la podía borrar, así se cayera el techo de la oficina o me llegara el telegrama de despido. Caminaba como si flotara y todos en la oficina me miraban perplejos, algunos le avisaban a otros y éstos se daban vuelta a mirarme.

Llegué a mi escritorio y, elegantemente, me senté. Doris se estiró tanto para atrás en su silla que por chusma, se cayó de ella, y rápidamente se levantó para que nadie se diera cuenta.... Yo ni me mosqueé. Dejé mi carpeta y tarareaba alguna canción de amor que se me pegó escuchando antes de llegar al trabajo, mientras prendía mi computadora. Melina se acercó, y atrás de ella venía Irina.

—¡Buen día, Ceci! —me dijo Melina alegremente. De repente se dio vuelta y notó que estaba Irina.

—Buen día, Meli... ¡Ah...! Irina ¿qué hacés ahí? —dije fastidiosa al verla a Irina.

—¡Hola! ¡Qué bien se te ve! —me dijo Irina con un tono falso de alegría y su cara desfigurada de una sonrisa forzada.

—¡Gracias! —le respondí de la misma manera y enseguida saqué de mi carpeta la carta.— Meli, acá tengo la carta para “mi amiga invisible”.

—Gracias.... —quedamos en silencio, y se quedó parada al lado de Melina.

—¿Necesitás algo? —le pregunté a secas.

—No... ¿Nada que contar? —me preguntó la muy cara dura con su sonrisita de siempre ¿Qué pretendía que le cuente? ¡Como si ella fuera mi amiga y le contara mis cosas!

—No... ¿tengo algo que contarte? —le respondí irónica.

—No sé... es que, la verdad que llegaste tan distinta a lo siempre... y bueno, con las chicas nos preguntamos qué te había pasado para que estés así... tan contenta. —yo no podía creer que fuera tan confianzuda.

—¡Ay, Iri...! Sabés que no hablo y no me gusta, para nada, hablar de mi vida privada. Así que disculpame que tengo mucho trabajo que hacer. —le dije determinante. Melina trató de no reírse y a Irina se le transformó la cara... de feliz a yegua.

—Sí, tenés razón.... —se fue enojada.

—Ya vengo enseguida a traerte tu carta. —me dijo Melina. Yo seguí trabajando y enseguida cayó Rafael con un café para mí.

—Hola, buen día ¿Cómo estamos hoy? —se quiso congraciar. Ante el plural de su pregunta, miré hacia atrás mío.

—¿Vino alguien más conmigo? —le dije irónica. Rafael se rió.

—Bueno, es un decir.... Te veo bien. —me dijo agarrando firmemente mi hombro... yo miré su mano.

—Sí... parece que en toda la oficina se enteró. —le dije entre risas mientras movía mi hombro para soltarlo.

—¿Me parece o estás con alguien? —me dijo de una forma muy patética, casi como si se iba a poner a llorar en frente mío. Yo quería evitar mi risa, pero se notaba que quería reírme y no sabía que responderle.

—Puede ser...

—Con razón. —dijo entre bajo mirando hacia el piso.

—”¿Con razón?” Yo no tengo nada...

—Sí, ya sé... ¿ves? ¿Ahora qué puedo hacer? Sé que fui un tonto con vos y... —tomó aire, como si le costara— Y por eso te perdí. —no lo pude evitar y se me soltó la carcajada.

—Reíte... soy un gil.

—Ay, Rafa... no lo pude evitar, pero me das ternura.

—¿Qué te parece si salimos? Te llevo algún lugar donde vos quieras. Siento que hay “tensión” entre nosotros y... ¿qué te parece si nos juntamos y descargamos esto que hay entre...?

—¿Perdón? Yo no tengo ninguna tensión que descargar con vos.... Te equivocaste muy mal.

—Ah, bueno... ¡perdón, señorita! —me contestó furioso y con ironía— ¿Qué es ese desprecio? ¿A caso yo no te gustaba?

—¿Perdón? —ya me estaba enojando.— ¿Qué es eso de que a mí “me

gustabas”? —gesticulé con los dedos haciendo el entrecomillas.

—Me parece que me rechazás con miedo de que te pueden pasar cosas conmigo, por eso tenés esa actitud de sobrada y superada... ¿o estás despechada porque anduve con todas menos con vos? ¿Por qué creés que me acosté con todas? ¿Por qué las quería? ¡No! —todos estaban en silencio escuchando la conversación, hasta estaba Melina a un metro de nosotros para entregarme la carta. Irina escuchó todo y se fue llorando al baño, y peor para Rafael, el mismo jefe lo escuchó.

—¡Casanova, a mi oficina! —le dijo el jefe a Rafael con voz elevada. Cerró los ojos como sabiendo lo que se le venía.

—Sí, señor. —se fue con una rabia que se le notaba hasta en los ojos. Todos miraban cómo Rafael se iba para adentro de la oficina y Melina se acercó a mí, mirándolo petrificada cómo se iba Rafael a la oficina del jefe. Antes de que el jefe cerrara les dijo a todos.

—¿Qué están esperando? Sigán trabajando. Los quiero ver a todos en sus puestos. —todos apurados empezaron a trabajar y el jefe cerró de un portazo.

—Acá están tus cartas, Ceci.

—¿Dos otra vez? —se quedó parada al lado mío. La miré molesta.— ¿Me faltó darte algo?

—¡No...! ¿Qué pasó con Rafa?

—¡Lo de siempre, qué va a ser! —me colmó la paciencia y le dije— Perdoname, Meli pero, ¿te podés ir? Ya estoy de mal humor. —se fue sin decirme nada... creo que tampoco sabía qué decir.

Antes de leer las cartas, fui al baño sin haberme acordado que se había ido Irina llorando. Cuando entré, estaba ella con Eliana y Sabrina, dos de mis compañeras, consolándola y al saber que había entrado, estas dos se dieron vuelta y me quedaron mirando como si yo hubiese sido la culpable del llanto desolador de Irina.

—¿Estás conforme? —soltó Irina.

—¿Perdón? ¿De qué? —me quedé helada. Luego me puse firme en mi postura sin demostrar inseguridad.

—Lo provocaste... yo te miraba de lejos cómo lo histeriqueabas, ahora te hacés la decente una vez...

—¡¿Qué sabés vos?! —elevé la voz ante la injuria.

—¡Quiero saber si esa cara de satisfacción con la que llegaste hoy fue por haberte acostado con Rafael! —se largó a llorar arrugando su cara.

—¡No! ¡Y no lo veo afuera de la oficina! ¿Qué te metés en mi vida? ¿Eso querías saber hoy cuando te acercaste a mi escritorio? No seas ridícula y tenete un poco de dignidad.

—¡Sabés que me duele verlo con otra! Todo el tiempo anda atrás tuyo como si hubiesen estado juntos. Hace poco terminamos y ni siquiera tienen respeto por mi dolor. Sino, no entiendo por qué tiene tanta calentura con vos...

—No lo sé... el problema lo tiene él —la conversación se estaba poniendo cada vez más feroz.

—Quiero que lo dejes en paz ¡Alejate de él, por favor! Yo estoy tratando de reconquistarlo y vos...

—¡¿Estás tratando de reconquistarlo?! ¡Sos increíble! ¡Ah! ¡Ahora sé quién fue la que dijo que tenía una relación con Rafael! ¡Fuiste vos! —me indigné... ¡No podía creer lo estúpida que era!

—¡Sí, fui yo! Y qué lástima que el jefe no te echó. Escuchame bien... llegan a echarlo, va a ser todo por tu culpa y yo me voy a encargar de hacerte la vida imposible. —ya me hartó esta estúpida.

—¡¿Por mi culpa?! ¡Encima lo defendés después de que te usó y se burló de vos! ¿Acaso no sabés que todos nos enteramos, por boca de Rafael, que él dice haber tenido el peor sexo con vos...? —no se esperaban ese comentario. Eliana me hacía señas de que “no” y después de lo que le dije a Irina frunció su entrecejo de dolor. Yo ni la percaté.

—¡¿Qué dijo...?! —no podía creer lo que le estaba contando. Yo me volví como una especie de ametralladora humana.

—¡Sí! ¡Y encima tuviste que soportar que te humillara adelante de toda tu familia metiéndose con tu prima, porque él decía que ella era más experimentada que vos y sin que te enteraras se la movió todas las veces que pudo! ¡Y con todo esto! ¡¿Querés seguirlo reconquistando?! —las otras dos se quedaron atónitas ante mi descargo y comenzaron a irse... iban a desparramar la noticia en toda la oficina. Yo sentí que metí la pata hasta la cintura, pero fue más fuerte que yo.

—¿Cómo vas a decir eso? ¡Sos una guaranga! La única que me humilló acá fuiste vos.... No creo que Rafa haya dicho todo eso, todo lo inventaste vos para herirme y hacerme quedar como una frígida.... Pero ¿sabés qué? Yo esto no me lo voy a olvidar... preparate ahora ¡Putá! —se fue furiosa del baño, con los ojos todos chorreados de la máscara de pestaña. Me miré al



espejo, y respiré profundamente. Luego, me fui del baño y me dirigí hacia mi escritorio. No me arrepentí de lo que le había dicho ¿Quién se creía quien era para quererme hacer la vida imposible? Yo ya había tomado el guante.

Me senté en mi silla y apoyé mis codos sobre el escritorio tapando mi rostro con mis manos.... Estaba metida en un lío en el cual me había metido Rafael... me molestaba cuando me pasan estas cosas sin querer provocarlas. Luego crucé los brazos y me acosté sobre ellos. De repente, levanté la cabeza dándome cuenta que tenía las cartas. Quería olvidarme de toda esta situación y tomé una de ellas... la leí pero no le presté atención. Luego agarré la otra carta y decía:

*Cada día estamos más cerca que nunca...*

—¿Eso nomás? —me dije a mí misma... le escribí la respuesta.

*Querido Amante Invisible:*

*Tu última carta no fue muy clara... tenías más imaginación en las primeras. Quiero saber con más detalles quién sos, pero si querés seguir con la intriga... sigamos jugando este juego, siempre y cuando con más pistas.*

*Cecilia.*

—¡Melina! —le grité desde mi escritorio para que venga.

—¿Sí? Decime. —me dijo ansiosa. Siempre lista.

—Otra carta para el colado. —ella lo estaba por agarrar hasta que yo se la saqué— Con la condición de que “no” la leas ¿De acuerdo? —le condicioné. Melina asintió y se fue rápidamente. De repente veo a Rafael salir de la oficina del jefe, y él se me acercó.

—Quiero pedirte disculpas, no va a volver a pasar... nunca más. —me dijo con mucha seriedad.

—Más te vale, pero como siempre hacés lo mismo no sé si creerte. —le dije con mi firme orgullo, golpeando unas hojas sobre el escritorio para acomodarlas.

—Esta vez no va a haber otra vez. —lo miré con mi cara de desconcierto, sin entender qué pasaba.— Me van a trasladar a la sede... no nos vamos a

volver a ver, por lo menos por un largo tiempo. —yo me quedé atónita.

—La verdad no quería que pasara... —tomó mi cara con sus dos manos y me dio un beso delante de todos. Irina vio todo eso desde su escritorio, con su cara desfigurada de tanto llorar... y continuó llorando al ver el espectáculo que estaba haciendo Rafael.

—Chau, Cecilia. —y se fue a su escritorio a buscar sus cosas. Yo lo seguí hasta que llegamos a su escritorio, desencajada ante su beso y mi corazón latiendo mil por hora.

—¿Sos vos el de las cartas? —le pregunté directamente. Él se dio vuelta, me miró a los ojos.

—No, no soy yo... Espero que sepas quién es tu amigo misterioso. —me dijo con una pena en los ojos... — Suerte. —finalizó, luego se dio vuelta y empezó a empacar. Yo quería decirle algo más pero me arrepentí... di media vuelta y me fui a trabajar. En el camino me la crucé a Irina... me miró con cara de odio y se fue a la oficina de Rafael, dando un portazo. Estos dos me arruinaron el día. Uno de los peores sentimientos que tenía, era la culpa. Es un sentimiento en el que no sabés si realmente te equivocaste, y después te cuestionás si realmente sos la culpable.

Ya era la hora de irme a casa; junté mis cosas y me fui al ascensor. Toqué el botón para llamarlo y esperaba a que llegara. En un momento, sentí que alguien venía atrás mío.

—Esperame que bajo con vos. —era Rafael ¡Dios! ¿Cuándo me iba a dejar en paz este tipo?

—¿Rafael? Pensé que ya te habías ido... —le dije sorprendida.

—Sí... Bueno, no quiero irme de la empresa terminando mal con vos ¿Tenés un tiempo ahora? Mañana ya me voy. —me pidió amablemente. Yo no sabía qué decirle.

—Mirá, prefiero que no... —en realidad quería evitar esa situación. No soportaba su victimización.

—¿Qué te parece si vamos a algún lado... a tomar un traguito y a charlar? ¿Qué decís? —siguió insistiendo, el pesado. Su actitud no me estaba gustando.

—Rafa, en serio... No quiero que me insistas más. No voy a ir a ningún lado con vos. —ya me estaba enojando.

—Es un ratito. —llegó el ascensor y yo me fui para las escaleras de emergencias. Él me siguió y me agarró del brazo en una de las bajadas. Me di

vuelta y lo golpeé su pecho con mis puños cerrados.

—¡Te dije que no! ¿Hasta cuándo vas a seguir haciéndote el pobre víctima? Si te trasladaron, por algo fue ¡Quiero que me dejes en paz! ¡Vos y la otra yegua de Irina! ¿Por qué no lo entendés de una buena vez? —le grité. Ya estaba harta.

—Quiero hablar bien con vos... Irina no importa, hablé con ella y le dije cosas para dejarla tranquila. Pero volviendo al tema, no voy a dejar de pensar que fuiste un poco parte de lo que pasó hoy.... —no podía creer el nivel de su caradurez.

—¡No me hagás cargo de tus metidas de pata, porque lo que pasó hoy fue la gota que rebalsó el vaso! Ya el jefe te había dejado bien en claro que si seguías molestando, te echaba. Pero sin embargo, así y todo, te trasladaron. —le dije la justa. Estaba realmente mal por la situación de la tarde, pero no por eso tenía que sentirme culpable, porque yo no había hecho nada. Su prontuario lo decía todo y eso lo condenaba solito. Rafael empezó a tomarme de la cintura y yo me despegaba de él.

—Decime que te pasan cosas conmigo y que me querés lejos por miedo a sentir cosas por mí. —me tomó de los brazos fuertemente— ¿No es así? —estaba endemoniado.

—¿Qué? Soltame o empiezo a gritar, y así sí que te van a echar del trabajo. —lo amenacé pero eso no lo detuvo. Me puso contra la pared y comenzó a besarme y a aprisionarme con su cuerpo. Yo me negaba completamente, y trataba de separarlo de mí con mis manos y un poco haciendo presión con mis brazos. Logré pegándole un rodillazo en sus partes y luego le pegué una piña, que le hice sangrar la nariz.

—¡¿Qué hiciste?! ¡Me rompiste la nariz! —me dijo con una ira y a la vez con una angustia de haberle pegado. Yo, agitada, apenas me salía la voz.

—Te había dicho que no.... Era lo menos que podía hacer.... Te volvés a acercarte a mí y puede ser peor ¿Me escuchaste? —subía las escaleras ligeramente hasta que me di vuelta y finalicé— ¡Me das asco! Menos mal que mañana ya no voy a tener que verte esa cara de infeliz. —seguí subiendo para irme al ascensor y Rafael se quedó, ahí tirado, tapándose la nariz con su pañuelo.

Llegué a casa llorando. No daba más.... Me quedé apoyada en la puerta y secándome las lágrimas ¿Así serían todos los días de mi vida en ese trabajo? Algo tenía que hacer con mi vida.

Dejé mi cartera en la silla de mimbre y mi abrigo en el perchero de gancho que tenía en un cuartito tipo vestidor, donde dejaba los zapatos y los abrigos. Se me cruzó por la cabeza de renunciar y buscar otro trabajo en el que yo pudiera estar tranquila. Llené la bañera... me metí en ella y estuve un rato largo hasta que se me arrugaron los dedos de las manos y de los pies. Me quedé mucho tiempo, pensando en las cosas que me dijo la yegua de Irina.... Me parecía una patética. Pero esta guerra no se la iba a dejar ganar... no sabía con quién se estaba metiendo. Salí de la bañera y agarré una toalla que estaba colgada. Escuché que sonaba el teléfono y fui rápido a atender.

—¿Hola? —pregunté con mi voz cansada.

—*¡Hola chinita! ¿Te enganqué en algo?* —era mi tía *¿Quién más me llama de esa forma?*

—Hola tía.... No, recién salgo de la bañera...

—*Ah bueno, quería hacerte una propuesta ¡y ni se te ocurra decirme que no! ¿De acuerdo, Chini?*

—A ver, depende qué me vas a proponer. —suspiré profundamente.

—*Te quiero invitar este domingo a vos y a Germancito a almorzar ¿Qué te parece?*

—¿Ya... tan pronto? Germán y yo no tenemos definida la relación que tenemos...

—*¡Ay! ¡Pero por favor! Se les nota lo enamorados que están, Chini... Sería una estupidez que no tengan definida su relación... No te preocupes, yo lo llamo ahora a Germancito y...* —preferí que no... no quería que metiera la pata.

—¡No, tía! Yo me encargo ¿Sí? —la frené inmediatamente.

—*¡Ah, bueno! ¡Mejor entonces! Los espero este domingo a las doce del mediodía... ¡No me fallen! ¿Eh? Llamalo a Germancito lo más pronto que puedas ¿Sí?*

—Sí, tía... no te preocupes que vamos a ir... ahora lo llamo a Germán... después te confirmo.

—*No, mi'jita... Ya los tengo confirmado que van a venir... Los espero directamente.* —me dijo muy segura *¡Qué pesada se ponía!*

—Bueno... nos vemos el domingo... ¡Besitos!

—*¡Chau, mi Chini! Besitos.* —y cortamos... Al rato sonó de vuelta el teléfono y dejé que le hable al contestador para escuchar quién me estaba llamando.

—*Hola, Ceci... ¿Cómo estás, mi amor? Estuve pensando mucho en vos... —yo sonreí plácidamente... Ya todo lo que me había pasado hoy, se me borró al escuchar su voz —... ¿Estás en casa? Quiero hacerte una propuesta ¿Te gustaría viajar en un velero? Lo tengo todo preparado para el fin de semana... Me encantaría que dijeras que sí... Espero que escuches este mensaje... —contesté.*

—*Hola, mi amor. Por supuesto que quiero ir. —le dije con un suspiro final.*

—*¡Hola! Qué lindo escucharte. —me respondió alegremente.*

—*¿Cómo se te ocurrió lo del velero?*

—*Tengo uno, pero lo tenía arreglando en el taller. Tenía que cambiarle ciertas piezas porque hacía meses que no lo usaba.*

—*¡Pero mirá vos! En serio que estás lleno de sorpresas...*

—*Sí... me encanta sorprenderte, porque eso te pone feliz... con eso ya me siento hecho...*

—*Bueno, yo tengo otra propuesta para vos...*

—*¿A ver?*

—*Acaba de llamarme mi tía... quiere que este domingo vayamos a su casa a almorzar... ¿qué te parece? Si no querés ir... podemos...*

—*¡Sí... me encanta la idea! —no podía creerlo ¡le gustó la propuesta!*

—*Se nota que la querés a mi tía...*

—*Sí, es muy querible Emilia... Entonces, el sábado estamos solos y el domingo temprano vamos a lo de tu tía...*

—*Sí, ella quiere que estemos a las doce en su casa ¿Qué te parece?*

—*Me parece genial...*

—*¡Mi amor! No veo la hora a que llegue el fin de semana para verte ¿No querés venir y hacemos un adelanto? —le propuse.*

—*Me encantaría, mi amor, pero estoy por recibir a un amigo en mi casa. Me llamó recién y me dijo que estaba muy mal... Todavía ni sé lo que le pasó. Quería avisarte ahora así no armás ningún plan... pero lástima que no te lo puedo decir ahora en persona.*

—*¡Oh! Yo quería que vengas a casa, te extrañé toda la semana.*

—*Yo también te extrañé, hermosa... Bueno, el sábado te paso a buscar a las doce del mediodía... —se escuchó el timbre — Te dejo porque ya llegó mi amigo...*

—*Bueno, mi amor... te dejo entonces...*

—*Te mando un beso... y que sueñes conmigo.* —me despidió tan dulce como siempre ¡Ay, como lo amaba!

—¡Ay, sí! Voy a soñar con vos.... Yo también te mando un beso... ¡Chau!

—¡*Chau!* —cortamos. Quedé afligida... quería que estuviese conmigo... pero bueno, si hubiese venido tenía que contarle lo que me había pasado.... No sabía si contarle o no lo de la parte que pasó en la oficina con Rafael.... ¡Contarle quién era Rafael!

Esa noche no pude conciliar el sueño, daba vueltas y vueltas en la cama, que arrugué todas mis sábanas.... Me levanté y prendí el televisor; me puse a ver si había alguna película pero no había ninguna... o ya la había visto o era malísima, hasta que me agarró un poco de sueño y me fui a acostar... caí rendida.

Durante la semana, en la oficina, estuvo todo tranquilo pero no faltaba las miradas de Irina cuando pasaba cerca de mi escritorio... diría que hasta me resultaba menos incómodo que me mirara Doris con sus anteojos anticuados y sus ojos achinados por chicata. En un momento, sonó el teléfono y vi que atendió Doris. Cuando hablaba me miraba... ¿Qué onda?

—¡Teléfono para vos, Cecilia! —me lo dijo con su típico cantito. Yo atendí enseguida.

—Gracias, Doris ¿Hola?

—¡*Hola Chini!*

—¡Tía! ¿Qué pasó? —me preocupé.

—*Nada extraordinario, mi cielo... Escuchame una cosita. Te gusta de postre, ¿helado o torta... con café o té?*

—¿Qué? —empecé a reírme— ¿No será mucho la torta con café o té?

—¡*Ah! Celeste me había dicho.... Bueno, entonces helado...*

—Vos me llamaste por otra cosa, tía...

—*Bueno, sí... quería saber si ya le avisaste a Germáncito del almuerzo, mi Chini.*

—¡Cómo te conozco! Sí, tía... quedate tranquila que ya hablé con él y le encantó la idea.

—¡*Ay, me imaginé! ¡Qué suerte! Me encanta ese muchacho para vos, es un dulce de leche ese chico.... Yo cuando lo veía de chiquito, era un encanto... su abuelo, ni te imaginás lo baboso que estaba por ese nieto. Y ahora que ustedes están saliendo, ¡no sabés la alegría que tengo!* —yo

también estaba de acuerdo con ella... es un encanto.

—Bueno, tía... gracias porque te alegrás. —le respondí tímidamente.

—*Bueno, pichona... Te dejo que sigas trabajando y los espero el domingo... ¡No te olvides!*

—Dale, tía... nos vemos el domingo ¡Besotes!

—*¡Besotes, Chini!* —cortamos... no podía quejarme de la tía que tenía. La única familia que tenía en la ciudad era ella, sino estaría tan sola. Miré hacía Doris, y noté que me estaba observando... como no le hice ningún gesto ni nada, me sonrió y siguió con su trabajo. No sabía qué me pasaba... estaba demasiado tranquila.

Llegué a casa... estaba abriendo la puerta y de repente me pegué un susto que todo el vecindario escuchó mi grito... Era Rafael.

—¿Qué hacés aca? —le dije en voz baja.

—Vine a verte... ¿podemos hablar? —noté que su nariz estaba hinchada pero un poco mejor, y se le notaba leves moretones debajo de sus ojos.

—¡No! No quiero problemas... andate a tu casa. —le ordené... no quería saber nada con él.

—Quiero que me escuches...

—No quiero escucharte... suficiente con tu último día de trabajo. —me estaba enojando más.

—Bueno, te lo digo acá en la calle... Yo estoy enamorado de vos... —y antes que siguiera le corté su discurso.

—¡No! ¡Por favor! ¡No sigás con lo mismo!

—Mirame y escuchame... —me tomó de los brazos y me miró a los ojos — Entremos y amémonos como deberíamos haberlo hecho antes... —estaba loco este tipo.

—¡No! —le dije tajantemente.

—Decime por qué no. —seguía insistiendo.

—Porque estoy con alguien y estoy muy enamorada de ese hombre. —no le dejé ninguna duda. Hizo una pausa.

—¿Lo conozco? —me preguntó casi con lágrimas en los ojos.

—No creo que lo conozcas. —lo miré a la cara.

—¿Cómo estás tan segura? —me extrañó su respuesta.

—¿Qué querés insinuar...?

—Nunca hay que estar seguro en la vida... mirá si yo lo conozco ¿Qué te parecería? ¿Eh? —me estaba haciendo dudar.

—Y si lo conocieras ¿Qué tiene? No tengo nada que esconderle. —seguí con mi actitud de superada.

—¿Qué tiene? Podría decirle tantas cosas...

—¿Cómo qué? No tenés nada para decirle...

—Sí que tengo.... —del estado de “al borde de llanto” comenzó a ponerse pesado.

—...¿Me estás amenazando? Sos un vengativo de mierda que lo único que pensás es en vos mismo y no te importa manchar al resto.... Pobre de vos si me llego a enterar de algo, porque te conozco tanto que sos capaz de cualquier cosa y eso me consta...

—Sí, soy vengativo y si tengo la posibilidad de conocer a tu chongo, te hago pelota.... —me desafiaba.

—Cuidado cómo te referís a él que no es ningún chongo.... Sos tan bajo ¡De lo peor! ¿Por qué mejor no hacés tu vida? Ahí la tenés regalada con moño y todo a Irina ¿No te parece?

—Yo no la quiero a Irina...

—Lo lamento por vos, entonces.... A mí no me vas a tener ¡Estúpido! —me fui más a la puerta y la estaba por abrir... él me agarró del brazo.

—Mientras más mal me tratés, peor es. —me amenazó por debajo.

—No te tengo miedo, infeliz.

—Ya veremos quién es más infeliz. —se fue hacia su auto y miraba hacia la puerta donde yo estaba. Se fue acelerando de golpe que las llantas hicieron ruido en el pavimento.

Entré a mi casa llorando... no aguantaba más la situación. Este tipo me acosó toda la vida, pero al principio pensé que era inofensivo, ahora me da cuenta que estaba totalmente equivocada y que estaba frente a un sicópata. Estaba desesperada, pero en un momento me dije a mí misma que este tipo lo único que quería hacer es ponerme vulnerable, entonces decidí que él no me iba a arruinar nada con Germán. Él no lo conocía, sólo lo hacía para mortificarme, porque es un enfermo. Otra noche más sin poder dormir.... Las sábanas quedaron más arrugadas que el otro día. Me levanté y las cambié... terminé durmiéndome a las seis de la mañana. A la hora y media me levanté y me preparé para irme a trabajar.



## XI

### *La última pista*

Llegué al trabajo temprano y me serví un poco de café... empecé a arreglar los papeles que estuve llenando la otra vez y vi que llegaban el resto de mis compañeros.

Estaba sacando fotocopias y en una de esas vi que llegó Irina, con toda una actitud triunfante, con el pecho bien para adelante, la quijada bien para arriba y saludando a todos muy amablemente “¿Qué le pasa a esta idiota?” Me pregunté...

Como eso de las diez de la mañana vi que estaban todas las chicas reunidas en el escritorio de Andrea.

—¡Ceci! —me llamó Melina que estaba dentro de ese grupito... Irina también estaba.

—¿Sí? —me acerqué e Irina miraba para otro lado, con una actitud insoportable de ofendida, como actitud de “me molesta tu presencia”... una actitud de pendeja.

—¡Andrea se casa! —todas gritaron de emoción, yo solamente sonreí porque me aturdieron.

—¡Qué bueno, Andy! ¡Felicitaciones! —la abracé a Andrea e Irina la agarró de los hombros para soltarla de mí y la abrazó.

—¡Felicitaciones, amiga! Sabés que podés contar conmigo. Te puedo ayudar en lo que quieras, voy a estar disponible para vos —y le sonrió.... Andrea no sabía que decirle... quedó frapé, ya que no eran amigas.

—Bueno... gracias Iri por tu predisposición. —todas las chicas quedaron en silencio.— Quería decirles que este sábado voy a hacer mi despedida de soltera, así que ya reservé en el pub Cristal una mesa ¿Qué me dicen?

—Perdón, Andy. Pero yo este fin de semana tengo un compromiso

importante... no voy a poder ir. —le dije apenada.

—¡Ay! ¿En serio? ¡Que lástima Ceci! —me respondió de la misma forma. La cara de Irina se le desfiguró de bronca.

—Bueno, chicas... acuérdense de haber traído sus cartas. Ahora paso por sus escritorios con la urna a retirarlas —dijo Melina. Nos íbamos a nuestros puestos e Irina me detuvo.

—Así que tenés un compromiso importante...

—¿Y a vos qué te importa? —le respondí ya molesta, ¡me estaba hostigando! ¿Quería que la trompeará? Lo iba a lograr.

—Yo también voy a tener un compromiso importante ¿Sabés con quién...?

—¿Qué te hacés la intrigante? Me importa un comino con quién vas a estar... comprate una vida y vivila de una vez —se quedó parada en el lugar de la discusión y me fui a mi escritorio. Melina se me acercó.

—Ceci, la carta. —yo la saqué de mi cartera y la puse en la urna.

—Acá está...

—Gracias, Ceci... Ahora traigo la tuya.

—Gracias a vos, Meli. —le dije mientras miraba hacia la pantalla. Melina se quedó parada al lado mío.

—Ceci, quiero decirte que estoy con vos... Irina está irreconocible y las cosas que hace no me gusta para nada... Rafael la transformó. —la miré sorprendida.

—No lo sé eso... si ella se transformó o siempre fue así y se potenció con el otro... creo que son tal para cual. Gracias por tu solidaridad, Meli. —le dije afligida... de verdad la estaba pasando mal. Me estaba apagando... algo tenía que pasar para que se dé vuelta la situación.

—De nada... Ya vengo. —se fue a retirar las del resto... de repente se me acercó Doris.

—¿Cecilia...? —me dijo tímidamente.

—¿Sí, Dorís? —seguí escribiendo en la computadora.

—Quería decirte que Irina anda diciendo cosas de vos...

—No, Doris... no quiero saber nada de lo que dice. Quiero estar tranquila y que nadie me venga a hablar de nadie.... Hagan de cuenta de que no existo. —le dije ya cansada. El trabajo me estaba estresando. Iba a tener que volver a terapia.

—Está bien.... Quería decirte, que te cuides de Irina; está media

desquiciada...

—Gracias, Doris pero ya lo noté. —asintió con la cabeza y se fue a su escritorio... como contenta.

—Gente loca. —me dije a mi misma. Al rato llegó Melina, como siempre con las dos cartas.

—Tus cartas. —me dijo mostrándomelas.

—Mis cartas... como siempre. —las agarré y se fue Melina. Me puse a leer la de “mi amiga imaginaria”

*Querida amiga:*

*Soy alguien que está cerca de vos... muy cerca... y no soy Doris... Cada vez se acerca más la fecha de que sepas quién soy.*

No se me ocurría quién podía ser... cualquiera supuse. Después, con más ansiedad, abrí la de “mi amante invisible”

*Mi querida Cecilia... ¿Querías más pistas...? Pensá en los regalos que te hice...*

*Tuyo.*

Me inquietó bastante... ¿Quién sería este “amante invisible”? Me estaba asustando... no me gustaban los hombres que estaban en todo, pero en “todo”... creo que están al borde de la locura ¿Estaba siendo víctima de un enfermo que me estaba persiguiendo? ¿Cómo saber? Entonces, agarré una hoja que estaba en la fotocopidora y le escribí:

*Querido amante invisible:*

*No sé quién podrás ser... lo único que te pido es que no me sigas reg...*

Apareció Melina en mi escritorio con regalo: era una cajita en forma rectangular de ocho por veinte centímetros y envuelto en un hermoso papel de regalo con un moño... parecía de joyería.

—¿Qué es eso? —me puse pálida.

—Un regalo para vos.... —ya ni sabía con qué cara decírmelo.

—¿Quién te lo dio? —le dije exaltada.

—El cadete de la joyería.... Tomá, es tuyo. —lo agarré con desconfianza... Melina dudó en irse, pero finalmente lo hizo. Abrí el envoltorio y había una caja aterciopelada color roja. La abrí y era una pulsera de diamantes... ¿Cómo lo sé? ¡Se notaba de a diez cuabras que era auténtica! Era hermosa... la puse sobre mi muñeca izquierda y... me dieron ganas de vomitar. Rápidamente, la guardé y agarré otra hoja y le escribí:

*“No sé quién sos ni me importa... no me vas a impresionar con tus regalos. Me gustan las cosas más simples. No lo vuelvas a mandarme ningún regalo más ¿Entendiste?”*

*Cecilia.”*

Estaba realmente desbordada... estaba apunto de colapsar. Todo lo que me estaba pasando estaba fuera de mí, no podía tener control ante eso ¡Quería irme ya a mi casa y que nadie me hablara, ni me amenazara, ni nada de nada! No sabía si contarle todo a Germán o qué.... Quería que nadie me molestara más. Luego me di cuenta que todos estaban mirándome detenidamente.

—¡¿Qué miran?! —les grité. Todos siguieron en lo suyo. Ya no daba más, así que decidí tomarme una pastilla para el dolor de cabeza. Llamé a Melina justo cuando pasaba cerca.

—Meli, acá te dejo la carta. —se la di y ella me miró como asustada.— ¿Qué pasa? —me preocupé también.

—Te veo preocupada... ¿Qué te decía la carta?

—Nada... Es algo que no tiene importancia...

—Cualquier cosa llamame...

—Sí, no hay problema Meli.... Gracias igual. —le dije mientras me calmaba y respiraba profundamente. Melina se fue y miraba para atrás donde yo estaba sentada.

Lo primero que hice cuando llegué a casa fue irme a la bañera... meditaba lo que estaba pasando en mi trabajo y en mi vida. No quería ser necia, era grave lo de los regalos ¿Y si era un sicópata el que me los estaba enviando, que me persigue por todos lados y estudia cada movimiento mío? Eso realmente me alarmaba.

Salí de mi baño y fui a mi habitación.... Como siempre me sequé y me puse mis pijamas. Luego junté todos los regalos y los puse sobre mi cama... eran hermosos, se me iba a hacer difícil devolverlos, además que no sabía de quién venía. Los guardé en mi armario y me fui a dormir.

## XII

### *El viaje*

A las once, sonó mi teléfono... yo medio dormida manoteé hasta encontrar el teléfono que estaba en mi mesa de luz y atendí.

—Hola. —no pude disimular mi voz de dormida.

—¿Cecilia? —era la voz de un hombre... la de Germán.

—¡¿Germán?! —me despabilé enseguida.— ¡¿Cómo estás?!

—Bien, hermosa.... ¿Ya estás lista? En una hora te paso a buscar.

—¡No, no...! Ya casi estoy...

—Bueno, andá preparándote porque en una hora te paso a buscar.... También quiero que te prepares un bolso, vamos a pasar la noche en el bungalow cerca del puerto ¿Qué te parece?

—¡Sí...! me parece todo genial. —me parecía todo maravilloso.

—Bueno, nos vemos en un rato. Chau. —me dijo con su voz aterciopelada.

—Chau. —cortamos y rápidamente fui al baño a prepararme. Depilé algún pelo que tenía por ahí; puse todo lo que iba a necesitar en el bolso, hasta ropa interior sexy. Tampoco no podían faltar las cremas, mi perfume y todas las ganas para tener un fin de semana con mi hombre. Me puse un vestido tipo túnica blanca, unas sandalias tipo gladiadoras de color suela y a mi pelo le hice una trenza. A la media hora, escuché la bocina de su auto... llegó como lo prometió. Tocó el timbre y yo estaba tratando de ponerme un arito de perla y le abrí. Ahí estaba él, muy estilo náutico... tenía puesta una chomba blanca, unos shorts beige y unas alpargatas de lona con mucho estilo, por supuesto con unos lentes que le quedaban espectacular... realmente fue un shock.

—Hola. —me dijo con su tono seductor y bajando los lentes para

mirarme. Yo pasé mis brazos por sus hombros y le di un beso.

—Hola ¡Pero qué look!

—¿Te gusta? Vos también estás muy guapa. —me dijo tomándome de mi cintura— ¿Vamos?

—¡Vamos! —le dije enérgicamente.

Nos fuimos en su auto... parecíamos estilo hollywoodense y todo el mundo nos miraba porque íbamos en descapotable.... Llegamos al puerto y almorzamos en el restaurante; luego del almuerzo, Germán sacó del baúl del auto nuestros bolsos, nos tomamos de la mano y nos fuimos hacia el muelle, donde había un hombre con nuestro velero ya listo para zarpar.

—¡Hola, don Germán! Ya tiene todo listo. —le dijo desde lejos.

—Hola, Vicente... —se acercó al hombre y lo saludó con un apretón de mano.— ¿Ya estamos listos, entonces? —y ahí llegaba yo... la prueba de fuego... ¿cómo me iba presentar?

—Hola señorita.... —me dijo este señor.

—Quiero presentarle.... —se dio vuelta y me miró sonriente, con el sol detrás de su cabeza como si lo estuviera iluminándolo —...a mi novia, Cecilia. —me abrazó de lado. Yo tenía una sonrisa de oreja a oreja de felicidad— Mi amor, él es Vicente.

—Mucho gusto, señor. —le di la mano y el señor me respondió.

—El gusto es mío, señorita. —luego se dirigió a Germán— Por fin trajiste alguien que siempre te veíamos solo. —nos reímos. Ese comentario me dio más tranquilidad, más aún que me enteré que era la primera vez que traía a una mujer en su velero y que además la presentaba como su novia.— Bueno, no los retengo más... buen viaje.

—Gracias. —le contestamos a coro. Entramos adentro y era un lujo. Todo tenía su lugar y era bastante espacioso.

—¡Qué hermoso! —me había dejado sin aliento.

—¿Te gusta? Le cambié ciertas cosas, hice una pequeña remodelación.

—La verdad que tenés buen gusto ¡Me encanta todo! Sabés manejar esta cosa, ¿no? —él se rió.

—¡Sí! Fue lo primero que supe manejar antes de un auto. —me respondió muy seguro, poniendo sus manos dentro de los bolsillos de su bermuda.

—¡Ah! Bueno... si vos lo decís. —me abrazó tomándome de la cintura y me dijo muy cariñoso.

—Voy a ir zarpando, y cuando lleguemos a un lugar que nos guste ahí lo

detengo ¿Sí? —me dio un beso.

—Sí, mi amor.... ¿Te acompaño? Quiero ver todo.

—¡Vamos! —me tomó de la mano y nos fuimos a la parte de arriba del velero, donde estaba el volante. El día estaba hermoso y la vista era espectacular, había algunos parapentes en el cielo, veleros de todo tipo que andaba por ahí y algunos yates también. Llegamos como a un lugar escondido, como entre montañas y había algunas grutas. Yo me acerqué a la baranda para ver la vista que teníamos desde allí. Germán me sorprendió.

—¿Acá te gusta? —me abrazó de atrás.

—Me encanta acá.... Es un paraíso. —estaba encantada con el lugar, era realmente precioso.

—Voy a sacar unas fotos... me propusieron hacer una muestra... —yo lo miré y le sonreí.

—¿En serio? ¿Y dónde la van a hacer?

—En la Galería de Arte Contemporánea... Quiero que estés ese día. —nos entrelazamos las manos.

—¡Por supuesto que voy a estar ahí! Me encantaría ir... siempre y cuando me invites. —me sonrió y luego me dio un beso suave.

—Estás más que invitada... sos mi invitada de honor al igual que tu tía y Celeste. —por primera vez me sentía privilegiada.— Voy a buscar la cámara. —se fue para adentro a buscarla mientras seguía contemplando la maravilla que estaba ante mis ojos.... ¿No estaría soñando todo esto? ¿Sería tan perfecto Germán como soñé e imaginé en mi cabeza a ese hombre ideal? ¿Realmente existía o era toda una farsa? Quise creer que todo lo que me estaba pasando era real.

Germán estuvo sacándole fotos a las grutas, luego hacia otras partes del paisaje. El cielo estaba hermoso, había una leve brisa del este. Movía el velero para sacar fotos a otros paisajes. Luego decidimos desembarcar en una orilla donde había puestos de artesanías. Bajamos ahí y paseamos juntos, tomados de la mano. Compré ciertas cositas para mi tía y Celeste, también me fijé para “mi amiga Doris” el día que tengamos que dar los regalitos, al finalizar el juego ese del “amigo invisible” Después de ahí nos fuimos de vuelta y nos quedamos en el puerto donde habíamos partido.

A la noche, estábamos en el bungalow. Mientras yo me bañaba, Germán se puso a cocinar... me dijo que era una sorpresa. Al salir de la ducha, me puse crema sin perfume, luego me puse “la ropa interior” que tenía encaje en



ambas piezas de color lila; la había comprado para una ocasión especial; y arriba me puse un vestido de viscosa color negro, que marcaba mi silueta.... Luego me maquillé con colores suaves. Salí del baño y ya estaba la comida lista... Germán me quedó mirando atónito.

—Me encanta como te queda ese vestido. —se me acercó y me tomó de la mano.

—Gracias... me lo puse para vos.

—Menos mal. —nos reímos.

Comimos en el desayunador unas ricas pastas; era comida de gourmet, y por supuesto acompañado con un rico vino Merlot.

—¡Estuvo todo riquísimo! —le dije después de haber tomado el último trago de vino.

—Que bueno que te haya gustado... todo fue especial para vos. —me sonrió y también tomó un trago del vino.

—Me siento muy alagada... todo lo que hacés por mí... a veces creo que estoy en un sueño.

—No es un sueño, mi amor... todo lo que estás viviendo es real —se me acercó más y nos dimos un beso.

—Me encantó que me hayas presentado como tu novia. —se rió y me miró como extrañado.

—¿Por qué? ¿Acaso no sos mi novia? —yo me reí.

—¡Nunca me lo pediste! —me reía.

—¡Uh, cierto! Se me pasó ese detalle. —me dijo risueño. Luego me tomó de las manos— Cecilia ¿Querés ser mi novia? —me hice la pensativa.

—Mmm... Sí, acepto...

—Ya está oficializado. —me miró con sus ojos tan tiernos y acarició mi rostro con toda sutileza.— ¿Por qué pensabas que no te iba a considerar como mi novia?

—Qué se yo... a veces los hombres tienen un cierto rechazo en ponerle títulos a las relaciones.

—Yo no soy como ellos. —le sonreí y él también a mí.

—Ya lo sé... eso lo demostraste...

—¿Querés más vino? —me dijo agarrando la botella.

—Sí, un poquito más —y ahí me sirvió.

—Mientras tomás un poco de vinito... tengo otra sorpresa para darte. —se levantó de su asiento.

—¡Otra más!... A ver —me quedé mirándolo a ver qué hacía. Se dirigió al equipo de música y lo puso andar. Empezó a sonar una canción que me era familiar y me di cuenta que era “She’s Like The Wind”... a mí me encantó cuando empecé a escucharla; estiró su mano como invitándome a bailar y yo se la tomé. Me levanté de la silla y me tomó de la cintura... yo crucé mis brazos sobre sus hombros, siguiendo sus movimientos. Él acercaba más mi cuerpo contra el suyo, me acariciaba la espalda y nos mirábamos a los ojos.

—Me encanta esta sorpresa. —mi corazón latía a mil.

—Falta más... aún. —me decía como si la música lo hubiese hipnotizado.

—¿Más, todavía? —se acercó más hacia mí y empezó a besarme... cada vez se hacía más apasionado... sus manos se perdieron más debajo de mi cintura y yo lo tomé de su rostro, recorriendo hacia abajo, hasta su pecho. Fue ahí que lo estaba sintiendo más a él... me alzó y me llevó a la cama.... Estuvo sobre mí, besándome; lo separé de mí y le saqué su remera negra escote en V y después le desabroché sus pantalones. Luego lo acosté yo y me puse encima de él, y seguí besándolo.... Después le saqué los pantalones y él levantó su torso.... yo me saqué lentamente mi vestido, quedándome en ropa interior.

Con picardía le mordí la comisura de su labio inferior. Fui hacia él y me senté arriba suyo.

—Me encanta el lila... pero lástima que no te va a durar mucho puesto — me tiró a la cama y comenzó a contemplarme. Pasó sus manos desde mi cuello hasta entre mis pechos. Pasó sus manos en mis hombros, bajándome los breteles de mi sostén y yo le puse mi pie en su pecho. Con viveza, empezó a recorrer su boca en la parte interna de mi pierna hasta el final de ella, sacándome luego la braga... volví a desafiarlo, poniéndole mi pie en su pecho.

—Desnudate para mí... quiero verte. —le dije mientras me sentaba. Él salió de la cama y se sacó su boxer sin prisa... ya estaba preparado para mí. — Vení —le ordené. Él se acercó y se puso arriba mío... terminó sacándome el sostén... atiné a enredar mis dedos en su pelo y él, enseguida, tomó mis manos con las suyas, y las puso hacia arriba de mi cabeza. Luego subió a besarme y yo abrí mis piernas, para sentirlo en mí. Él me puso frente a frente, y yo crucé mis piernas detrás de él... nos sentíamos más cerca, nos dábamos más placer... sentía una electricidad que me llegaba a todo el cuerpo... nunca se lo dije, pero con él empecé a sentir lo que toda mujer quiere sentir cuando

está con su hombre....

En el momento de más intensidad, me acostó en la cama antes de terminar y se puso encima mío, estaba tan cerca de mí... no quería que ese sueño nunca terminara, era lo que más quería. Siguió él hasta que terminamos juntos... la luz de la luna se avistaba en la ventana, iluminando el rostro de Germán. Luego, agitado queriendo recuperar aire, él me miró a los ojos y me dijo algo que yo esperaba en algún momento:

—Te amo, Cecilia. —yo, admirada ante su declaración y con brillo en mis ojos le respondí:

—Yo también te amo —y nos besamos. Se dio vuelta y me acosté en su pecho... su mano derecha la entrelazó en mi mano izquierda y las llevó a su pecho. Estábamos tan cansados que nos quedamos dormidos.

Al día siguiente, desperté sola en la cama... me estiré un poco y me tapé con la sábana... vi desde allí cómo estaba mi hombre preparando el desayuno. Sin hacer ruido me fui al baño a arreglarme y vestirme... luego de un rato, salí de ahí y estaba afuera esperándome; yo me asusté.

—¡Ay! —comenzamos a reírnos.

—¡Te asusté...! ¡Buen día, mi amor! —me dio el beso de los buenos días.

—¡Buen día! ¿Cómo dormiste? —lo abracé.

—Muy bien... mejor que nunca... ¿Qué te parece si vamos a desayunar?  
—me tomó de la mano.

—¡Uy! ¡Sí! Vamos, que tengo hambre. —había preparado frutas de todo tipo, jugo de naranja, tostadas, mermelada casera, café... y un montón de cosas más.

—¡Ay... qué rico se ve todo! ¿Quién más va a venir a desayunar? —Germán se rió.

—Nadie ¿por?

—Porque veo muchas cosas para comer. Podría ser para todo un ejército.

—Yo estoy hambriento por anoche, tengo que recuperar fuerzas y vos también. —me lo decía mientras me daba un beso.

—¿Todo esto lo preparaste para mí? —asintió con la cabeza con su hermosa sonrisa, mientras nos sentábamos.

—No perdamos más tiempo... ¿Comemos? —tomé unas frutillas, luego un trozo de mango, después de kiwi; ¡el jugo de naranja! era el más dulce que había probado... estaba todo rico.

—Quiero hacerte una pregunta —le dije a Germán. Él me miró con sus

ojitos brillantes mientras estaba comiendo.

—Sí, preguntame lo que quieras, mi amor —me respondió mientras se tomaba el jugo de naranja.

—¿Por qué me buscaste?

—No entiendo tu pregunta.... —se rió.

—Claro ¿por qué me buscaste si apenas nos conocíamos...? No sé... ¿qué se te dio por buscarme?... no sé cómo seguir explicándote...

—Entiendo.... Mirá, yo en toda mi vida estuve con muchas mujeres, pero, siempre me acordaba de vos... y sé que vos no porque yo era el que te observaba... entonces cuando fui a lo de mi abuelo y me acordaba parte de lo que viví de mi infancia en esa casa... vi la habitación donde dormía cuando íbamos con mis padres de visita, la cocina donde mi abuela hacía el pan y cosas dulces... y cuando salí al jardín apareciste en mi mente.... Me pregunté cómo y dónde estarías, y ahí empezó todo a surgirme recuerdos...

—¿En qué me observabas?

—Me gustabas... me gustabas mucho, pero pasó a ser algo más que eso... —yo sonreí, me sentía emocionada con su relato —...Después, me iba yendo para el Corvette de mi abuelo; que lo fui a buscar para restaurarlo; y entonces, vi a tu tía llegar a su casa... ella me reconoció enseguida, no sé cómo porque no me veía hace mil años. Me empezó a hablar de sus viajes con Celeste y dónde habían ido la última vez y entonces, en un momento, le pregunté por vos... por supuesto, que me contó toda tu vida y cuando me habló que alguien andaba cerca de vos... de ese tal Julián. —casi me muero cuando lo mencionó. Si hubiese sabido que tuve una noche con ese gil, se muere —...En ese momento, decidí hacer algo... ya sabía dónde podía verte; fue ahí nomás que se me ocurrió decirle a tu tía que la ayudaba con su jardín que no lo veía muy prolijo... tu tía me decía todo que sí... y no pude creer cuando llegaste ese día.... Y el resto, se puede ver dónde está la continuación de la historia.

—No puedo creer que todo eso haya pasado en tan poco tiempo...

—Yo tampoco no lo puedo creer... pero así lo quise y así se me dio todo. ¿Entendí tu pregunta? —me sonrió.

—Sí, totalmente... fue más que una respuesta. —sentía que me amaba de verdad, que sus sentimientos como los relataba eran tal cual... igual, tenía miedo de que no fuera así como lo estaba viviendo... pero me obligué a relajarme, porque yo merecía vivir lo que me estaba pasando; mucho tiempo

viví relaciones cortas y fracasadas... sentía que ese era mi momento, y con el hombre correcto en todos los sentidos. Yo me acerqué a él y me senté arriba suyo... le di un beso y luego me miró.

—Yo estoy más que seguro, que sos la mujer que yo estaba buscando.

—Para mí sos el hombre que siempre quise tener al lado mío. —nos dimos otro beso.

Nos fuimos hacia el puerto, ya que le prometí a mi tía que íbamos a almorzar a su casa. Nos despedimos del señor Vicente y nos fuimos en el auto. Llegamos a la casa de mi tía y nos recibió María.

—¡Mi Chini y Germancito! —expresó mi tía con fervor.

—¡Tía! —le dije como para que bajara los decibeles.

—¡Emilia! ¡Qué bueno verla! —le dijo Germán con el mismo ímpetu y la abrazó.

—Deberías aprender de él que es súper cariñoso, Chini. —me dijo entre risas. Celeste apareció de la cocina.

—Hola, Cele. —le dije acercándome a ella y luego la abracé.

—Hola, Ceci... ¿Cómo estuvo la salida? —me preguntó con toda su dulzura y timidez.

—Muy lindo estuvo todo.... Acá está Germán. —él apareció atrás mío y saludo con un beso en la mejilla a Celeste.

—Hola, joven... ¿Cómo anda?

—Bien, Celeste, gracias...

—¡Bueno, es hora de comer! —dijo mi tía muy alegre. Nos sentamos en la mesa del patio... el día estaba cálido, pero no hacía ese calor espantoso... era la temperatura ideal. María nos sirvió el vino y luego se fue.

—¡Chicos! No saben lo feliz que estoy de que ustedes estén comenzando una relación ¡Se los ve tan lindos juntos! —dijo mi tía, como siempre, tan enamoradiza que me hacía reír.— Quiero hacer un brindis por ustedes dos.

—Tía, ¿te parece? —quería que dejara de hacer el espectáculo cursi que se estaba mandando. Germán se reía... nos mirábamos y nos reíamos... había logrado con él, tener miradas cómplices.

—Sí, Chini que es necesario ¡Alcen sus copas que esto lo tenemos que celebrar! —chocamos las copas y tomamos el vino. Comíamos tranquilos y como siempre mi tía se mandaba las preguntas más incómodas que uno se puede imaginar.

—¿Qué hicieron ayer, chiquitos? —nos preguntó mi tía mientras

comíamos.

—Fuimos en mi velero a navegar al río... y de paso saqué unas fotos. — le respondió Germán.

—¿Ah sí? ¡Qué lindo! ¿Y para qué las fotos? —siguió curioseando.

—El mes que viene hago una exposición en la Galería de Arte... estoy muy entusiasmado con este proyecto.

—¡Me encanta! Eso sí, espero que me llegue tu invitación, pichón. —se reía mi tía— Me gusta ir a esos tipos de eventos... apoyo totalmente el arte, me parece la expresión más íntima de una persona... creo que el artista entrega toda su impronta, manifiesta lo que siente, como en el sexo. —casi me atraganté con la comida.

— Me encanta, Germancito... te apoyo en este proyecto... ¡Ay! Si la gente fuera a veces más culta y sintiera al arte como estilo de vida, sería el mundo totalmente distinto... ¿No? —estaba filosofando mal mi tía... lo único que hacíamos era escucharla y yo medio me reía de sus delirios.... Veía que Celeste achinaba sus ojos como si sonrieran... me hacía acordar al tío Lalo.

—¡Ay, tía! Estás inspirada —me reí.

—Yo sé que te da risa, mi Chini... Pero tu tía es así ¿no es cierto? —me respondió como si estuviera en otro planeta.... Bueno, para mí vive en otro planeta. De repente lo miró a Germán.

—Decime, Germancito. —como siempre mi tía tenía que usar el diminutivo que no me gustaba.

—Sí, decime Emilia. —le respondió y empezó a tomar vino de su copa.

—¿Para cuándo el casamiento? —le preguntó sin anestesia que Germán se ahogó con el vino y yo empecé a golpearle la espalda. Celeste le daba aire con la servilleta de tela.

—¡Tía! Es muy pronto para preguntar eso. —me enojé con ella, mi tía no sabía que hacer que sirvió más agua al vaso de Germán.

—No hay.... —tosía —...Problema. —sus ojos estaban llorosos del ahogo.

—¡Ay, Germancito! Perdoname.... No fue mi intensión. —estaba apenada mi tía. Germán se recuperó y le siguió respondiendo.

—El casamiento.... —estaba expectante ante su respuesta... realmente tenía miedo de lo que llegaría a decir.— Eso lo estoy pensando... y mucho. Ya va a llegar ese momento, pero por ahora creo que estamos bien así ¿No,

mi amor? —yo no sabía si estar contenta o triste.

—Sí, mi amor... es pronto para hablar de eso. —me quedé aplacada. Germán me estaba importando, y mucho... y con tan solo pensar en la posibilidad de perderlo, eso me angustiaba. Estaba enamorada de él, perdidamente... locamente... profundamente. Él me miró y me guiñó el ojo esbozando su hermosa sonrisa. Yo atiné a responderle también con una sonrisa.

—Bueno, ya que no tuve nietos me encantaría que sus hijitos me dijeran abuela... Yo sueño... —seguía con la cuestión.

—¡Otra vez, tía! —la miré fijo para que la cortara con el tema.

—Chini, ¡cómo serían esos bebés...! —estaba en estado de delirio. Para mí, ella empezó a tomar antes de que llegáramos.

—¡Basta, tía!— Ya me puse de todos colores y Celeste se reía.

—¿No te gustaría? —me preguntó Germán. Me sorprendió su pregunta. Me puse más nerviosa de lo que estaba.

—... Bueno... sí... ¿No estamos fantaseando mucho? —dije nerviosa. Germán las miró a mi tía y a Celeste. Me estaba poniendo incómoda la situación.

—No es una fantasía para mí.... —me dijo acercándose a mí.

—Si tienen una nena, quiero que se llame como yo... una Emilita. —remató mi tía... estaba insoportable.

—Vamos a ver, tía. —le contesté sonriéndole.

Estaba cayendo el sol; el cielo estaba anaranjado y se asomaba un poco de celeste casi blanco; nos fuimos de lo de mi tía antes de que anochezca más porque me tenía que ir a mi casa; ya que al día siguiente tenía que ir a trabajar. Estábamos en el portoncito de la casa de mi tía despidiéndonos de ella y de Celeste.

—Me hicieron feliz en este día... acuérdense de lo que hablamos hoy. —seguía mi tía insistiendo. Nos despidió con un beso en la mejilla y con su cálido abrazo. Luego nos despedimos de Celeste, y le dije a mi tía en voz baja.

—Basta, tía que me lo vas a espantar. —le dije para que la terminara.

—Chini, haceme caso... éste no se te va. Yo creo que ustedes dos se van a casar. —luego me acarició mi mejilla— Él está enamorado de vos, se le nota en esos ojitos... no lo desaproveches, mi Chini. —yo le sonreí. Le creí que podía ser así. Nos fuimos en el auto de Germán, por supuesto que él me

alcanzaría hasta mi casa.

Llegamos a mi casa, y enseguida vi que me vecina de enfrente salió a mirar por la ventana... era muy evidente la señora. Salimos del coche, y Germán sacó del baúl mi bolso. Fuimos hasta la puerta y nos fundimos en un beso...

—Me encantó el fin de semana que me diste —le dije con mi típico tono de enamorada... ni me quiero imaginar que cara tenía, de embobada seguro.

—A mí también me encantó... más con vos. —nos despedimos con un beso y abrí la puerta de mi casa. Él se fue tranquilo hacia su auto y por última vez lo despedí tirándole un beso... él hizo como que lo agarró ¡Qué tontos! Cerré la puerta, y me encontré con la realidad... al día siguiente, empezaba otra vez la semana.



## XIII

### *El video*

Llegué al trabajo, caminando segura y tranquila... estaba plena, después de haber pasado el fin de semana con mi hombre... no podía pedir más. Sentía revuelo a mi alrededor... algunos compañeros estaban en mi escritorio ¿y quien estaba rodeada por mis ellos? Irina.

—¿Qué querés ahora? —le dije de entrada.

—Para que sepas... me acaban de decir que lo vuelven a reincorporar a Rafa al trabajo ¿Qué te parece? —me lo dijo con soberbia y gozo.

—¡Ay, qué bueno! ¡Me alegro tanto! —le respondí irónica.

—No pudiste lograrlo... Rafael y yo volvimos. —dijo desafiante ¿Qué efecto quería dar? ¿Esperaba que me retorciera de celos y llorara por él? ¡No me hagás reír!

—¡Muy bien! Cumpliste con tu objetivo, Iri. —seguía con ese tono.

—Encima te hacés la superada... sos patética. —todos hicieron “¡Uh!” A mí, en realidad, no me importaba nada. Empecé a reírme.

—¿A mí me decís patética...? Acá no sé quien es más patética... si yo que me hago la superada o vos que volvés con un tipo que dice... —mi cara y mi tono eran más que claro que la estaba relajando, e Irina se estaba ofuscando.

—¡Basta!... Para que sepas, él tiene dueña y esa soy yo. Pobre de vos si te llegás a acercar a él...

—¿O qué...? —la desafié.

—O te las vas a tener que ver conmigo... no sabés con quién te estás metiendo. Yo definiendo lo que es mío y ni vos ni ninguna de esta oficina le va a tocar un pelo ¿Me escuchaste? —se dio vuelta para irse y yo le dije:

—¿Te contó por qué tenía la nariz rota? —ella se detuvo y se dio vuelta

para mirarme, con su cara desfigurada de ira.

—¿Cómo sabés...? Se golpeó con una puerta ¿Qué querés insinuar, estúpida? —dijo enardecida volviendo a donde yo estaba. Todos estaban en silencio expectantes ante lo que iba a contestarle.

—¿A una mujer la llama puerta...? Creo que tenés que cuidarlo de las mujeres enfurecidas con el comportamiento que tiene tu novio. —siguió con la prepotencia y todos empezaron a regocijarse.

—No sé si son enfurecidas o despechadas.... —largué una carcajada— Ya vas a ver... Las putas como vos terminan mal. —me amenazó.

—No sé cual de las dos es puta... porque si mal no recuerdo, Rafael estaba saliendo con una amiga tuya, que trabajaba acá en la oficina, y vos no dudaste en sacárselo.... Ella no lo pudo soportar que terminó renunciando. Con esa carita de “yo no fui” ¿quién pudiera creerlo? Eso me consta de las envidiosas con cara de mosquita muerta. —tragó saliva, tenía una especie de nudo en la garganta... sus ojos estaban revueltos de ira y al borde del llanto. Se dio vuelta y se fue a su escritorio.

—El show terminó. —les dije a mis compañeros y todo se volvieron a sus escritorios.

Yo en un momento me levanté de mi escritorio para ir al baño... habré tardado cinco minutos y ya era la hora de irse. Cuando volví a mi escritorio para juntar mis cosas e irme, veo que hay encima de los papeles, una sobre blanco con un CD adentro. Decía, con letra de mujer:

*Para Cecilia... ¡Que lo disfrutes!*

¿Quién se molestó en hacerme un CD con quién sabe que contenido tiene? ¿Otra vez con los regalos secretos? Me pregunté a mi misma...

—¡Bety! ¿Sabés quién me dejó este CD? —le pregunté a la que limpia la oficina del jefe. Por cierto, Bety era un amor de mujer.

—No, señorita Cecilia... estaba limpiando la oficina del jefe. Terminé recién y no vi a nadie.

—Gracias igual, Bety. —lo pensaba ver en casa; lo guardé en mi cartera, agarré mis carpetas y me fui de la oficina.

Cuando llegué, hice como siempre de dejar las cosas tiradas; me tomé una ducha y cuando me pongo el remerón para dormir, me acordé del CD. Lo

saqué de mi cartera y lo puse en mi laptop... empezó a cargar y vi la siguiente situación: había una cama que estaba enfocada de los pies en primer plano y la cabecera en el fondo.... Rafael se veía que estaba acostado a lo ancho de la cama. Y encima de él, Irina.... Ambos desnudo en un acto patéticamente (palabra que le gusta utilizar Irina) sexual, que más que darme pudor, me daba risa.

Empecé a reírme sola: sus movimientos descoordinados, mirando a la cámara con cara de “soy sexy” y diciendo “sí, papi... que rico” (¡y juro que lo repetí varias veces!) Y hay más... lo obligaba a Rafael decir: “Decime algo... decí que te gusta hacerlo conmigo... que soy la mejor” y el soltó poco convincente “Sí... me encanta” y ella seguía repitiendo la frase, hasta que Rafael la dio vuelta y le tapó la boca con la mano. Ante ese video de 8:34 no podía dejar de compartirlo con mis compañeros de oficina... no quería ser mezquina con ellos, pero ¿Cómo hago para mandarlo a los e-mails de ellos que solamente lo pueden abrir en la red de la empresa...? Entonces se me ocurrió llamar al baboso donde una vez llevé mi laptop a arreglar. Él me dijo una vez que no importaba la hora que sea, que lo llamara igual ante cualquier emergencia.... ¡Y así lo hice, porque era una emergencia! Eran las diez de la noche.

—Hola ¿Tito? —ya medio me tentaba de la maldad que iba a hacer.

—¿Hola? ¿Quién habla? —respondió con su voz de pánfilo y se sentía que tenía la boca llena.

—Cecilia ¿Te acordás de mí? —quedó en silencio.

—¡Sí!... ¿cómo no me iba a acordar? Pensé que nunca me ibas a llamar... Decime, preciosa qué precisas. —me dijo todo galante.

—Bueno, te explico.... —él no dudó en hacerlo, hasta me dijo que no me cobraba y que esperaba que en cualquier momento vaya a verlo a su local.... ¡Sí, sí! Esperá sentado nomás.

Al día siguiente, llego a mi oficina y todos estaban prendiendo sus computadoras.... Yo prendí la mía y todos empezaron a abrir sus e-mails. Causalidad que todos les llegó un correo... abrieron el archivo como efecto dominó y empezaron a ver el videíto que quería compartirles. Me dio el gusto por mostrar mis regalos. Todos empezaron a reírse, incluidas las chicas... por ahí escuché alguno decir “¡Era cierto lo que contó Rafael!” “¡Mirale la cara!” dijo otra... y en el momento justo tenían que llegar los protagonistas del video triple equis.

Rafael esperaba otro recibimiento, pero cuando vieron el cuadro de risa de todos, estos dos no entendían nada qué pasaba. Se acercó Rogelio, que era el más gomazo de la oficina, le dijo a los dos: “si, papi... que rico”, a Irina se le puso la cara de todos los colores que existen y Rafael se dio cuenta de la situación... en un momento, él se acercó a una de las computadoras y vio ese video y se apartó de la impresión como si hubiese visto destripar a alguien.... Todos se dieron cuenta de la llegada de ambos y quedaron en silencio... después hicieron como si nada y siguieron trabajando tratando de no reírse. Caminaban entre los escritorios y todos los miraban al pasar y hablaban entre abajo, que Irina pobrecita, se puso a llorar y le dijo a Rafael entre sollozos:

—¡Todo esto lo hizo Cecilia! —le dijo mientras posó su cabeza en el hombro de Rafael.

—¡¿Qué?! —le respondió sorprendido. Se largó a llorar la mentirosa. Él se me acercó a mi escritorio mientras yo estaba llenando un formulario en mi computadora.

—¿Qué significa lo del video? —me dijo agitado.

—¿Qué video? —seguí en la mía.

—Irina me dijo que fuiste vos. —yo no le respondí... seguí trabajando— ¡Contestame, Cecilia! ¿Fuiste vos? ¿Sí o no? —fue ahí que apareció el jefe.

—Casanova ¿Problemas otra vez?

—Hay un video que anda dando vueltas en la oficina y la responsable es la señorita Valentino. —se hizo el formal con tono de enojado. Al jefe lo vi medio risueño pero tratando de ponerle solemnidad al tema.

—Ya lo sé, lo estaba viendo... después quiero hablar con usted, señorita Valentino. —me dijo el jefe con su voz potente, que parecía siempre enojado... pero ya lo conocía cómo era.— Casanova, a mi oficina quiero hablar con usted. —le ordenó a Rafael. Él entró a la oficina. Todos en la oficina se habían calmado, pero por momento se sentía que soltaban una risa, como acordándose de la situación... los escuchaba y me daba risa también. Al rato, salió Rafael y fue hacia su escritorio... ni me miró ¡estaba avergonzado! Salió el jefe y me llamó con su mano diciendo “entre”. Entré y me senté frente a él:

—¿Qué está pasando? —me preguntó el jefe... yo estaba muy relajada... no sé si era buena idea.

—Lo que pasa que la señorita Báez. —por Irina— Me dejó en mi escritorio este video. —y le mostré el sobre con el CD adentro— Como verá,

la letra es de ella.

—Sí... ya veo. —me miró y luego miró el CD. Lo sacó de adentro del sobre y lo puso en su laptop para corroborar que el contenido del CD era el mismo del correo. Empezó a andar y veía que se tapaba la boca, pero el color rojo de su cara lo delataba y por momentos, la típica expresión de “estoy tentado pero lo quiero evitar” se reflejaban totalmente en él... tomó aire y antes de que dijera algo yo me adelanté:

—Como usted pudo corroborar que es el mismo video.... —no se pudo contener que empezó a reírse a carcajadas como nunca lo había visto en mis años de trabajo en la oficina. Yo apretaba mis labios para no reírme.

—No sé qué debería hacer, si echarla o aplaudirla. —y siguió riéndose.

—Prefiero la segunda opción. —le dije sarcástica.

—Usted es terrible, señorita Valentino.... ¿Qué está pasando entre ustedes dos? ¿Es por Casanova?

—La señorita Báez se está peleando conmigo por el señor Casanova... yo con ella, no...

—¿Desde cuándo está pasando esto? Le voy a pedir, que ésta sea la última vez que haga una cosa así, sino.... —y no pudo evitarlo que se volvió a reír a carcajadas— ¡Perdón, perdón!

—Está bien, jefe... por lo menos lo estoy viendo más humanizado.... ¿Qué le iba a decir? Bueno, esto lo hice para que la señorita Báez, se fije antes de mandarme cosas indebidas en un CD dentro de un sobre... ahí puso que lo disfrute, y así lo hice... por supuesto que el chiste se los quise contar a todos ¿Está mal, jefe? —él movía su cabeza como no pudiendo creer lo que le estaba contestando y finalizó.

—Como le dije... espero que no se vuelva a repetir... No quiero que desordene el ámbito laboral.... Vuelva a su puesto, señorita Valentino.— y así fue, volví a mi escritorio... hacía mucho que no la pasaba tan bien en la oficina. Pasó Rafael y me miró con rabia, yo le esboqué una sonrisa falsa y de ganadora... y seguí llenando los formularios. Pero ahí no quedó todo... por supuesto que esperaba la visita de Irina en mi escritorio. Adivinen qué... apareció.

—¿Qué querés de mí? —me dijo patéticamente como rendida.

—Nada... que te desaparezcas en este momento de mi vista. —le contesté mientras escribía en la computadora.

—¿Qué pretendés hacer...?

—¿Qué pretendés vos hacer? —le dije mirándola a la cara— Para que te quede bien clarito, Rafael no me interesa. Podés hacer lo que quieras con él, filmar el video que querés, pero a mí no me importa; así que dejame en paz... vos y Rafael ¡Los dos!

—Está bien... te dejo en paz. Pero no quiero verte cerca de él ¿Me escuchaste? —me decía agitada con su dedo acusador.

—Quedate tranquila... que no quiero que me toque ni con un palo. Es todo tuyo. —seguía escribiendo. Ella se fue, haciendo ruido con los tacos ¡Qué infantil!

Llegué a casa y, mientras dejaba mi cartera en el perchero y me sacaba el abrigo, una llamada entró en mi contestador

—Hola, Cecilia... Soy Rafael —me asomé a mirar el teléfono — Estoy un poco confundido... no sé qué estoy haciendo con Irina.... Cuando estoy con ella, quiero estar con vos... no puedo hacerme el tonto con mis sentimientos y creer que Irina me va a hacerme olvidarte. —se sintió un suspiro profundo y yo me acercaba al teléfono — Quiero verte... el único motor para ir trabajar es porque te voy a ver.... Espero que escuches mi mensaje... —me dijo agitado

¿Qué fue eso? ¿Tiene un sentimiento amor/odio conmigo? No lo entendía a este tipo... ¡Con todas las que me hizo! Menos mal que no salí con él en mi momento de debilidad. Realmente estaba loco de remate.

## XIV

### *El secreto de familia*

Estaba en casa tomando el desayuno antes de irme a trabajar.... Esa mañana me había levantado temprano ¡Como nunca! Pero en realidad estaba un poco preocupada porque Germán no apareció más después del almuerzo que tuvimos con mi tía.... ¡Quería matarla! ¿Me lo habrá espantado? Si fue eso iba a tener que charlar seriamente con ella del tema. Quise olvidar la situación y me fui para la oficina. Como nunca, llegó un taxi libre en la cuadra de mi casa y lo tomé; fui la primera en llegar temprano a mi trabajo.

Ese día estuvo todo tranquilo, hasta Irina lo estaba... se dirigía hacia mí con mesura, pero Rafael me miraba embelesado desde lejos, porque no quería tener problemas con su novia. Cuando terminó la hora de trabajo, decidí irme para lo de mi tía; cuando llegué a la casa estaba María regando las flores del jardín.

—¡Hola, señorita Cecilia! —me dijo con alegría mientras dejaba la manguera en el pasto.

—¡Hola, María! ¿Mi tía está? —le dije mientras abría el portoncito.

—¡Sí, señorita! ¡Qué bueno que llegó porque la señora Emilia está sola! Se va a poner contenta que vino.

—¿Sola? ¿Y Celeste? —me extrañó.

—Se fue de compras. No fue con su tía porque le dolía mucho la cadera ¡Pase! Está en el patio tomándose una cervecita. —me dijo con dulzura. Yo entré y la vi sentada hablando por teléfono inalámbrico, de hecho, estaba su cerveza en la mesa. Mi tía me vio y agitaba su mano para que se acercara y me sentara con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Bueno...! Te dejo porque llegó mi sobrina... Besitos, Memi... Chau, chau —cortó y estiró sus brazos.

—¡Mi Chini vino a visitarme! —me acerqué a abrazarla y darle un beso.

—Hola tía.... María me dijo que te dolía la cadera. —le dije con solemnidad y un poco de preocupación.

—Sí, como siempre en los días de humedad, Chini... no hay que preocuparse.... —me dijo con despreocupación y me tomó de la mano.

—Tenés que hacerte ver con tu doctor, tía... no te dejés estar. —le dije mientras me sentaba y dejaba mi cartera en la otra silla.

—Sí, mi vida.... ¿Qué me contás, pichona? —me cambió de tema enseguida como siempre lo hace.

—Estoy algo... mal. —le respondí con cierta angustia.

—¿Qué es lo que te angustia, mi Chini? —me preguntó preocupada.

—Germán.... Después del almuerzo que tuvimos el domingo, no me llamó más.... ¿Se habrá asustado? ¿Se echó para atrás...? Estoy desesperada, tía. —le dije angustiada casi por romper a llorar.

—Qué raro.... Mi, Chini, no te desesperes ¿No estará ocupado con algo y se olvidó de llamarte? ¿Lo llamaste por teléfono?

—No, no sé que hacer. Me da hasta miedo con pensar en llamarlo... ¿Y si no me atiende? ¿Qué hago, tía...? Estoy desesperada. —le respondí haciendo puchero con la voz quebrada.

—Y... le dejás un mensaje... ¡Capaz que te devuelve el llamado! —todo parecía fácil cuando lo decía.

—Sí... tengo que probar.... No sé tía, a veces los hombres tienen cosas que te esconden.

—¿Cómo que te esconden? —le interesó esa parte de lo que dije.

—Claro... te esconden sentimientos, no sabés lo que piensan en determinada situación.... Por ejemplo, en el almuerzo, si algo realmente no le gustó debería habérmelo dicho ¡Pero no! Lo único que hacen es desaparecer...

—Capaz que te estás haciendo una película, mi'jita. Pensá en positivo; capaz que él no quiso esconderte algo... digo yo. Pero lo vas a encontrar en todos los hombres... siempre se guardan cosas para ellos...

—¿Sí? ¿Alguna vez te escondió algo el tío Lalo? —puse nerviosa a mi tía y antes de responderme, titubeaba.

—Bueno... como todos...

—¿Te fue infiel? —fui directa con mi pregunta.

—¡No, no, no! —hizo un ademán de negación con sus manos— Él



siempre en ese sentido se portó como un caballero... nunca miró ni se le insinuó a una mujer.... Era un hombre intachable.

—¿Entonces? ¿Qué fue? —me extrañaba la actitud de mi tía de no querer contarme qué fue lo que le escondió el tío. Se apretaba los labios con duda de contarme o no... yo estaba esperando su respuesta ansiosamente— ¡Tía...! ¿Y?

—Bueno, te lo voy a contar, pero con la condición de que no se entere Celeste que te conté esto. —me crucé de brazos y la miré esbozando una sonrisa.

—A ver...

—... Bueno... Cuando tu tío y yo llevábamos dos años de casados, habíamos decidido tener un hijo.... La cuestión era que no quedaba embarazada y lo intentábamos, pero resultaba imposible.... Cuando nos fuimos de visita a la casa de mi suegra, salió una niña de doce años de la cocina. Se escuchó en un momento que la llamaban de adentro... una de las empleadas fue... después me enteré que esa empleada era su abuela la que la llamaba...

—¿Y qué tiene que ver con el tío? —mi tía me miró con sus ojos bien abiertos... no sabía cómo continuar.

—Ahí va la cosa.... A tu tío, lo vi entrar a la habitación de una de las empleadas y lo seguí.... Ya cuando vimos a la nena, él se puso nervioso... en toda nuestra estadía en su casa actuaba muy raro.... Bueno, cuando lo seguí para ver a dónde se dirigía, vi que la puerta estaba semi abierta y me asomé a mirar.... Lalo estaba arrodillado al lado de una cama, sosteniéndole la mano a una mujer joven, muy enferma y estaba acostada en la cama. No entendía la situación, pensé que me estaba engañando entonces... entré desafortunada preguntándole

—¡Lalo! ¿Qué está pasando acá? Quiero que me expliques. —le dije enojada.

—Emi... ella es Alfonsa. —lo miré desconcertada... tenía los ojitos tristes.

—¿Qué está pasando acá? ¡Lalo, respondeme por favor! —me desesperé.

—Señora.... —me dijo esa mujer con apenas un hilito de voz— Un gusto... conocerla.... Él le va a contar lo que está pasando. —el cuadro era desgarrador, lo vi a tu tío llorar por esa mujer.

—¿Y qué te tenía que contar el tío? —le pregunté asustada, como si

supiera qué me iba a contestar... algo estaba intuyendo.

—Bueno... el tío me sacó de esa habitación y nos fuimos a la nuestra...:

—Emi... tengo que confesarte algo... es muy difícil contarte esto...

—Decime de una buena vez ¡Me estás asustando! ¡Te vi llorar por esa mujer! Por favor, decime quién es. —le dije acercándome a él, tomándolo de su cara con mis manos. Él las tomó, las besó y las puso en su pecho... su corazón latía a mil por horas.

—Cuando tenía dieciocho, conocí a Alfonsa... ella es la hija de doña Tita, la empleada de esta casa... Antes de irme a la universidad, tuve una historia con ella... Solamente fue una noche... después me fui y no la vi más... Emi... no sé como decirte esto...

—¿Esa nena... es tu hija? —ya me lo había imaginado... no hacía falta que me lo dijera... El asintió con la cabeza.

—Alfonsa está muy enferma... se va a morir ¡Yo quiero hacerme cargo de esa criatura, Emi! ¡Te juro que no sabía que tenía una hija! —rompió en llanto, mi pobre Lalo.

—¡Mi amor! —me conmovieron sus lágrimas— Si ella quiere, podemos hacernos cargo de la nena... le vamos a dar todo... Si es tu hija, yo la voy a cuidar y amar como si fuera mía... esa chiquita se va a quedar sin mamá y yo voy a cumplir con ese vacío. —él me abrazó fuerte, fuerte.

—Por eso te elegí como mi mujer... Sos maravillosa, Emi... Te amo, querida mía. —me dijo todo eso mirándome a los ojos y luego me dio un beso... Lalo estaba triste y a la vez feliz porque lo comprendí... ¿Cómo iba a ser tan cruel con él si era un pan de Dios, ese hombre? Él se sentía en falta por no haber sabido de antes esa verdad, como si él me lo hubiese escondido, pero en realidad el ignoraba esa situación. Él me dijo que Alfonsa tenía dieciséis años cuando estuvieron juntos y pensaba qué difícil habría sido para ella tener a su hijita sola... Él lo lamentó mucho...

—¿Y qué pasó con la nena? —le pregunté a mi tía, derramando lágrimas por su relato. Mi tía me miró como diciendo “¿todavía no te avivaste?”

—Chini... esa nena era Celeste. —ahí caí... Un escalofrío pasó por todo mi cuerpo.

—Cel... ¿Celeste es hija del tío Lalo? —no lo podía creer.

—Sí, querida... En esa misma semana que estuvimos, la mamá de Celeste se fue... En ese entonces, acompañamos a la familia de ella y le dijimos a Celeste que se iba a vivir con nosotros... Ahora me da risa recordarlo, pero

en ese momento, yo sufría horrores porque la nena no me hablaba ni una palabra.... Claro, siempre fue calladita pobre mi Celeste. —lo recordaba con risas.

—¿Y por qué no la tenían blanqueada como hija?

—Porque... ya sabés las malas lenguas en esa época.... Si se llegaban a enterar que era hija ilegítima de Lalo, iba a ser un escándalo en nuestro círculo social y no queríamos exponerla de esa manera a Celeste.... Entonces decidimos decirles a todos que la nena la habíamos adoptado porque se quedó sin hogar y no tenía familia. Por supuesto que cuando se enteró mi suegra que era la hija de Lalo, no quiso saber nada. Pero después la aceptó... ya sabés como eran las viejas de antes, no querían saber nada de los hijos ilegítimos.

—¿Y por qué Celeste nunca te dijo “mamá”?

—Porque para ella, su única mamá era la que estaba en el cielo, y eso yo se lo respeté.... Te pido discreción, por favor Chini; ella no sabe la verdad.... No quisimos decírselo...

—Pero hubiese sido mejor decírselo a Celeste, porque tiene derecho a saber la verdad, tía

—Ya lo sé, Chini... después con el tiempo te das cuenta, pero ya era demasiado tarde...

—Nunca es tarde, tía.... Pero ella es parte de la herencia...

—Sí, Chini... De eso no te preocupes, que Celeste va a heredar todos nuestros bienes porque está anotada como nuestra hija.

—Con razón la veía parecida al tío.... Pensé que era una ilusión mía, pero tiene hasta los gestos de él...

—Sí, mi Chini.... No se puede negar que es hija de Lalo.

—Nunca te digo nada, tía... pero por lo que supe, sos una mujer increíble.... Ninguna mujer, más en esa época, toleraba una cosa así...

—¡Ay, gracias mi cielo! —nos abrazamos.

—Bueno, tía.... Me voy a casa...

—¡Oh! ¡Qué rápido te vas! ¿No te querés quedar un ratito más?

—No puedo, tía.... Me encantaría, pero te prometo que mañana vengo a cenar ¿Qué te parece?

—¡Me encanta la idea! ¡Mirá que te tomo la palabra, Chini! —nos reímos.

—¡Lo prometo! —la despedí y me fui de su casa.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue llamarlo por teléfono a

Germán... dejé que sonara pero me dio con el contestador y decidí dejarle un mensaje:

—Hola, mi amor... hace días que no sé de vos ¿Pasó algo? En cuanto puedas ¿Me podrías llamar? Estoy preocupada... Besitos... Chau. —y corté...

Luego me sentí una estúpida; pensé que estuve mal en dejarle un mensaje, me sentí como que lo que le dejé fue poco cariñoso o muy insulso... más que su novia parecía su madre. Me senté en mi silloncito de mimbre y de repente empezó a llover... eso me hizo acordar esa noche que Germán llegó empapado a mi casa, pero eso hizo ponerme más melancólica.

Me fui a mi habitación y me saqué la ropa para ducharme. Luego, salí de allí y comencé a secarme el pelo con una toalla... me fijé en el teléfono si había alguna llamada, pero no.

Al rato, me acordé de lo que me había contado mi tía mientras apagaba la luz de mi velador y me acomodaba en mi cama para dormir ¿Cuántos secretos se esconden en una familia? Me iba parecer raro volver a ver a Celeste después de lo que me enteré por mi tía.

Después de un rato, me dormí... la lluvia que golpeaba en mi techo, me hizo relajar.

## XV

# ¿Sí o no? Esa es la cuestión

Pasó una semana y el viernes no recibí la carta de mi “amante invisible”... creo que fue mejor, por lo que le había escrito. Entendió perfectamente mi mensaje. Me parecía raro que el primer regalo fue muy sensible y los otros fueron muy materialistas ¿Qué piensan de mí los hombres? Ya el viernes siguiente se sabía quién era amiga de quién... ¡Qué emoción! Por favor. Melina, como la rutina de todos los viernes, iba por escritorio con la urna hasta que llegó al mío.

—La hora de la carta, Ceci. —me dijo con entusiasmo.

—Sí... acá está la carta. —y la coloqué en la urna. Melina se fue... Y apareció mi amigo Rafael.

—Hola. —me dijo tímidamente.

—Hola... ¿Irina? —le pregunté cortante mientras escribía un informe.

—“Qué tal, ¿cómo andas?” ¿No? —se quiso hacer el irónico conmigo... Pero ahí el pierde.

—Ya sabés que no quiero problemas con Irina, Rafa... así que volvete por donde viniste. —seguía en la mía.

—Irina faltó, porque está enferma.

—¿Ah sí? Pobre... ¿Y eso que tiene que ver? Estás aprovechando que tu novia está enferma para venir a hablarme ¿No creés que algunas de nuestras compañeras pueden buchonearle a Irina? Pensá, querido. —lo miré fijo con mi postura.

—No te preocupés que acá todos te quieren a vos... así que no te van a “buchonear”, si eso es lo que te preocupa... hermosa. —justo llegó Melina.

—¡Meli! ¿La carta? —le dije exaltada. Melina reaccionó después de unos segundos.

—Sí, acá está tu carta.... —me la dio en la mano... era una carta nomás.

—¿Una sola? ¿Ya te dejó de escribir tu pretendiente ese? —me dijo Rafael haciéndose el canchero. Yo lo miré con odio.

—Que te importa.... Volvete a tu escritorio, Casanova.

—Bueno, los dejo. —dijo Melina y se fue.

—¿Te podés ir, Rafael? ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? —ya me estaba exasperando.

—Me voy... ¿No querés ir a almorzar? —se hacía el seductor.

—No... me parece que tengo mucho trabajo y no voy a poder salir a almorzar.... Voy a llamar al de las vianditas para que me traiga una.

—¿Te encargo una? Voy a hacerte compañía. —se ofreció. Me rendí y acepté su ofrecimiento.

—Bueno... ya sabés cual me gusta. —saqué unas hojas de mi escritorio para imprimir y él se fue a pedir las viandas por teléfono. Aproveché a abrir el sobre y me di cuenta que no era de mi “amiga invisible” sino de mi “amante invisible”

*Ya estamos cada vez más cerca... Perdón por no responderte la carta anterior, pero tenés razón... fui un poco apresurado para hacerte esos regalos... Prometo ser más romántico.*

### *Tuyo*

No lo podía creer... el tipo seguía insistiendo. La guardé en mi cartera y me fui a imprimir.... Tardé bastante porque eran varias copias que debía hacer. Cuando volví, ya estaba Rafael en mi escritorio con las vianditas.

—¡Qué eficaz! —exclamé con una sonrisa. Me senté en mi sillón y Rafael se buscó de otro escritorio para sentarse al lado mío.

—Gracias por permitirme sentarme al lado tuyo... tenía ganas de hacer esto.

—Lo lograste, entonces. Si me tengo que guiar por las cosas que pasaron, no te tendría ni que hablarte. —me reí... él me quedó mirando hipnotizado... podía decirle que era un estúpido y el asentía.

—Quería decirte que con Irina, no estoy bien... —acá venía otra vez.

—¡No, no, no! Por favor, Rafael no sigás con eso...

—Escuchame un poco, Ceci.... Te digo esto porque no sé más que hacer

para remontar nuestra relación.... Traté por todos los medios y no hay caso con ella... es muy absorbente, quiere que esté al lado de ella todo el tiempo.... Si no creé en mí, no sé por qué me retiene... quise darle una segunda oportunidad a nuestra relación... pero siento que somos incompatibles. —lo decía con un cierto apeno mezclado con seducción.

—¿Y no hablaste de eso con ella?

—No me quiere escuchar...

—Van a tener que ir a terapia...

—No va a querer...

—No sé qué quieres que te diga, Rafa. El problema lo tienen ustedes, y si no hay comunicación...

—No la hay.... —bajó la voz— Ya sabés.... —bajé un poco mi cabeza como para escucharlo con atención y para que nadie lo escuchara.— En la intimidad... viste el video...

—Ah... sí... ¿Y? —me hice la tonta— Qué... ¿No te gusta cómo...?

—La verdad que no.... No es que la estoy denigrando ni nada por el...

—¡No! —mi respuesta fue irónica.

—En serio, Ceci.... —me dijo seriamente. Luego, me quedó mirando con deseo— ¿Qué puedo hacer para que...?

—¡No, Rafa! Basta de seguirla con lo mismo. Te dije que no voy a estar con vos.... Veo que tenés cosas que resolver.

—Si las resuelvo.... ¿Qué pasaría...? —me apuré.

—Nada pasaría... ya te dije. —me sonrojé... me puso nerviosa el tarado.

—¿Un ratito...? ¿No querés? Nadie se va a enterar...

—No... ni que nadie se enterara. —fui tajante pero él la seguía.

—Uno solo...

—¡No!

—...Y no te molesto más. —lo miré fijo. Ya se me había cortado la digestión— Acá cerca hay un hotelcito.

—¡Rafael! Te dije que no.... No puedo estar con otro, porque estoy enamorada de mi novio....

—¿Tu novio...? Por tu carita veo que no te llamó en toda la semana.... Estás decaída, Ceci. —me tocó la mejilla y yo le corrí la cara.

—¿Que te importa? ¿Qué sabés si no estoy así por otra cosa? —no sé cómo me sacó la ficha. Fue pillo.

—Yo conozco todos los estados de las mujeres cuando están mal... por

qué están mal y por quién están mal.

—¡Qué brujo! —me hice la canchera.

—Falta una hora para que termine el almuerzo ¿No querés que aprovechemos? ¡Dale...! ¿Qué te cuesta? Sacame un poco de mi realidad, Ceci... No sabés las ganas que tengo de... —comenzaba a acercarse más a mí... ya veía que sus manos iban hacia mí, acercando su boca hacia la mía y finalmente le dije.

—Acá no, Rafa.... No es el lugar...

—¿Entonces...? ¿Qué decís? ¿Vamos? —me insistió Rafael. Estaba entusiasmado... muy enardecido porque creía haberme convencido de su propuesta. La campana me salvó del error que iba a cometer y del cual me iba a arrepentir con toda mi alma.... Me paralicé cuando vi que Julián salía de la oficina del jefe y me paré como si tuviera un resorte en el trasero. Él me vio y me sonrió.

—¡Cecilia! ¿Cómo andás? —me dijo Julián sorprendido y se iba acercando. Rafael no entendía nada.

—¿Se conocen? —me preguntó.

—Sí... —le contesté apenas. Julián se me acercó y me dio un beso en la mejilla ignorando que estaba Rafael al lado mío.

—¡Qué bueno verte...!

—Sí... ¿Y qué hacés por acá? —le pregunté nerviosa.

—Estoy por unos negocios que me interesaban acá con Martín... Bueno...

—... Bueno...

—... Nos vemos en estos días... a tomar algo ¿Qué te parece?

—Sí, estaría...

—Bueno... nos vemos ¡Chau! —me dio un beso en la mejilla y dio media vuelta...

—¡Chau! —y se fue.

—¿Qué fue eso? —me preguntó Rafael, muy celoso.

—... Bueno... creo que ya está por terminar la hora del almuerzo.... —le dije haciéndome la preocupada por la hora, mirando mi reloj de pulsera que marcaban la una de la tarde.— Lamento no haber podido ayudarte con tus problemas... después me seguís contando.... Para otra vez será ¿Sí? —le dije haciéndome la dulce pero estaba siendo muy irónica. Le di una palmadita en la espalda y me senté en mi silloncito. Rafael no le gustó ni medio y se fue



con la viandita a su escritorio.

La hora del trabajo había terminado... Cuando me fui hacia la parada de taxi para irme a mi casa, vi que Melina estacionó su auto cuando me vio y bajó la ventanilla.

—¡Te llevo, Ceci! —me ofreció y yo me agaché un poco para hablarle cara a cara.

—¿Segura? ¿No te desviás para tu casa?

—No, no.... Tengo que ir para el lado de tu casa, así que subí. —me abrió la puerta desde adentro.

—Gracias, Meli. —subí al coche y ella arrancó. Cuando paró en un semáforo, la vi con intención de decirme algo...

—¿Te puedo hacer una pregunta...? Perdoname si voy a ser entrometida, pero... —me asusté un poco.

—Sí, decime.... —le respondí con desconfianza.

—¿Qué onda con Rafael...? —me quedé en silencio.

—¿Onda? Ninguna.... —tragué saliva con dificultad.

—Te pregunto porque, aunque Irina está con parte médico, se puede llegar a enterar igual.... Sabés que Rafael no es prolijo en ese sentido...

—... Ya lo sé, Meli... Con Rafael no tengo nada...

—Trató de que no se note... —me cayó mal su actitud.

—Perdoname, Melina.... No te estoy pidiendo un consejo...

—Te digo nomás porque....

—No necesito que me digas nada porque yo no tengo nada con Rafael....

—¡Te vi, Cecilia...! —la conversación se estaba poniendo cada vez más fuerte.

—¿Me viste, qué? —le dije elevando la voz.

—Hoy te vi cómo lo seducías a Rafael... ¿Qué fue eso de almorzar juntos en tu escritorio?

—¿Estabas ahí...? —pensé que se había ido a almorzar con las chicas.

—Sí, y lo escuché decir algo de un hotelcito. Además estaba muy insistente que ya te veía irte con él.... Se te acercó mucho y le dijiste “acá no”

—No me iba a ir con él.... Me estaba diciendo que tenía problemas Irina...

—¿Y vos le creíste...?

—¡No...! Mirá... estoy enamorada de otro hombre, de mi novio... —le

decía nerviosa. Melina se quedó en silencio esperando que le siga contando.

—¿Otro hombre...? ¿Del trabajo? —me preguntó un poco confundida.

—No... a él lo conozco desde cuando éramos chicos.... Germán se llama... me interesa mucho ese hombre y no puedo estar con otro si no es con él. —vi que Melina asintió con la cabeza.

—Pero algo te pasa con Rafael. —yo la miré— No me lo niegues... sé que pasa algo. —me dijo ya con un humor más relajado.

—Creo... que algo me atrae de él... Pero es más fuerte lo que siento por Germán... pero no sé si él es el correcto porque... hace una semana que no sé nada de él. —le dije casi al borde del llanto... estaba muy angustiada.

—Entiendo... Rafael usa a todas y te lo digo por experiencia. —no podía creer lo que me estaba confesando. O lo que me estaba queriendo hacer es que no esté con él para que no sufra o para no tener culpa de ganármelo... no sería lo mismo sacárselo a Irina, que a mí que le podría causar remordimiento.

—¿Estuviste con Rafael? ¡De vos no me había enterado! —paró en otro semáforo.

—Sí... Nos veíamos cada tanto. A él le gustaba al principio vernos así, porque yo no le reprochaba nada, ni horarios, ni días, pero... me cansé de eso y me enamoré de él.... Quise llevar la relación a otro nivel, entonces se lo planteé y todo empezó a andar mal... hasta que me enojé, no quise que nos viéramos más y fue ahí que él sedujo a la nueva... ¿Te acordás de Mirna, la rubia que duró un mes en el trabajo?

—¿La que echaron porque el jefe la encontró robando información...?

—¡Claro! Pero bueno... Rafael me hizo mucho daño.... Nada más quería decírtelo.

—Yo por todo ese desfile de mujeres que pasaron en la vida de Rafael no quise meterme.... Pero, creo que todas las mujeres de la oficina pensaban que ellas podían cambiarlo y que él se enamoraría de ellas de verdad...

—Puede ser.... Llegamos, Ceci...

—Gracias, Meli... por todo. —nos despedimos y bajé del auto. Abrí la puerta de mi casa y ahí Melina recién arrancó. Entré a casa y me sentía desolada... Me fijé si había mensaje en el contestador pero ninguno era de Germán... ¿Él sería el típico hombre histérico, que primero te seduce y cuando se da cuenta no quiere compromiso y huye? Sería una gran decepción y un manipulador profesional... Hacerme creer un cuento que no era real...

Me sentiría una estúpida si pasara eso.

## XVI

### *El puesto merecido*

Al día siguiente, en la oficina, estábamos todos trabajando a full. Había una especie de revuelo... por lo menos yo lo percibía.

Irina se había reincorporado al trabajo y andaba todo el tiempo atrás de Rafael, su “novio” como ella lo nombraba, “que mi novio acá, que mi novio allá...” y todo lo que hablaba estaba relacionado con él... A Rafael se lo notaba molesto, y cuando Irina trataba de hacerle algún mimo delante de todos, él la esquivaba muy arisco, con un “¡pará! que hay gente” Se ponía atrás mío, con el pretexto de sacar fotocopias e Irina notaba eso, que iba a hacerse la cariñosa, más aún sabiendo que yo estaba cerca.

En un momento, el jefe sale de su oficina, junto con Vera, su secretaria. Ella era una mujer de cuarenta y cinco años, aproximadamente, estaba casada y tenía hijos adolescentes. Era muy delgada, morena y prolija para vestirse.

—Por favor, los quiero a todos en la sala de conferencia. —todos nos fuimos allí y nos acomodamos en los asientos, que estaban puestos como los asientos de los cines o como en las facultades, así en forma de escalera. En una fila delante de la que estaba, y más hacia la izquierda, se habían sentado Irina y Rafael. Cuando ella estaba distraída hablando con las otras chicas, él se daba vuelta para mirarme y me miraba con sus ojitos brillantes. Yo trataba de no mirarlo y buscaba conversación con mis otros compañeros. El jefe, nos habló por el micrófono que está en el atril.

—Buenos días, gente. —y todos le respondimos.— Los cité a esta conferencia con el motivo de informarles que la empresa va a crecer aún más, señores. —todos se pusieron contentos ante la noticia y comenzaron a murmurar... Eso significaría aumento de sueldo.

—Hace poco, tuve una reunión con uno de los empresarios más

destacados en la industria, quien aportará acciones a nuestra empresa.... Les quiero presentar al señor Julián García Laurent —y ahí apareció Julián.... Todos aplaudían contentos mientras yo me enterré más en mi asiento para que no me viera. Julián estiraba su cuello para buscarme. Rafael se dio vuelta y me miró, acordándose de la situación del día anterior.

—Buenos días. —y todos lo saludaron— Estoy muy contento de que todos hayan recibido bien la noticia.... La empresa va a tener ciertos cambios, para mejor por supuesto. Así que, nos estaremos viendo muy seguido. Gracias por su bienvenida y que tengan buenas tardes. —y todos finalizaron con un aplauso. Yo me repuse y aplaudí también, y fue ahí que me encontró y me hizo una señal con la cabeza esbozando una sonrisa. Yo le respondí de la misma forma, pero con cierta incomodidad.

—Bueno, como ya conocen a la nueva incorporación en nuestra empresa... quería decirles otra noticia, que no es tan buena, por lo menos para mí.... Vera, mi secretaria y mano derecha de hace quince años, se va del país con su familia. —todos exclamaron— Sí, es entonces que después de una reunión, con Vera incluida, decidimos quién podría ocupar este puesto que queda vacante.... Un puesto que es muy difícil de ocupar... la responsabilidad y la dedicación que debe tener la reemplazante es indispensable. Así que, sin dudas pensamos y decidimos que ese puesto debe ocuparlo.... —todas las mujeres estaba ansiosas, Irina le hablaba a Rafael como que la elegida iba a ser ella y entonces dijo un nombre...

—...La señorita, Cecilia Valentino. —todas se dieron vuelta para mirarme con cara de odio... algunas me miraron de arriba abajo con desprecio... y ni se imaginan cómo me miró Irina. Yo, me quedé helada ante la sorpresiva decisión del jefe, e intimidada con la actitud de mis compañeras — Un aplauso, por favor a la nueva secretaria de la empresa. —todos aplaudieron y vi que Julián me guiñó el ojo... yo no sabía si agradecerles o qué, entonces me paré e hice el típico saludo con la cabeza y me senté. Al lado mío estaba Melina y me dijo:

—¡Felicitaciones, secretaria! —me dijo con una sonrisa.

—Gracias.... —le respondí tímidamente.

—Venga señorita Valentino. —me invitó el jefe al atril. Fui hacia allí y escuché de una de mis compañeras, exactamente a Lucrecia, decirle a otras.

—¿A quién se la habrá chupado? —se rieron entre bajo. Me di vuelta y la miré con ojos de “te voy a comer cruda” y se quedaron duras por haberlas

enganchado decir eso. Me acerqué al atril y dije unas palabras.

—Bueno... les agradezco al doctor Martín Pérez Robledo.... —el jefe— y a la señora Vera Arce por haberme elegido como su reemplazante.... Gracias por este reconocimiento y verme capaz de hacer este tipo de trabajo, que yo sé es muy difícil... y quiero decirle.... —no pude con mi genio —...a Lucrecia que no hace falta lo que dijiste recién para tener este nuevo puesto... con ese tipo de aptitudes lo puede hacer cualquiera, pero lo que yo hago por esta empresa es esfuerzo y capacidad.... —todos se quedaron en silencio, mirándola a Lucrecia que, por cierto, estaba muy nerviosa más cuando el jefe la miró de una manera intimidante— Gracias. —todos me aplaudieron y saludé con un apretón de mano a mi jefe y a Vera, con un abrazo.

—Yo sé que sos muy eficaz, querida... por eso te elegimos. Muchas felicidades. —me dijo Vera muy afectuosa.

—Muchas gracias, Vera.... Ahora que disfrute de su familia. —le respondí de la misma manera. Julián estaba apoyado en la pared y yo me acerqué a él.

—Bienvenido a nuestra empresa. —le di la mano y él me respondió dándome la mano con una sonrisa.

—Gracias, señorita Valentino... nos estaremos viendo. —de vuelta me guiñó el ojo... yo le sonreí.

—Bueno... ya pueden volver a su puesto de trabajo ¡A trabajar! —les dijo el jefe por micrófono a mis compañeros— Señorita Valentino, la quiero en mi oficina ahora. —me ordenó mi jefe.

—Sí, señor. —nos fuimos con Vera y Julián a la oficina del jefe.

—Bueno, Cecilia.... En esta semana, Vera estará supervisándote en el trabajo para que estés preparada para largarte sola. Todas las dudas y las preguntas que tenga acúdaselas a ella.... Aprovéchela todo lo que puedas para no tener un mínimo de duda. —me decía el jefe.

—Sí, señor.... No se van a arrepentir. —me miraba Julián, buscando en mí complicidad.

—Bueno, entonces a partir de mañana se muda a esta oficina...

—¿Y mi puesto quién lo ocupa? Tengo todavía trabajo que terminar...

—Tu puesto no tiene ocupación.... Se repartirá lo que hacías entre tus compañeros. —me dijo el jefe como si no me tenía que preocupar.

—Bueno, mañana vengo directamente a su oficina, entonces.... Hasta

mañana.

—Hasta mañana. —me respondieron a coro. Salía de la oficina y Julián me detuvo afuera de ella.

—Cecilia. —me di vuelta.

—¿Julián?

—Quería felicitarte. Te merecés este puesto. Martín y Vera me comentaron lo buena empleada que sos.

—Gracias... me siento alagada. Creo que he trabajado en estos años con toda la dedicación que requiere este trabajo.

—¿Después de acá, hacés algo? Así festejamos tu ascenso...

—Sí, tengo que ir a lo de mi tía... Se lo prometí. —le mentí... más que nada por Germán, por la relación laboral que iba a tener con Julián y porque el sexo que tuvimos no fue bueno... Quería olvidarlo.

—Qué lástima... Otro día será ¿No?

—Puede ser... Chau. —me fui a mi escritorio y continué con lo que había dejado antes de la reunión. De repente, Andrea se acercó a mí.

—Ceci, te quiero dar mi tarjeta de invitación de mi casamiento. —sacó de una cajita, delicadamente decorada.

—¡Gracias, Andy...!

—Si querés ir con alguien acompañada, decime después el nombre así lo anoto en la lista. —me quedé pensativa sin decirle nada... Era más probable ir sola que acompañada.

—Sí, no hay problema... en cuanto sepa con quien voy, te aviso ¿Dale?

—¡Dale! Gracias, Ceci. —se fue de mi escritorio para seguir repartiendo las tarjetas. Yo me quedé pensando en lo lindo que era casarse... la ilusión de empezar una nueva etapa con el amor de tu vida. Sentí que Andrea era afortunada en haber encontrado al hombre que la haga feliz y la cuide.

Lo que me quitó de mis pensamientos, fue escuchar la fotocopidora andar... me imaginé que estaba Rafael, observándome como siempre. Pensé que iba a acercarse pero miré hacia atrás y no era Rafael, sino Doris. Me quedó mirando extrañada, encogiéndose de hombros como excusándose que no había hecho nada. Seguí haciendo lo mío, desganada... seguía pensando en Germán.

## XVII

### *Perdida sin ti*

Después de un día agitado, y de adoptar nuevas responsabilidades en mi nuevo puesto (gracias a la ayuda de Vera) estaba en el taxi yendo para casa....

El taxista tenía la radio prendida y empezó a sonar “I Don’t Wanna Talk About It” Esa canción me puso triste e hizo que aflorara mi melancolía... extrañaba mucho a Germán y derramé unas lagrimitas sin que el tachero lo notara. Llegué a casa muy cansada y cuando abrí la puerta de mi casa, alguien de atrás me sorprendió ¡Me asusté! Me di vuelta y era Germán con un ramo de... rosas rojas. Yo me quedé paralizada, no solamente por verlo después de tantos días sin saber de él.

—¿Germán?! —reaccioné.

—Hola, mi amor.... ¿Me extrañaste? —le di una cachetada.

—¿Por qué desapareciste así? Pensé que te había perdido... ¿Y ahora aparecés acá con un ramo de... rosas? —me puse a llorar.

—Perdoname, Ceci.... Yo sé que no tiene justificativo lo que te hice, pero... tenía que resolver un problema y debí viajar de urgencia. No te pude avisar antes... pero escuché tu mensaje y me vine enseguida para acá.

—¿Qué fue urgente? —le dije serena... me desconocí porque en otra época le hubiese hecho tragar el ramo... pero Germán me podía.

—Tuve que viajar a Japón... mi mamá tuvo un accidente grave, pero ahora está fuera de peligro y por eso me volví.— me lo decía mientras acariciaba mi mejilla.

—¿En serio? Y yo siendo injusta con vos. —nos abrazamos y luego nos dimos un beso— ¿Entrás? —lo invité a Germán. Dejé el ramo en la cocina con mi florero antiguo, era mi favorito y me costó un ojo de la cara. Lo había



comprado cuando había ido de viaje a Francia con mi tía. Las flores se veían hermosas y Germán me abrazó de atrás.

—Te extrañé, mi amor. —otra vez lo volví a sentir... cómo lo extrañé yo también... pero no le dije nada... sólo me di vuelta y comencé a besarlo. Luego paramos.

—Contame cómo fue el accidente. —le pregunté a todo esto.

—Mi prima...

—¿Tu prima?

—Sí, me avisó lo de mi mamá, porque Vale... —su hermana—, no pudo avisarme.

—¡Llegaste y no te ofrecí nada! ¿Quieres tomar algo? Tengo una cosa que contarte...

—¿Ah sí? ¿Y de qué se trata? —me preguntaba mientras se sentaba en la silla alta del desayunador, mientras yo ponía el café en la cafetera.

—Me ascendieron. —puso cara de contento.

—¿En serio? ¡Qué bien, mi amor! —se levantó de su asiento y me dio un abrazo y me dio un beso— ¿Y qué puesto te dieron?

—Resulta que la secretaria de mi jefe se va a vivir a otro país, entonces me dieron a mí ese puesto... ¡Imaginate cómo se pusieron las otras! —le decía mientras le servía el café en una taza. Él agarró la taza y se sentó.

—Me alegro mucho que te hayan ascendido... Te están pasando cosas buenas. —me decía con brillos en los ojos.

—Más feliz estoy porque apareciste... Me tenías muy preocupada. —le dije mirándolo a los ojos.

—Me imaginé que te ibas a preocupar... No pude comunicarme con vos, estuve con la cabeza puesta en mi mamá. —me tomó las manos— Sos muy importante para mí, Ceci... nunca haría algo para lastimarte. —nos dimos un beso.

—Estás más que perdonado. —nos reímos— Y ¿cómo está tu mamá ahora?

—Está mucho mejor... estuve muy asustado, pero ahora sé que se va a reponer... Teníamos miedo que ella no volviera a caminar, pero sus piernas están respondiendo, así que eso me dio tranquilidad.

—Qué bueno, mi amor... Me alegra tanto que tu mamá esté bien... —sonó el teléfono y me levanté del asiento para atender el teléfono.

—¿Hola?

—*Hola Ceci.* —era Julián y de golpe le corté.

—¿Quién era? —me preguntó Germán.

—Habían cortado. —y volvió a sonar... ¡Me quería morir!

—¿Hola? —contesté con voz temerosa.

—*Cecilia, soy Julián.* —me dijo con su vos seductora.

—No, equivocado. —le dije cortante.

—¡Ah! *Ya veo... ¿Estás con alguien...?* —y le corté.

—¿Equivocado? —me dijo mirándome cuando volvía a mi asiento.

—Sí... parecía que se estaban burlando....

—Bueno... te quería decir que el mes que viene, ya está mi exposición de fotos.... Van a venir muchas personas importantes del arte a verme y quiero que estés ahí conmigo.... Por supuesto que mi mamá y mi hermana van a ir, así que las vas a conocer. —me dijo contento ¡Sí! ¡Me va a presentar a su mamá...! Todo lo que deseaba se me estaba cumpliendo.

—¿En serio? —sonreí— Estoy muy ansiosa de conocerlas.

—Les hablé de vos y ellas también quieren conocerte... no quiero dejar pasar nada...

—Bueno, pero no te olvidés de invitar a mi tía y a Celeste que están esperando de hace rato tu exposición...

—No te preocupés, mi amor... Ya les envié la invitación...

—¿Qué? ¡Ah! ¿Y cuándo pensabas enviarme la invitación...?

—Te la quería dar personalmente. —sacó de su chaqueta la invitación y me la dio.

—¡Gracias! ¡Qué hermosa tarjeta...! ¡Una VIP!

—Más vale que VIP.... En realidad, esta tarjeta la hice mandar especialmente para vos. Ya vas a ver de que se trata.... —me dijo intrigante.

—¿Ah sí? Me encantaría saber qué sería.... Bueno, yo quería hacerte una propuesta. —le dije intrigante también.

—¿Una propuesta? A ver ¿Y cual sería? —me decía en tono de broma cruzándose de brazos.

—Andrea, es una compañera mía de trabajo, y en tres meses se va a casar.... Ella me invitó y me dijo que podía ir con alguien. Así que, ¿Te gustaría acompañarme al casamiento?

—¡Por supuesto que te voy a acompañar...! Me enojaría mucho si no lo hicieras...

—¡Uh! No, no quiero hacerte enojar.... Entonces, te tomo la palabra...

—Sí, señorita. Te paso a buscar ese día.... —estaba tan feliz de que mi hombre esté conmigo de vuelta... Ahora mi corazón sentía alivio, pero me quedaba la tarea de averiguar quién es el dueño de esos regalos misteriosos.

Esa noche, cenamos en mi casa... habíamos pedido el delivery de pizza. Luego le pedí a Germán que se quedara a dormir conmigo, pero no hicimos nada porque tenía “la visita del mes” Fue hermoso dormir entre sus brazos otra vez. Lo extrañé mucho.... Sentía su perfume, mientras tenía mi cabeza apoyada en su pecho. Estaba en un estado de paz que hace mucho no lo sentía, y más las situaciones de estrés que sufrí en el último tiempo.

Al otro día, Germán me llevó al trabajo con su Corvette. Cuando estacionó el auto afuera del edificio, todas mis compañeras se dieron cuenta en qué llegaba y el beso que nos dimos con Germán. Bajé del auto y las saludé alegremente.

—¡Hola chicas! —todas me respondieron y justo llegaban Rafael e Irina. Entrábamos todos adentro del edificio para tomar el ascensor. Yo me había adelantado más a todos ellos.

—¿Qué le pasa a ésta? —la escuché a Irina preguntarle a Andrea.

—Cecilia llegó en un auto descapotable con un churrasco de hombre... parecía que era el novio...

—¿Novio...? Entonces, era verdad.... —dijo Rafael con un tono de bronca.

—¿Por qué lo decís así, amor? Pareciera que te pone celoso.... —le dijo Irina muy celosa a punto de pelearse con Rafael. Se acercaron más a mí y dejaron de hablar todos. Entramos al ascensor y estábamos callados.

—¿Ceci? ¿Ese bombonazo era tu novio? —me preguntó Andrea.... No me molestó la forma en que se refirió de Germán porque sabía que no lo decía de babosa.

—Sí, Andy. Con él voy a ir a tu casamiento... ¿No es divino? Después se los presento...

—Me alegro mucho que tengas novio. —remató Irina.

—¿Te alegrás por mí o por vos, Iri? —fui ácida. Irina se quedó en el molde. Se abrió la puerta del ascensor y todos nos fuimos a nuestros puestos.

Yo fui a la oficina del jefe, y antes de entrar vi que discutían Irina y Rafael... no sabía bien qué decían porque estaba muy lejos, pero ya me lo imaginaba. Entré a la oficina y Vera ya estaba esperándome.

A las dos horas, Melina apareció en la oficina y, mientras Vera hablaba

por teléfono, aprovechamos a hablar del tema “amigo invisible”

—Esta noche, nos vamos todas al bar que está a dos cuadras de acá para darnos los regalitos ¿Qué te parece? —me decía en voz baja.

—¡Dale! Porque acá no se va a poder. —le respondí de la misma manera. Melina se fue y Vera cortó la llamada y continuamos con lo que habíamos quedado.

A la hora de salida del trabajo, nos fuimos todas juntas al bar “Caliope” Era un bar muy cosmopolita y bien ubicado en la zona. Ya Melina había reservado la mesa para nosotras y cuando entramos nos atendieron y nos ubicaron en nuestra mesa... Nos pusimos cómodas y el mozo nos trajo la carta para pedir. Obviamente, pedimos tragos.

—Bueno chicas, es la hora de la verdad... —dijo Melina— Ahora quiero que todas saquen sus regalitos y adivinemos quién es su “amigo invisible”... Empezamos con... —y fue ahí que estábamos tratando de adivinar hasta que me tocó a mí decir quién creía yo que era mi “amiga”. Finalmente era Felicitas, la antigua empleada de la oficina que tenía como cincuenta años. Después le tocó a...

—Bueno, ahora le toca a Irina...

—Yo creo que mi amiga es... ¿Cecilia? —hubo un silencio.

—No. —le dije a secas.

—Que diga la que es amiga de Irina —dijo Melina.

—Yo. —dijo Doris. Se acercó a Irina y le dio el regalo... Ante el recibimiento del presente, Irina la trató muy distante a Doris. Todas nos dimos cuenta de su mala actitud y no miramos entre nosotras.

—Bueno Doris ¿Quién creés que es tu amiga?

—Para mí es Cecilia. —dijo Doris con su voz nasal.

—Sí. —le dije, todas exclamaron un “¡bien!” y le di a Doris su regalo.... Mal que mal, Doris demostró ser mejor persona que Irina, aunque su defecto era ser chusma y chupamedias. A pesar de todo, el juego no estuvo tan mal... pero no lo volvería a repetir.

Al rato, charlábamos y tomábamos nuestros aperitivos... nos reíamos. De repente veo que Julián entró al bar con otro hombre... se sentaron en una mesa que los ubicó el mozo y me miraba desde lejos. Yo empecé a estar dispersa y me perdía en lo que estaban hablando ¡Qué bronca lo que me estaba haciendo! Al minuto, Julián levantó la mano para saludarme y yo le respondí agitando mi mano, tímidamente. Después de media hora, Julián se

retiró del lugar con el hombre que lo acompañaba.

—¿Todo bien, Ceci? —me preguntó Melina después de que entramos al lugar.

—Sí...

—¿De dónde lo conocés a ese tipo?

—.... Es una historia muy larga para contar...

—¡Dale, contame! —insistió Melina.

—Una vez... saliendo del trabajo. Casi me atropelló cuando me estaba escapando de Rafael, entonces se ofreció a llevarme y le dije que sí. —le conté como pude.

—¡Ah! —fue extensa su expresión. De repente, Andrea nos interrumpió.

—¡Chicas! ¿Qué les parece si vamos al boliche? Tengo un amigo que es DJ y podemos entrar gratis. —con Melina nos miramos y asentimos con la cabeza.

Al rato, pagamos y salimos del lugar. Me fui con Melina en su Fiat Uno, junto con Doris y Andrea; y en el Bora iban Irina, Lucrecia, Eliana y Sabrina.... Entramos a un boliche que tenía onda. Cuando entramos, la música electrónica estaba a todo volumen. Pedimos algunos tragos y brindamos por el casamiento de Andrea:

—¡Por Andy y Ema! —gritamos alzando los tragos. De repente se nos acercó un tipo con un par de amigos. Eran muy guapos... los tres eran muy sexys, llevaban remeras mangas cortas, muy ajustadas que se les notaba todo el cuerpo musculoso: Uno de ellos, el cual se nos acercó, tenía ojos claros y su pelo era castaño claro, pero...

—Hola chicas ¿cómo andan...? —nos preguntó con mucha confianza y tenía un trago en la mano... parecía un “Cuba Libre”. Con las chicas nos miramos y nos sonreímos.

—Bien.... —contestó Melina, dubitativa.

—Qué bueno... ¿vienen seguido acá? —revoleé los ojos... el comentario fue muy de banana.

—No... es la primera vez que venimos. —le respondió Andrea sonriente. Doris lo miraba libidinosamente, mientras las chicas tomaban su trago con sorbete para no hablar.

—Como nosotros.... Estoy con unos amigos y pensé que si querían bailar.... —nos ofreció. Se acercaron sus amigos que Doris, muy rápida, agarró a uno de ellos y Andrea se fue con otro que le ofreció bailar dándole la

mano... Melina justo que conocía al DJ y le dijo:

—¡Ey, Félix! —y me dejó sola con el chabón.

—¿Te comieron la lengua los ratones? —se dirigió a mí, haciéndose el canchero. A mí me salió la frase...

—A veces, el silencio es la mejor manera para responder a los tontos. —le respondí con toda solemnidad. El tarado empezó a reírse. Su risa lo decía todo....

—¡Qué graciosa...! ¿Lo decís por mí?

—Para nada. Me parece que vos te sentiste tocado, que es distinto...

—¿De qué trabajás? —se hacía el seductor. Me dejó pensando y se me ocurrió.

—Soy abogada. —le mentí... dicen que una de las profesiones que más les asusta a los hombres es la de “abogada”. Como no creo en eso, quise experimentar a ver qué pasaba ¿Mito o realidad?

—¡Uf! ¡Abogada...! ¡Mirá vos, che! —respiró profundamente y exhaló exageradamente, asintiendo con la cabeza.

—¿Tenés algo con las abogadas?

—¡No! De hecho yo estudié abogacía... pero no era lo mío. —minimizaba la situación.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo tuyo?

—Yo soy RRPP de acá... me gusta eso de relacionarme con las personas... pasarla bien... tener buena onda... no pelearse ante una Tribuna...

—Un tribunal, querrás decir.... —estaba disfrutando ese momento.

—¡Sí! —se dio cuenta y miró hacia el techo cerrado los ojos, apretando los párpados.— Eso... tribunal... ¿Querés bailar? —el tipo ya estaba transpirando, que no quería saber más nada de profesiones.

—Okay. —le dije sin problema. Él dejó el vaso en la barra y me tomó de la mano, para llevarme a la pista. Se empezó a mover muy... de una forma muy... mal. Empezaba a mover los brazos como si fuera una locomotora y después las extendía hacia arriba, bajando la cabeza... yo no sabía dónde meterme. En un momento, la vi a Andrea besándose apasionadamente con el tipo que la sacó a bailar ¡No podía creer lo que estaban viendo mis ojos! Después, él le dijo algo en el oído y se fue Andrea quien sabe dónde con el tipo. De repente, pusieron la canción del momento y él se transformó... empezó a hacer el pasito y todos los que estaban ahí lo arengaban... se creía

el Tony Manero del siglo XXI. Yo aproveché y me fui de ahí, antes de que se diera cuenta. Salí del lugar y no quise buscar a nadie de mis compañeras, que me tomé un taxi para ir a casa.

Cuando llegué, tenía un mensaje de Germán en el contestador:

*—Hola, Ceci... no te encontré en tu casa y como celular no tenés, no puedo localizarte por ningún lado. Espero que estés bien... Acordate de vernos en mi exposición. Te espero. Chau.*

No quise llamarlo... no sé por qué. Me fui a acostar... ya eran las 2 de la madrugada y estaba muy cansada... igual, me divertí aunque, me impactó lo de Andrea ¡Se estaba por casar! ¿Sería que estaba aprovechando antes de casarse? Qué poco compromiso ¿Mirá si alguien que la conocía la pescaba in fraganti? ¡Fue audaz!

Mañana era el gran día... me pregunté si irían mi suegra y mi cuñada... eso me ponía bastante nerviosa, pero tenía la ventaja de que iba a estar con mi tía y Celeste. Apagué la luz de mi velador y me acomodé bien en la almohada que ni recuerdo en qué segundo me quedé dormida.

## XVIII

### *El retrato*

Era el gran día... Esa noche me fui con mi tía y con Celeste, a ver la exposición de fotos de Germán. Había gente de otros países: Latinoamérica, Europa, hasta de Asia... Eran las ocho y media de la noche y ya los mozos servían champagne.

—Aquí jovencito. —le dijo mi tía a uno de los mozos que tenía champaña.

—¡Tía! Es temprano todavía...

—No querida, para el champagne no hay horario... Además si lo están sirviendo ¿por qué no tomarlo? ¡Qué increíble está esto, Chini! ¿No es maravilloso, Cele?

—Sí, tía... ¿Dónde estará Germán? —estaba distraída... ni me había fijado en sus obras.

—Ya vendrá por nosotros, pichona... ¿Vieron eso? ¡Qué gusto exquisito! —mi tía estaba perdida en las fotos y le señalaba a Celeste para que mirara. De repente se nos acercó Germán.

—Bienvenidas, señoritas ¿Están disfrutando de la exposición?

—¡Mi amor! —nos dimos un beso.

—¡Germancito! —remató mi tía y lo abrazó— Estoy fascinada con tu trabajo, querido... Muchas gracias por invitarnos...

—No hay de qué, Emilia, son mis invitadas de honor... Les quiero presentar a mi mamá y a mi hermana. —a mí estaba que se me salía el corazón por la boca. Fuimos hacia uno de los sectores de la exposición donde estaban, efectivamente, la mamá y la hermana de Germán de espaldas porque estaban mirando una de las fotos. ¿Cómo olvidarme esa cabellera rubia y carré corta con rulos grandes y su vestimenta distinguida pero hippie-



elegante, como toda artista plástica; tenía esos ojos turquesa profundos con una mirada penetrante e intimidante.... Su hermana era castaña y apenas el pelo le pasaba los hombros y vestía ropa más moderna, más “cool”.... Sus ojos eran celestes pero no tenían la profundidad de la mirada como su madre, sino más bien esquivaba la mirada.

—Mamá... Vale... ella es mi novia, Cecilia ¿Se acuerdan de ella? — ambas se dieron vuelta a la vez y me miraron de arriba abajo... las noté despectivas hacia mí.

—Sí, me acuerdo.... Es la sobrina de los Van Der Heyden. —se acordaba de mí. El apellido de mis tíos lo dijo con un perfecto acento alemán.... Realmente me sentía intimidada.

—Así es, querida Elisa Kälher. —mi tía arruinó mi momento con mi suegra y mi cuñada.

—¡Emilia! Tanto tiempo. —se abrazaron como viejas amigas. Por su puesto que la diferencia de edad era como si fueran madre e hija.

—¡Tía Emilia! —le dijo Valeria a mi tía como si fuera de la familia y le dio un cálido beso en la mejilla junto con un abrazo. Germán y yo nos mirábamos como siempre con complicidad. Se lo veía nervioso.

—¿Se acuerdan de Celeste? —les preguntó mi tía a las dos. Celeste apareció de atrás... estaba escondida con timidez, y ellas la saludaron con un beso en cada mejilla.

—Claro que nos acordamos de Celeste... cuidaba a los chicos cuando nos íbamos nuestras cenas tan añoradas.

—No saben lo feliz que estoy que Germancito y mi sobrina Cecilia estén juntos. —dijo mi tía con palabras de felicidad, pero me preocupó la reacción de estas dos. Ellas sólo le sonrieron, sin decirle ni “sí” ni “no”... ¿Debía preocuparme?

—Mi hijo nos habló mucho de Cecilia.... Lo veo muy bien. —le respondió a mi tía con cierta frialdad y no muy segura con lo que decía.

—¡Claro, si los dos se ven muy bien! —me di cuenta que la foto de un metro por un metro, que estuvieron viendo ellas antes de encontrarnos, estaba mi cara... Mirando hacia la cámara esbozando una sonrisa fresca. Nunca me había visto tan bien al natural... bueno, ya sé por qué tenía ese semblante. Esa foto me llevó al recuerdo de ese momento. Me quedé mirándola a esa foto y me sonreí a mí misma.

—¿Cecilia? —me llamó Elisa.

—¿Sí? Dígame. —le dije volviendo en sí.

—¿Así que te reencontraste con mi hijo en lo de tu tía? —me habló para tantearme, o era su forma de romper el hielo.

—Sí, es verdad... No sabía que había vuelto, fue una sorpresa para mí. —ella me sonrió levemente.

—Bueno, tenemos muchas cosas de qué hablar.... Tendríamos que juntarnos para ponernos al día, querida Emilia. —le dijo a mi tía pero mirándome a mí... Pensé que a mí me estaba hablando.

—Por supuesto, Eli... Mañana estás invitada a mi casa y no acepto un no como respuesta. —le respondió mi tía con cierto júbilo.

—Mañana estaremos en tu casa con mucho gusto ¿Vas a venir, Cecilia? —me preguntó con esa mirada fulminante.

—Sí, por supuesto que voy a ir. —ella hizo “no” con la cabeza.

—¿Nos acompañan a ver el resto de la exposición? Recién estamos comenzando. —las invitó a mi tía y a Celeste y me dejaron sola con Germán.

—Claro, si recién llegamos nosotras.... Dejemos a los tortolitos que estén solos. —comentó mi tía. Me estaba sintiendo incómoda con la situación.... No sabía si me querían, le daban lo mismo, o me odiaban. Su hermana tenía los mismos gestos que su madre, así que estaba doblemente intimidada.

—Con permiso, mi amor. —le dijo Elisa a Germán acariciando su mejilla y se fueron las cuatro por ahí.

—¿Qué fue eso? —le pregunté a Germán con cara de asustada.

—¡Ey! Relajate, mi amor... Siempre son así cuando conocen a alguien, ya se van a ablandar... se van a llevar bien. —me respondió con seguridad. Me tranquilizó tomándome de mis hombros.

—Yo creo que me odian.— Germán empezó a reírse.

—No seas tonti, mi amor.... Te digo yo que las conozco, siempre se comportan así. No dijiste nada de esta foto.... —me señaló la foto que estuve viendo.

—¡Sí! La vi y me encantó... la estaban viendo tu mamá y tu herm...

—Sí... les gustó la foto.

—¿En serio? —le pregunté insegura.

—¡Sí! te estoy diciendo la verdad. —nos fuimos por ahí y él me presentó sus amistades, artistas también...

—Les quiero presentar a Cecilia, mi novia. —habían dos mujeres, Marla y Stefy, ellas eran pareja; y dos chicos gays Jules (en realidad era Julio, pero

se decía llamar Jules porque era más cool) y Marco, un italiano recién llegado al país. Ambos estaban vestidos muy a la moda... Germán me contó que ellos fueron sus compañeros de facultad e hicieron una buena amistad.

—¡Hola! —los saludé y todos me respondieron en coro. Eran buena onda, pero tenían un toque de superficialidad. Germán me dejó sola con ellos cuando vio a su profesor de arte y me quedé sola con ellos.

—Permiso. —nos dijo y me guiñó el ojo. Sus amigos filosofaban cosas voladas que no me interesaban... yo solamente les sonreía y bebía un poco de champaña, miraba para todos lados buscando a mi tía y a mis dos “cucos”.

—Vimos tu retrato, Darling. Tu cara es —encogió los hombros— ¡Fabulosa! —me dijo Jules.

—Gracias, Jules. —le dije tímidamente. De repente, apareció Valeria, mi cuñada...

—¡Valery! —la saludaron todos fervientemente con un beso en cada mejilla... por supuesto que la conocían.

—Veo que están conociendo a Cecilia...

—Sí, nos resulta un encanto. —dijo Marco con su acento italiano.

—Eso lo veremos.... Se las robo un ratito. —les dijo con su sonrisa burlona y me miró— ¿Me acompañás, Cecilia? Necesito hablar con vos. — todos hicieron ¡uh!

—Sí. —le respondí haciéndome la superada. Fuimos caminando hasta alejarnos del grupito de amigos de Germán, y Valeria comenzó a hacerme preguntas.

—¿Hace mucho que salís con mi hermano? —me preguntó mientras caminábamos.

—Hace dos meses. —es lo único que me salió decirle. Paramos en un sector.

—¿Dos meses? Me resulta raro que están saliendo muy poco y ya te tiene en su exposición.... Él no es así. —bueno... ¿Y yo qué culpa tengo?

—Por algo será... —le dije mirándola a los ojos. No se esperaba mi respuesta.

—Creo que estás poniéndote a la defensiva.... Por supuesto que por algo será, y ese es el motivo de que queremos saber...

—¿Queremos...? ¿Tu madre y vos, a qué le tienen miedo? —seguía firme con mi postura.

—A nada ni a nadie.... Solamente queremos conocerte. —me dijo con su

rostro intacto de tranquilidad. Tenía manejada la situación.

—¿Solamente eso? No parece... la que está a la defensiva sos vos...

—Perdoname que te diga, pero me preocupa mucho que mi conclusión de esta charla no me esté gustando mucho... ¿Tratás así a todo el mundo? ¿Con esa forma tan agresiva? La verdad que no me gusta mucho eso para mi hermano... —me dijo vilmente.

—¿Agresiva? —no estaba entendiendo nada que me reía de lo que me estaba acusando.

—La verdad no sé qué te vio Germán.

—Vos estás siendo agresiva conmigo. —la acusé por el tono en que me hablaba.

—No tenés nada para ofrecerle... mirate la ropa que trajiste ¿la compraste en algún outlet? Ese vestido es... muy ordinario. —lo decía de una forma despectiva y se reía como burlándose de mí.

—¿A qué viene eso? ¿Lo único que tenés para criticarme es mi ropa? Ni siquiera querés conocerme como persona.... —me estaba doliendo lo que me decía.

—No me interesa conocerte.... —y me dejó sola. Estuve a punto de llorar ¿Todo malo me tenía que pasa? Era evidente que ellas no me querían. Vi que se me acercó Germán.

—Mi amor... ¿Por qué estás sola? —me dijo dulcemente.

—Estuve hablando con tu hermana.... —le respondí un poco desanimada.

—¿Todo bien? —buscaba que lo mire a los ojos cuando yo no quería hacerlo, porque sino se me notaría la angustia. Él me tomó de los hombros.

—No sé si todo está bien...

—¿Por qué? ¿Te dijo algo malo? —seguía insistiendo.

—Después lo hablamos, mi amor.... No es nada grave, acá lo único importante es tu exposición, y por supuesto, vos.... —lo miré y saqué mi mejor sonrisa... Germán me dio un beso.

—Después me contás. Yo sé que algo te está pasando ¿no es cierto? —nos tomamos de la mano y fuimos a un sector de la exposición donde estaban mi tía y Elisa, tomando de sus copas y riéndose.... La única que la estaba pasando mal era yo.

—¿En qué andan chicas? —les preguntó Germán.

—¡Ay, Germancito! ¡Cosas de mujeres! —mi tía ya estaba alegre— Chini ¿Te sentís bien? —cuando mi tía estaba con unas copitas demás se daba más

cuenta de mis estados anímicos.

—Sí... —le dije como “no pasa nada”. Mi tía me miró bien y se rió.

—Qué monosilábica estás, Chini... Así no te vas a ganar a tu suegra y a tu cuñada.— Empezó a reírse. Eso me puso más incómoda.

—Seguramente, porque estoy cansada... Mañana tendremos oportunidad de hablar...

—No, querida... adelantemos trabajo ahora. —me dijo Elisa.

—¿Ahora? —se me quebró la voz.

—Sí, ¿me acompañarías...? —me miró como diciendo “Ya, ahora” Yo no tuve remedio que ir, pero lo que me extrañó es que a Germán lo veía relajado. Entonces, me fui con Elisa a caminar por ahí en la galería. Caminamos en silencio, mirando hacia las fotografías...

—¿Dónde trabajas, Cecilia? —me hablaba en neutro con un acento extranjero.... Me parecía ridículo.

—En una empresa de comunicaciones... HardCom se llama. —le respondí tímidamente.

—Ah, sí... la conozco ¿Y cuál es tu puesto en la empresa? —me preguntaba mientras miraba las fotografías.

—Ahora me ascendieron a Secretaria Ejecutiva... en la sección de Marketing. —realmente estaba transpirando y ella no era capaz de mirarme.

—Me alegro por ti, Cecilia ¿Y crees que ese puesto es muy ambicioso para ti? —me miró de una vez y me sonrió... Seguimos caminando.

—Bueno... para mí sí... Es un buen puesto en esa empresa.... —ella se rió con burla por debajo. La verdad que me contuve en no decirle algo.

—¿Sabes hablar otros idiomas?

—...Sí... inglés e italiano...

—¿Hablas perfecto?

—Sí... el italiano lo aprendí de mi mamá... Todo lo que cantaba era en italiano. Y el inglés lo aprendí en la escuela... —no dijo nada, como si no le hubiese importado. Luego de unos segundos de silencio, se me ocurrió sacarle un tema.

—Germán me dijo que estaba viviendo en Japón.... ¿No? —me atreví decirle algo.

—Sí, allá hay una gran industria de arte, especialmente del nuestro.... Soy muy reconocida tanto en Japón como en otros países ¿Sabías eso, Cecilia? —me estaba poniendo más nerviosa con sus preguntas.

—Sí...

—¿Qué sabes de arte, Cecilia? ¿Alguna vez estudió?

—Bueno... no, pero siempre me gustó Van Gogh y sus pinturas...

—Ajá... ¿y qué más me puedes contar? —ya no sé para qué lado quería ir...

—Perdóneme, señora... ¿Usted me está haciendo, un examen de arte?

—Quiero conocer tus gustos, Cecilia... pero veo que no tienes nada de idea de lo que es arte, mi querida.... —eso me ofendió.

—No, se equivoca.... Viví en un ambiente de arte, desde que tengo uso de razón. —reconozco que me hirió el ego.

—¡Ay, querida! Tener familiares relacionados con el arte, no significa que tengas gusto por ello.... —me dijo de una forma tan soberbia que me chocó. Yo enardecía de ira, pero traté de controlarme.

—Discúlpeme, Elisa, con todo respeto le quiero hacer una pregunta.... — se volteó a mirarme con ese gesto pedante— ¿Qué pretende de mí? ¿De verdad le interesa todo lo que yo le digo? Vayamos al grano, por favor.... — me miró y me sonrió por enésima vez.

—Muy bien, si así lo querés. Yo voy a dejarte bien en claro, que mi hijo es muy importante para mí y para su hermana.... A pesar de que no te veo desde que eras chiquita, para mí sos una perfecta desconocida y yo no soy de las que a cualquiera que recién conozco, me cuelgo del cuello como si fuéramos íntimas amigas...

—No pretendo ser su amiga, señora...

—Bien, entonces ¿qué pretendés? —ya la estaba odiando.

—Pretendo que no me prejuzgue y me...

—No, no, no querida.... Escuchame bien, Cecilia.... Para que sepas, mi hijo ha tenido... ¡muchas mujeres!, y a todas las ha atendido muy bien, y vos sabés a qué me refiero. De todas, te puedo decir que, me las presentó y tenían la misma actitud que estás teniendo vos, ahora.... A mí no me van las que se hacen las sumisas, para mí son las peores y ni me conquistan las que se quieren hacer la que saben arte... porque lo que acabaste de hacer fue una vergüenza lo que dijiste. Ni pienses en comprarme con esa cara porque ¡me enervan! Germán es muy enamorado, querida, creo que lo estás haciendo perder tiempo, y no voy a permitir que lo engatuses a mi hijo.... —me dijo vehementemente ¿Cómo va a decirme eso? Tomé valor y saqué mi personalidad de justiciera.

—Yo no le estoy haciendo perder tiempo, señora y ni pretendo engatusarlo como usted dice.... Yo estoy muy enamorada de su hijo pero, ¿eso que le puede importar? Si el tiempo me dice que estoy equivocada, entonces que sea el tiempo el que me lo diga.... Puedo entender que ningunas de sus anteriores nueras no les haya gustado, pero a mí no me ponga en la misma bolsa porque apenas me conoce.— Elisa me miró de otra forma, diría que de admiración si se quiere decir.

—Wow.... Sacaste la verdadera Cecilia.... —me dijo irónica... lo sé porque yo hago lo mismo.

—Me sentí agredida por usted, señora... —me puse a su altura. Elisa entendió el juego, o mejor dicho, yo comencé a entenderlo.

—Creo que sé por qué mi hijo te eligió....

—No tengo la menor idea ¿Por qué creé usted?

—Porque él creé verte reflejada en mí.... Sabes que los hombres nunca superan su “complejo de Edipo”, mi querida...

—¿Está tan segura que es por eso? —redoblaba la apuesta.

—Estoy más que segura... pero se equivocó nuevamente... —fue tajante.

—Bueno, creo que ya dije todo lo que tenía que decirle.... Esta charla, si quiere, la continuamos mañana...

—Estás muy equivocada. Esta charla es más que suficiente. Para mí, este tema está terminado. Si te veo o no mañana en la casa de tu tía, me da exactamente lo mismo.... —y se fue.... Me fui rápidamente al baño y me encerré en uno de los retretes. Cerré la tapa del inodoro y me senté arriba... Comencé a llorar y me preguntaba a mí misma en silencio ¿Por qué me estaba pasando eso? Estaba con un hombre que realmente me importaba, pero su familia me rechazaba ¿Cómo podían ser tan brujas? De repente, sentí que alguien me tocó la puerta...

—Ocupado. —dije con mi voz quebrada de llanto.

—¿Cecilia? Soy Celeste.... —dijo Celeste con su vocecita dulce. Me sequé las lágrimas, pero igual se me notaba porque tenía toda la máscara de pestaña corrida. Respiré profundamente y le abrí la puerta.

—Hola. —le dije y comencé de nuevo a llorar.

—Chini... te vi cuando viniste para acá. Presentí que algo no andaba bien.... ¿Qué pasó con la señora Elisa? —se me acercó más y se agachó.

—La señora Elisa y su hija no me quieren.... —le dije entre sollozos.

—¿Por qué creés que es así? ¿Qué pasó exactamente?

—Porque me dicen cosas como que quieren algo mejor para Germán, que yo lo estoy engatusando, me critican la ropa que compro, me comparan con sus novias anteriores.... Y cosas así. —nuevamente me puse a llorar.

—Mirá Chini.... Germán te va a amar como sea, porque él es el que tiene la última palabra. Pero si le hace caso a su mamá y a su hermana, entonces es él el que se la está perdiendo. Sabés que tu tía y yo no pensamos lo mismo de vos, por lo tanto te tiene que importar nuestra mirada, no agradarles aunque, si algún día, puedan llegar a ser tus parientes... Hacé respetar tu lugar, cielito. —me hizo sonreír.... Primera vez que la escuchaba hablar así a Celeste. La abracé y luego me secó las lágrimas.

—Me voy a arreglar. —le dije ya con otra predisposición. Me levanté de donde estaba sentada y Celeste se paró para dejarme pasar.

—Sí, Chini... tenés que estar bien para Germán. —me lo decía mientras nos mirábamos al espejo. Decir que tenía en mi cartera para retocarme.

Salimos del baño y estaba Germán hablando con una mujer joven y rubia, su hermana y Elisa... Él me encontró con la mirada y me hizo seña de que me acercara, acto seguido Elisa se dio vuelta para ver a quién él le hacía seña. Tomé aire y fui hacia ellos.

—Mi amor, quiero presentarte a Roxy, una amiga de la infancia. —la rubia me quedó mirando con la cara de soberbia como la de Elisa y Valeria.... Yo no me achiqué. La situación estaba rara.

—Hola, Roxy.... —le dije como si nada. Ella se acercó y me dio un beso en cada mejilla.

—Un gusto.... Germán me habló mucho de vos.

—Roxy es la amiga más cercana de Germán.... Y también es amiga de la familia. Ella es diseñadora de modas y está trabajando en Londres —me dijo Elisa con mucha soberbia, como si eso me iba a intimidar.

—Qué bueno.... —le dije sin importancia.

—Además, ella viajó exclusivamente para venir a verlo. —remató para hacerme picar. Se miraban entre ellas y se sonreían con complicidad.

—Bueno... en realidad con Roxy hace mucho tiempo que no la vemos. —y ahí entró mi mente suspicaz.

—Señora Elisa, menos mal que las que no ve desde hace mucho las considera unas extraña ¿No era que las apenas que conoce no se les tira del cuello como si fueran íntimas amigas? —la señora no sabía qué decirme. Por su cara se le notaba la furia que tenía.



—Hay excepciones, querida Ceci... —me respondió Valeria por su madre con ironía.

—No sé de qué están hablando.... —dijo Germán riéndose de los nervios.

—Yo tampoco. —soltó la rubia.

—Bueno, creo que voy a buscar a mi tía y Celeste. —le dije a Germán.

—¿Por qué? ¿Ya se van? —me preguntó extrañado.

—Sí, ya es tarde para mi tía.... —y vimos que mi tía estaba hablando con un viejo... se reían a carcajadas.

—Yo veo que tu tía la está pasando bien. —me dijo mirándome como si algo presentía.

—Sí, veo que sí.... —le sonreí— Bueno, te dejo charlando con tu amiga.... Hace mucho que no la vez y me imagino que tienen que ponerse al día. —me di vuelta y me iba yendo... Germán me siguió y me tomó del brazo.

—¿Qué está pasando, Cecilia? —fue directo conmigo y también lo sentí molesto.

—Bien, yo te voy a decir qué está pasando... La verdad que fue mala idea que me presentaras en este evento a tu madre y a tu hermana... Y no me la están haciendo nada fácil....

—¿Que te la hagan fácil en qué?

—¿Me estás cargando, Germán? La estoy pasando como la mierda, eso quiero decir...

—¿Por qué no me lo dijiste antes? No hubieses venido entonces.... —remató ofendido.

—¿Perdón? Nunca imaginé que al venir acá me iban a tratar como lo estuvieron haciendo... ¿Te creés que si sabía cómo iban a ser conmigo, hubiese venido? ¿Cómo querés que te lo diga en un evento, que es muy importante para vos...?

—No pensé que ibas a tener esta actitud... Ahora te pusiste celosa por Roxy ¿o no?

—¿Celosa? Hace unos minutos estaba encerrada en el baño, llorando por la agresividad que tienen conmigo... No te imaginás lo que es la crueldad femenina.

—¿No estarás sensible?— Germán trataba de hacerme creer que yo era la que estaba equivocada.

—¿Creés que estoy exagerando? ¿Y vos no te ponés a pensar por qué tus

novias anteriores no se llevaban con ellas? —le dije sinceramente. Germán hizo una pausa y me miró fijo.

—¿Qué estás insinuando? Yo no terminé con mis ex por mi mamá y mi hermana....

—Qué bueno... me quedo más tranquila. —le dije irónica.

—Cecilia.... —me tomó de las manos— Yo quiero que sepas, que te conozco y te amo... así lo van a tener que entender. —me dijo más tranquilo. Me buscaba la mirada... finalmente lo miré.

—Yo también te amo y por esto no te quiero perder.... —volví a respirar profundamente y él me dio un beso.

Terminó la exposición, con todo éxito... Germán las llevó a Celeste y a mi tía primero a la casa... Elisa y Valeria tenían chofer para ir al hotel, por supuesto junto con Roxy. Luego me llevó a mi casa.... Nos quedamos en el auto y comenzamos a besarnos.

—¿Entramos? —le dije luego de una mínima pausa.

—Me encantaría... pero había quedado de acuerdo con mi mamá y mi hermana para cenar. —seguíamos besándonos.

—¿Pero tu mamá y tu hermana no se fueron con Roxy?

—Sí... ¿y? —me dijo un poco dubitativo.

—¿Vas a cenar con las tres? —lo quedé mirando. Él se quedó sin palabras.

—Bueno... supongo que va a estar. —yo me indigné ¿Qué querían hacer esas brujas?

—¿Supongo? Sí, va a estar, te lo doy por firmado... Bueno, gracias mi amor por traerme. —le dije mientras me sacaba el cinturón de seguridad.

—Ceci... Por favor... —yo lo miré y le acaricié su mejilla.

—Espero que la pases lindo en la cena. —abrí la puerta y me bajé del coche sin darle un beso. Germán se bajó también. Yo me iba hacia la puerta.

—¡Ceci! ¿Por qué te ponés así? —trate de abrir la puerta de mi casa con las llaves, tuve un poco de dificultad de la bronca que tenía. Germán se puso al lado mío.

—¿Por qué me pongo así? ¡Yo debería estar en esa cena! ¿Qué les cuesta entender que yo soy tu novia y no la otra?

—Cecilia... calmate un poco porque los vecinos están escuchando todo. —me decía mientras miraba para todos lados.

—¡Qué me escuchen! Sabés que nunca me metí en tu vida, ni te controlo

las llamadas, ni te pregunto con quién vas a salir ni siquiera te sigo para saber si estás metido con otra mina... ¿Pero esto? Siento que es un desprecio por parte de tu familia.... Yo creo que no me lo merezco. —abrí la puerta y él entró conmigo.

—Si de verdad te sentís así, te pido perdón por parte de ellas...

—No... tu madre y tu hermana se tienen que disculpar, porque aunque vos te disculpes por ellas, no están ni enteradas y van a seguir en la misma.

—Yo voy a hablar con ellas.... Son mi familia y también son importantes para mí... y quiero que se lleven bien con vos.... —se acercó más a mí y mi abrazó. Yo lo miré y mordí mis comisuras.

—Yo también me quiero llevar bien con ellas... De verdad quería que todo saliera perfecto. Nunca pensé que iban a ser así conmigo.— Germán me dio un beso.

—Ya lo voy a solucionar... creeme que todo va a cambiar. —le sonreí aliviada y me dio otro beso.

—Bueno, antes de que te vayas... quedate un ratito conmigo...

—¿Y después me voy a cenar? —yo lo miré diciendo “ni lo pienses”, pero después lo pensé...

—Bueno... sino van a decir que yo no te dejo ir y quien sabe qué otras cosas. Vamos a mi cuarto. —lo agarré de su remera y nos fuimos besándonos hasta mi habitación. Por cierto nunca lo habíamos hecho en mi cama. Él se sacó la remera y yo le desabrochaba la cremallera de su pantalón. Yo como tenía un vestido negro solamente tuvo que bajarme el cierre y sacármelo, y lo dejó caer al suelo.... Estaba en ropa interior negra y a él le encantó. Germán terminó de sacárselo al pantalón y me acostó en la cama. Nos besamos apasionadamente y luego, desabrochó mi sostén, después fue por mi ropa interior y el de él también.... Estaba enardecido, lo hizo todo él.... Solamente hicimos el tradicional, pero fue más intenso que nunca. Yo no podía más y pasaba una de mis manos en su pelo, y la otra en su espalda... me hizo vibrar. Se quedó un ratito conmigo... yo me acosté arriba de su pecho.

—Ahora me quiero quedar. —me dijo mientras me acariciaba el pelo. Yo le sonreí.

—Entonces quedate, mi amor.... Quería decirte que me encantó mi retrato en tu exposición.

—¿Viste? Era una sorpresa.... Qué bueno que te haya gustado...

—Sí.... —lo miraba a los ojos embobada.

—Tengo que irme, mi amor.... Mañana nos vemos en lo de tu tía ¿Sí?

—¡Uh! ¡Cierto! Me había olvidado. Vamos a ver cómo sale ese almuerzo...

—Pensá que va a salir todo bien... puede que vos con mi mamá y mi hermana se terminen llevando bien.

—Eso espero... es lo que más quiero —le dije esperanzada, pero no lo creía del todo. Germán se vistió y yo me puse una de mis batas favoritas de raso, color rosado. Lo acompañé hasta la puerta y nos despedimos con un beso.

—Nos vemos mañana. —me dijo dulcemente.

—Chau. —le dije en voz baja y se fue. Dejé la puerta abierta hasta que lo vi entrar a su auto e irse. Luego, cerré la puerta... me apoyé en ella y sentí que estaba en las nubes pero me sentía inquieta por lo que iba a pasar en esa cena. No me salía de mi asombro ¡Mi suegra y mi cuñada eran unas brujas! Pero yo no las voy a dejar ganar ¿quieren guerra? Entonces, que se preparen.

## XIX

### *Almuerzo infernal*

Germán me pasó a buscar a casa para ir a almorzar a lo de mi tía. Por supuesto que iban a estar mis queridas suegra y cuñada esperándome, y regocijándose de sus planes, a los que seguramente tenían planeado hacerme. Durante el trayecto de mi casa a la de mi tía, solamente miraba hacia mi ventanilla.

—Estás muy callada... ¿Estás bien? —me dijo Germán dándose cuenta de mi estado.

—Sí... —le dije como si no pasara nada, pero se notaba mi desánimo.

—¿Estás preocupada por algo? No te veo como otras veces.... —seguía insistiéndome. No estaba conforme con mi respuesta y no lo culpaba.

—No sé si llamarlo preocupación.... Es que estas cosas como reuniones, me hacen sentir un poco rara....

—¿Rara por mi vieja y mi hermana? —fue al grano.

—No... ellas no me hacen sentir rara.... La verdad que nunca tuve una familia numerosa. Por una cosa u otra siempre éramos tres personas como mucho.

—O sea, que ahora somos una multitud.

—¡Exacto! —finalmente llegamos. Ya Germán las había llevado a “las brujas” más temprano a lo de mi tía, y estaban en el jardín, tomando un licor de huevo que había preparado Celeste.

—¡Mi Chini y Germancito llegaron! —dijo mi tía estirando como siempre sus brazos mostrando alegría ante nuestra llegada.

—Hola Emilia. —le respondió dulcemente a mi tía dándole un abrazo. Yo me detuve en la mitad del camino y miré todo el cuadro desde mi lugar. Elisa y Valeria, sentadas con su copita, sonrientes ante el afecto de Germán hacia

mi tía; y Celeste, sirviendo en dos copitas, para mí y Germán, el licor de huevo. De repente, Elisa me miró con esa mirada despectiva con la que siempre lo hacía hacia mí.

—¿No te acercas? No mordemos, querida. —me dijo Elisa con su tono pedante. Todos me quedaron mirando y yo enseguida reaccioné.

—Perro que ladra, no muerde. —le respondí. Me acerqué primero a saludarlas a ellas con un beso en cada mejilla como lo hacen ellas y luego saludé afectuosamente a mi tía y a Celeste. Luego, Germán y yo nos incorporamos a la mesa... como era redonda, yo ni lerda ni perezosa, me senté entre Celeste y Germán. Luego, tomamos el licor que nos había servido Celeste.

—Está exquisito, Cele... Te salió muy rico. —le dije a Celeste mientras degustaba ese licor de huevo que estaba increíble y Germán asentía con la cabeza, copadísimo con la bebida. Las brujas me miraban... no despegaban su vista hacia mí.

—Gracias, Chini.... —me respondió dulcemente.

—Me alegro que estemos todos juntos.... Hacía tiempo que no las veía a ustedes, que son tan amorosas como siempre. —decía mi tía ¡Qué van a ser amorosas!

—Gracias por lo de amorosas. —dijo Elisa.... Sí, agradézcanle a mi tía por darles un adjetivo que no les va.

—¿Qué prepararon para el almuerzo? Yo tengo un hambre. —dijo Germán realmente hambriento.

—¡Te va a encantar, Germancito! Pero... es una sorpresa, mi querido. —le respondió mi tía con cierta intriga.

—Ayer estuvimos en un restaurante que no conocíamos con mi hija, se llamaba Puerto Navío... La comida era exquisita, mi querida Emilia. —le estaba contando a mi tía.

—¿Ah sí? ¿Y no me invitaron? ¿Y fueron ustedes cuatro? —dijo mi tía poniendo sus puños en su cintura.

—No me malinterprete. Lo que pasa que estuvimos mis hijos y yo cenando con una amiga de la infancia de Germán, a la que no veíamos hace mucho.... Ella vino especialmente a verlo a mi hijo... bueno, quería ver la exhibición de fotos... —mi tía no entendía nada y me miró. A mí ya se me estaba cerrando el estómago.

—¿Hace mucho que no se veían? —preguntó mi tía inquisidora.

—Sí, hace ocho meses... —lo decía entre risas y buscando miradas cómplices en sus hijos.

—¡Que raro que alguien que no ven hace mucho, venga exclusivamente aquí para una exhibición de fotos! —la pregunta las incomodó.

—Bueno... como Roxy es diseñadora de modas en Londres, le había interesado el trabajo de mi hijo entonces... —cada vez se estaba enterrando más ¡La trajeron para hacerme sentir que tengo una competencia y que Germán puede dejarme por esa tal Roxy! ¿Acaso creen que yo como vidrios?

—Con Roxy éramos amigas... fue una pena no verla más. No saben lo divina que es... es tan hermosa que parece sacada de revista. —acotó “Valery” —y lo digo con tono de sarcasmo—. ¿Qué va parecer sacada de una revista?

—Bueno, mi querida Vale... no sé de qué revista te referís porque puede ser sacada en una de pesca. —le respondió mi tía. No lo pude evitar... solté una risa que la cara de las brujas se les transformó y Germán se contuvo la risa. Terminó riéndose mi tía y luego Celeste, achinando sus ojos.

—Mi hija se refiere a las de moda, querida Emilia... Por cierto, Roxy se fue hoy temprano y Germán la llevó al aeropuerto... No hubieses tenido problema en que la traigamos ¿no es cierto, Emilia? —lo hizo a propósito. Mi tía, Celeste y yo lo miramos a Germán... él no sabía de qué disfrazarse.

—Sí... la llevé porque mi madre me lo pidió, y yo... amablemente la llevé ya que vino especialmente para mi exhibición. —dijo Germán titubeando... se puso muy nervioso.

—Qué amoroso sos, Germancito. —le dijo mi tía a él, pero muy irónica. Luego tocó la campanita para llamar a María. Al ratito, la vimos venir a la mesa.

—¿Dígame señora?

—¿Ya podrías traer la comida, Mari? Estamos con mucha hambre. —le pidió a su ama de llaves.

—Sí, señora... Con permiso. —y fue hacia la casa, donde la puerta de la cocina daba al patio donde estábamos. El ambiente estaba tenso, muy tenso y yo apenas lo miraba a Germán... Quería que después me diera una explicación. Lo dejé ir a cenar... ¿pero eso de llevarla al aeropuerto? Estaban conspirando estas dos en mi contra.

—Bueno, Vale querida... ¿Cómo te está yendo en Japón junto con tu madre? —le preguntó mi tía como si no hubiera pasado nada, pero yo la

notaba distinta... lo hacía porque eran sus invitadas y no iba a ser descortés con ellas. Mientras Valeria le contaba a mi tía y a Celeste, yo le hablé a Germán entre bajo.

—¿Me podés explicar lo del aeropuerto? —le pregunté enojada.

—Mi vieja me pidió que la llevara. —se excusó.

—Ya lo sé, lo acabó de decir... ¿Qué onda esta mina que no la ves hace mil años y de repente te viene a ver?

—Ni yo lo sabía.... Era una amiguita de la infancia, ni me acordaba de ella.

—¿Todo bien, chicos? —preguntó mi tía al ver que estábamos hablando.

—Sí, Emilia... todo bien. —se apresuró en contestarle. Justo María y otras dos chicas que trabajan en la casa de mi tía, traían la comida, de la más fina que en cualquier restaurante de alto nivel puede haber.

—Bueno, ya podemos comenzar... Bon appétit —nos dijo mi tía. Mientras hablaban de viajes yo no podía sacar de mi cabeza lo perversas que eran... apenas tenía hambre, pero me obligaba a comer. Mi cara era de disgusto y todos lo notaban. Era una situación incómoda. Cuando terminamos de comer, todos pidieron un té digestivo, excepto yo, porque ni el mejor té del mundo me iba a hacer pasar la comida que tenía atorada en la boca del estómago.

—Chini... ¿Cómo la estás pasando? —me preguntó mi tía con su dulzura de siempre.

—Espectacular, tía. —le respondí con un tono irónico, que en realidad quería decirle que la estaba pasando como el culo.

—Ay, Chini... —dijo mi tía y luego se dirigió a las brujas— Cecilia es tan especial... yo cuando la veo ya sé que le está pasando.... —les dijo a las brujas.

—Con esa cara que tiene no hace falta conocerla mucho para saber qué le pasa algo. —remató Elisa.

—Bueno, si hablamos de darnos cuenta qué pasa, yo no soy ninguna tonta para darme cuenta que algo está pasando desde ayer.... —le contestó mi tía.

—No sé a qué te referís, querida Emilia.... —le respondió mientras tomaba su copa de vino.

—Bueno, creo que algo me perdí, querida Elisa. —le dijo mi tía— ¿Qué pasa entre ustedes dos con mi sobrina? —le dijo sin vueltas ¡Bien tía! Las dejó en descubierto a las brujas. Elisa y Valeria se miraron entre ellas y luego



le sonrieron a mi tía.

—¡Nada! No sé qué se están imaginando...

—Yo no me estoy imaginando nada, querida Elisa.... Es notable que algo está pasando. Primero me entero que ustedes cenaron ayer con una “amiguita” de Germancito que no ven hace ochocientos años, y no con mi sobrina, como creo, discúlpeme por mi atrevimiento, que corresponde ya que es la novia de Germancito y se las presentó como tal. Después le pediste a tu hijo que la lleve a esta señorita al aeropuerto y veo que le están tirando demasiadas flores a la muchacha en cuestión. Es más notable el resquemor que tienen con mi sobrina... ¿Estoy equivocada, Chini? —me preguntó.

—No estás para nada equivocada, tía —le respondí mientras las miraba a la cara a las brujas. Germán me miró disgustado.

—Bueno, Cecilia... Si te sentiste atacadas por nosotras, te pedimos sinceramente disculpas. —me dijo Valeria no muy convencida.

—Hablá por vos, hija.... Yo no tengo por qué disculparme con alguien a quien no le he hecho nada...

—Mamá. —le dijo Germán para que aflojara.

—Es verdad.... Yo a la señorita Cecilia no le hice nada.... —dijo la muy sínica la bruja mayor— Pero me gustaría que me dijeras, vos Cecilia, qué fue lo grave que te hice para que tu tía, con quien tengo una valiosa amistad de años, me acuse de tal infamia. —se dirigió hacia mí, haciéndose la ofendida por dejarla mal ante mi tía... pero estaba bien en descubierto.

—Muy bien, mire que yo no tengo filtro si piensa que me voy a guardar lo que me dijo....

—¡Te desafío a que lo digas! —me dijo soberbia. Todos se dieron cuenta que no estaba mintiendo.

—Eso es a lo que iba.... —les dije a todos.

—Elisa... ¿Qué es lo que te pasa con mi sobrina? —le preguntó a la bruja. Mi tía nunca perdió los estribos a pesar de que no le gustaba ni un poco que nadie me tratara así.... Siempre educadamente, pero la actitud era como si le tenías que dar explicación a un juez.

—La verdad, Emilia, que no tengo nada que decir de tu sobrina.... No la veo desde que era muy chiquita y no la conozco del todo para decir que es un buen partido para mi hijo.... —mi tía se indignó y Germán se agarró la cabeza no pudiendo creer lo que me había dicho.

—¿Cómo que no es buen partido para tu hijo? ¡Pero, por favor! ¡Eso es

un insulto hacia mi persona! Aquel que se meta con mi sobrina, se mete conmigo ¿Qué es eso si ella es buen partido o no para tu hijo? ¡Explicámelo! —se le soltó la chaveta a mi tía.

—Disculpame, Emilia, no lo tomes a mal... pero tu sobrina no ha sido muy cordial con nosotras...

—No me estás respondiendo a mi pregunta, Elisa... ¿Qué es para vos un buen partido? ¿Qué tiene la otra señorita que no tenga mi sobrina? —ya había perdido la paciencia. La bruja se quedó en silencio por un momento.

—Bueno... La verdad que no te puedo decir bien qué es lo que me parece...

—¿Por qué no? —mi tía, firme, esperaba que le respondiera.

—Bueno, creo que es mi hijo es el que tiene que elegir.... Veo que con Roxy tienen más cosas en común que con Cecilia... Mi hijo ha salido con mujeres, muy monas, pero que la relación se construye a base de... bueno, ya saben... de lo carnal.

—¡Mamá! —le dijo Germán.

—¡Es lo que veo! —siguió con su discurso— Cuando, Germán me cuenta de Cecilia, y le pregunto cosas básicas de ella, que uno tienen que saber de una persona, él no las sabe.... Así que, no es que me meta en su vida, pero veo que no hablan ni siquiera de eso...

—No sé a qué te referís, mamá. —le dijo Germán.

—Te voy a decir una cosa, Elisa, y con todo mi amor y respeto por todos los años que nos conocemos.... A mi sobrina, la crié yo... Sabés que su madre, quien fue amiga tuya —¡me acabé de enterar que fue amiga de mi mamá! —...trabajaba en las óperas en el exterior, para darle educación a esta niña que con orgullo es el resultado y más aún de lo que esperábamos. Por supuesto que es buen partido para cualquier hombre que se la merezca, porque para cualquiera no es. Está bien educada y es el tesoro máspreciado que puede tener cualquier hombre. —bueno, mi tía estaba exagerando un poco, pero para defenderme todo es válido. Cuando mi tía hablaba enojada, ¡hablaba! No había quien le pueda retrucar. Elisa y Valeria, no pudieron decirle nada... las dejó mudas.

—Bien, entonces.... Disculpame Cecilia, si te prejujué. De ahora en adelante, voy a tratar de conocerte mejor. —se sentía en falta... quería esconder la cabeza en un pozo, más de haber quedado mal ante mi tía. Yo me sentía respaldada por mi tía ¿Qué haría sin ella?

—Las disculpas son aceptadas. —le respondí con educación.

—¡Muy bien! ¿Alguna duda...? ¿Valeria? —le dijo mi tía.

—No, ya es más que suficiente. —le respondió apocada.

—¡Todo aclarado entonces! ¿Quieren postre, café o té? —les preguntó como si no hubiese pasado nada, pero se notaba que el ambiente se cortaba con un cuchillo.

Luego, Germán decidió irse. Él iba a llevarlas al hotel a su madre y a su hermana. Se había ofrecido a llevarme, pero yo decidí quedarme con mi tía y Celeste, pero él me prometió volver después de que las dejara. Ya estaba haciéndose tarde noche, y nos quedamos en el jardín, tomando un té, sin hablar del tema. Después de un rato, Germán volvió a buscarme, como lo había prometido. Durante el viaje, no hablamos ni una palabra... ni siquiera tenía ganas de hablar del tema. Llegamos a mi casa y le di un beso a Germán. Él me detuvo, tomándome el brazo antes de que abriera la puerta del coche.

—Quería decirte que, yo había hablado con ellas antes del almuerzo.... Parecía que estaba todo bien, pero nunca me imaginé que iba a pasar esto. —se lo notaba acongojado.

—Yo sé que no sos vos, mi amor.... Ya me pidieron disculpas...

—Pero no es sólo eso... no te creí cuando me decías lo que te pasaba con ellas. Te prometo que no va a volver a pasar, y la próxima si te dicen algo yo te voy a defender. —lo vi con mucha impotencia cuando hablaba de su familia. Sabía que ellas estaban equivocadas.

—Ya pasó, mi amor. —le di un beso— Nos vemos...

—Chau. —me dijo en voz baja. Me bajé del auto y él se fue cuando recién pude entrar a mi casa, asegurándose que estaba bien. “Fue un día difícil” me lo decía en mi cabeza mientras miraba hacia la ventana.... Luego fui a la cocina y me serví una manzana que la saqué de la heladera.... En ese momento, pensé que ya no sabía si iba a funcionar con Germán, si la situación con la madre y la hermana no cambiaba. Me replanteé muchas cosas, más si en algún momento llegáramos a ser familia.

## XX

### *La boda de sangre*

Llegué al trabajo temprano y fui a mi nueva oficina, que quedaba pegada a la de mi jefe, pero tenía dos puertas: una daba hacia la oficina de mi jefe y la otra hacia los escritorios de mis compañeros, donde yo estaba antes trabajando. Tenía unos ventanales gigantes que podía ver todos los edificios que estaban hacia el norte. Cuando entré, había por todos lados ramos de flores... y no cualquier flor, sino todas rosas de todos los colores. Yo me quedé atónita y solté sin querer mis cosas, cayéndose al suelo. Después, sentí que alguien apareció atrás mío.

—¡Ay! ¡Me asustaste! —era Rafael.... Me pegó de un susto.

—Perdón... quería dejarte algo de...

—Perdoname vos... ¿Qué significa todo esto? —él miró adentro de mi oficina.

—Flores de inauguración.... Felicitaciones por tu nueva oficina, Ceci. — me dijo como si no tuvieran importancia las flores.

—Es demasiado para una inauguración.

—No sé, entonces. —me dijo indiferente mientras miraba su carpeta.

—¿Y vos desde qué hora estás acá? —me extrañó que apenas había llegado a trabajar y estaba Rafael ya trabajando.

—Hace diez minutos estoy acá.... Te dejo estos papeles. Que disfrutes de tu oficina, Ceci. —me dejó los papeles y se fue. Traté de levantar mis cosas y cerré la puerta. Cuando más o menos me reestablecí, sentí que golpearon la puerta.

—Pase. —dije mientras prendía la computadora y levantaba un sobre que se había caído. Era Julián y se había asomado a la puerta.

—¡Buen día! ¿Te gustó la oficina? —me dijo sonriente.

—Sí... muy linda y moderna ¿Vos mandaste las flores?

—Sí ¿Te cabe alguna duda? —entró y se sentó en el escritorio frente a mí.

—Gracias, entonces.... Me parece que con un ramo estaba feliz igual. — le dije mientras me paraba a abrir más las persianas.

—No, creo que para nada exageré. —me dijo mientras se acomodaba más a la silla.

—¿Qué pretendés, Julián? O sea... sos muy atento, lo reconozco...

—Sí, ya sé... por eso te mandé tantos ramos. —me dijo todo amable.

—Bueno.... Ya que estás ¿A qué hora es la reunión?

—En cuarenta y cinco minutos... ¿Te parece si me quedo hasta que sea la hora?

—Perdoname, pero tengo cosas que ver en estos papeles que me dieron antes de la reunión ¿Me disculpás? —él se levantó medio como ofendido, porque le corté todos sus encantos.

—Sí... Nos vemos en la reunión. —y ahí se fue. Cuando fue la hora llegué dos segundos retrasada a la reunión, porque se me había complicado con algunos datos. Ya estaba mi jefe, Julián, los licenciados en Marketing y los japoneses que eran nuestros clientes.... Realmente estaba nerviosa. Apagaron las luces y comenzó el show de las diapositivas. Quería que este proyecto resultara un éxito.

Luego de la reunión, Julián me detuvo.

—Quería decirte algo que olvidé mencionarte en tu oficina ¿tenés un minuto? —yo miré para todos lados y nos apartamos de donde estábamos, porque había gente.

—¿Sí? ¿Qué querés decirme? —no sabía con qué me iba a salir.

—Quería decirte que me gustaría cenar esta noche... como para festejar esto nuevo que te está pasando ¿Qué decís? —yo le sonreí.

—No voy a poder... esta noche tengo un compromiso. —en realidad no tenía ningún plan.

—Qué lástima... ¿La próxima vez puede ser?

—Sí, puede ser. —se lo dije por compromiso, porque si le decía que no, me iba a insistir. Luego me fui a hablar con uno de nuestros clientes.

Cuando volví a mi oficina, vi algo desagradable: estaba José, “el electricista que sesea”, muy agachado en el suelo, de espaldas de la puerta, con la cabeza debajo de mi escritorio, asomándosele la raya del culo.

—¿Qué está haciendo? —le dije horrorizada por la sorpresa y el tipo se golpeó la cabeza con el borde del escritorio.

—“¡Ay!” —se quejó el tipo por el golpe.

—¿Está bien, José? —le pregunté preocupada.

—Sí, sí. Gracias.... Discúlpeme, señorita Cecilia. —sacó su cabeza de allí — Me llamaron para que le arreglara una cuestión de los cables, que no le funcaba, señorita Cecilia. —hablaba así, el señor... no les miento.

—Bueno... pero ¿ya terminó? —no sé qué cara le puse.

—Sí, señorita Cecilia... Ya puede usarlo tranquilita, tranquilita. —me sonrió torciendo su mandíbula para un lado y acomodándose el pantalón para arriba. La camisa le quedaba corta que se le descubría su busarda. Yo le sonreí también.

—Bueno, gracias José. —él agarró su caja de herramientas.

—De nada, señorita Cecilia... ¡Qué tenga un buen día! —y se fue “¡Qué aparato!” pensé por dentro.

Al día siguiente, me tuve que levantar temprano para prepararme porque el casamiento de Andrea era al mediodía... sabía que en unos minutos Germán pasaría a buscarme y todavía no estaba lista.

Me puse un vestido largo hasta la rodilla de color rojo, falda recta, cuello bote y mangas japonesas; y la espalda era escotada en V con volados sutiles... lo había comprado hace una semana: me costó muy barato pero era lindo, ya que tenía que comprarle el regalo a los novios y estaba media justa ese mes. Me maquillé los ojos con tonos claros y usé un rouge rosado; me puse unos aros de strass que parecían de brillantes... me los había traído mi tía en uno de esos viajes que hizo hace un par de años atrás; en los pies me puse unas sandalias doradas con tiritas; y finalmente, me dejé el pelo suelto, pero me hice unas ondas más prolijas, y me puse un tocado de una camelia roja grande, que me había traído mi madre de afuera ¡Mi clutch no debía faltar! Era antiguo y tenía mostacillas doradas, que me lo había prestado mi tía para otra fiesta y no se lo había devuelto. Tocaron el timbre, y fui rápidamente a abrir: era Germán que se veía espectacular en su traje azul.

— ¡Hola! —se quedó en silencio— Estás... hermosa, mi amor. —me dijo con sus ojitos brillantes. Yo di la vuelta para que me mirara de todos lados.

—¡Gracias! —le dije con una sonrisa— Vos también estás hermoso... te queda regio ese traje. —le di un beso y luego le limpié sus labios con mi dedo pulgar.

—¿Vamos? —dobló su brazo para que yo lo tomara.

—¡Vamos! —tomé su brazo y ahí nos fuimos en su Corvette.

Llegamos al lugar, que estaba alejado de la ciudad. Era una mansión antigua y tenía un lago artificial. El casamiento se hacía al aire libre y cubrían donde se iba a hacer la ceremonia, con un toldo blanco para que el sol no nos dieran de lleno.

Nos esperaba el recepcionista con el listado de invitados y justo llegaban Rafael e Irina... ¡No sé qué se puso esta mujer! Tenía un vestido amarillo patito, con algunas gasas colgando, que parecía que un tigre le desgarró la falda y un strapless que sus pechos parecían más grande de lo que eran... en realidad la vi más gordita. Rafael tenía puesto un traje gris (que por cierto, le quedaba muy bien) y él me miraba embelezado. Entramos a la carpa donde se iba a hacer la ceremonia y nos situaron en la fila izquierda; las sillas, que cada una estaba cubierta con una tela blanca; Germán no paraba de mirarme y decirme cosas en el oído para hacerme reír. Entraron Rafael e Irina y los pusieron en la fila de al lado nuestro, que nos separaba el pasillo donde iba a pasar la novia. Notaba la mirada de Rafael, ya que aprovechaba cuando hablaba con Irina y de paso me miraba... yo me hacía la tonta y seguía hablando y riéndome con mi hombre.

—Así que tu compañera se casa con el dueño de la concesionaria BM. —tiró el tema, mientras esperábamos.

—Sí, es una historia larga. —le dije entre risas.

—Yo fui a la secundaria con su hijo... creo que era el mayor de los tres.

—¡Así que los conocés! —le dije sorprendida.

—Sí, un poco... no era tan amigo de él. Teníamos grupos de amigos diferentes. Pero ¿cómo se enganchó tu compañera con él? —me preguntó de curioso.

—¿No sabés?

—No. —me dijo con una sonrisa.

—Antes de que Andrea trabajara en HardCom, trabajaba en la BM. Ella me contó que se enamoró de Emanuel a primera vista, cuando la entrevistó; según ella, él también quedó flechado.

—¿Y hace cuánto fue esto?

—Y eso fue hace cinco años.... En ese entonces, Emanuel tenía cuarenta y cinco años, y Andrea veintisiete.

—¡Ah! Es más joven que él ¿Qué le vio ella?

—No sé... según ella le encantó su presencia, su elegancia y su voz. Él la trataba muy bien... digamos que ella empezó como vendedora y después la ascendió como su secretaria.

—No me extraña.... Según dicen, este tipo le encanta las rubias... no era la primera amante rubia que tenía el viejo. —me sorprendió la data que tenía.

—¿En serio?

—Sí... casi siempre cambiaban de vendedora, porque “Pato”, como así la llamaba Emanuel, se enteraba que tenía un affaire con las empleadas y él siempre las elegía iguales.... Veo que tu compañera lo enganchó y logró que él se divorciara, porque ninguna lo pudo conseguir.

—No lo puedo creer. —me quedé atónita— Bueno, ellos fueron amantes por tres años.... Él se compró un departamento para que se vieran, pero en el último tiempo empezaron a descuidarse y su ex se enteró de sus encuentros.... Dicen que en todo el edificio se enteró de todo el escándalo que se armó cuando la mujer de Emanuel los descubrió con las manos en la masa. —Germán empezó a reírse.

—¿Y qué hizo tu compañera?

—Tuvo que renunciar, por pedido de Patricia pero lo que no se enteró es que Emanuel le dio las buenas referencias a HardCom para que entrara a trabajar ahí... en realidad la ex quería que Andrea no consiguiera trabajo, pero no le salió. Al tiempo, le pidió el divorcio a su esposa y al mes se fue a vivir con Andrea.

—¡Qué increíble! —me dijo riendo.

—No sabía que tu mamá la conocía.

—Sí... son del mismo círculo... bueno, no importa.

—¿Y qué más te contó tu mamá?

—Nada... eso. Patricia y mi mamá se conocen desde la secundaria y vivió toda esa etapa de romance de los dos. Ella y Emanuel se conocieron ahí... el tipo fue el primer novio de ella y después se casaron cuando él terminó su carrera como contador. Después tuvieron tres hijos, por lo que yo sabía de Marcos, el que fue mi compañero de secundaria.

—Mirá vos.... Pobre mujer....

—Lo que sí, él la dejó bien parada.... Ella no trabaja y vive bien de lo que él le dejó. —dejamos de hablar porque llegaba Melina con su amigo, Félix.

—¡Hola! —nos saludó a mí y a Germán.



—¡Hola! —le respondimos a coro.

—Mi amor, ella es Melina y....

—Ya nos conocemos. —respondieron ambos a coro.

—¿Ah sí? ¿Y de dónde se puede saber? —les pregunté sorprendida.

—Yo era muy amiga de Vale, su hermana. —respondió Melina mirándolo a Germán.

—Sí... hace mucho que no nos veíamos. —acotó Germán un poco nervioso.

—Les presento a Félix, mejor amigo. Félix, él es Germán y su novia, mi amiga y compañera de trabajo, Cecilia. —nos presentó. Algo me estaba haciendo ruido

—Hola, mucho gusto. —nos dijo Félix— Son una pareja muy sexy, son tal cual como me los describió Meli.

—Gracias... sos muy divino. —le respondí ante su cumplido ¿Melina ya sabía que estaba saliendo con Germán? Me hice la tonta porque pensé que me estaba persiguiendo demasiado.

—Me encontré con alguna de nuestras compañeras y no paraban de hablar de Germán.—me dijo Melina.

—¡No me digas! Estarían verdes de envidia. —nos reímos. Germán no podía creer por nuestro comentario y se rió también. Hasta Félix lo miraba a mi hombre. Al rato, llegó Doris con su marido... ella tenía un recogido muy extraño, parecía de los años 60's y un vestido sencillo color verde con breteles y una chalina del mismo color. Dejamos de mirarla cuando fueron acercándose y justo se sentaron atrás nuestro. Nos mirábamos y nos reíamos.

—Pueden saludar, chicas. —nos dijo Doris con es vocecita irritante que nadie soportaba. Nos dimos vuelta, haciéndonos las sorprendidas.

—Hola, Doris... ¿llegaste recién? —le dije irónicamente.

—Él es Lorenzo, mi marido. —nos presentó a su marido. Tenía los mismos lentes culo de botella como Doris, peinado a la gomina con algunas canitas en su patilla; vestía un traje color negro y una corbata rayada de celeste y plateado. Era delgado pero no muy alto. Nos sonreía con los labios cerrados y apenas extendió la mano para saludarlo.

—Mucho gusto, Lorenzo. —le dije haciéndome la simpática.

—Ella es Cecilia y ella es Melina. —le dijo Doris a su marido.

—Mucho gusto... la verdad que no me las imaginaba tan lindas. —Doris lo quedó mirando seria por el comentario que hizo y nosotras tratábamos de

no reírnos.

—Gracias, Lorenzo. —apenas pudo decir Melina.

—Pueden darse la vuelta. —nos dijo Doris con cara de pocos amigos... fue casi una orden. Luego, le comenté a Melina lo de la otra noche.

—Félix era el DJ del boliche al que fuimos ¿cierto?

—¡Sí! ¿Cómo te acordás? —me dijo sorprendida.

—Me acuerdo de las personas... como también de las situaciones —ahí se lo dije en voz baja para que Doris no escuchara.

—¿Cómo cual? —me dijo extrañada.

—A Andrea la vi con uno de los chicos que nos sacaron a bailar... y al rato los vi besándose. Después los perdí de vista. Creo que se fueron.

—¿Vos estás segura, Ceci? —me dijo casi sin creerlo.

—¡Sí! Me quedé shockeada con el cuadro... ¿Qué pensás?

—Bueno... creo que fue lo último que hizo antes de casarse. Nada serio... ¡una cañita al aire! —minimizó la situación.

A la media hora, ya nos habían avisado que estaba por llegar Andrea, la novia. Emanuel, el novio cincuentón, ya estaba en el altar con los padrinos, muy ansioso e inquieto. Empezó a sonar el “Ave María”, que era cantado por la prima de Andrea, con su voz angelical y su mirada pura de una nena de quince años; todos nos paramos... y ahí llegaba Andrea, con un tul que cubría su rostro, del brazo de su padre y atrás venían las damas de honor... en eso vi que Irina lloraba de emoción y Rafael estaba mirándome. Pasó Andrea, y la saludé sin emitir el sonido de “hola”. Fue una hermosa ceremonia de bendición de anillos.

Terminó la ceremonia y fuimos hacia la otra carpa donde se hacía la cena y fiesta. Nos situaron en una mesa y justo nos tocó con Melina y Félix, una pareja amiga del novio; que la mujer estaba embarazada; y lamentablemente con Rafael e Irina... justo los teníamos bien en frente nuestro. Esperábamos que nos trajeran la entrada, mientras Rafael no paraba de beber champagne... trataba de distraerme y hablar con el resto, pero él me distraía cuando bebía y me miraba.

—Mirá como le está dando al champagne, el flaco éste. —me dijo Germán por lo bajo, sorprendido y entre risas.

—Sí... no va a llegar sobrio a la hora del vals. —le dije risueña, pero en realidad no me daba ninguna gracia. Con Melina, fuimos a ver a Andrea y a Emanuel para felicitarlos, luego conocimos a sus padres y a sus suegros...

gente muy amable por cierto. Después de ahí fuimos al baño a retocarnos el maquillaje.

—No entiendo cómo Andrea nos puso en la misma mesa que Irina y Rafael. —le dije a Melina.

—Lo que pasa que se enteró mucho después del problema que tuvieron... imagínate que no estuvo cuando fue lo del video y todo eso.

—Es cierto... bueno, espero que a Rafael le toque el pedo del sueño y no abra la boca en toda la noche...

—¿Qué te preocupa que diga? —me preguntó Melina mirándome desde el espejo.

—Nada... que no digan ni haga ninguna estupidez y le arruine el casamiento a Andrea.... —le dije nerviosa.

—Te estuvo mirando todo el tiempo.... —vimos que entró Irina y nos quedamos calladas.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se quedaron calladas? —se dio cuenta.

—No tenemos nada que decir. —le dije cortante.

—Ya estábamos por irnos... ¿Te acompañamos? —le dijo Melina a Irina, para que no sea evidente.

—No, está bien... Vayan si quieren. —nos dijo con cierto resquemor. Nos fuimos del baño sin decir una palabra y cuando llegamos a la mesa, lo vi a Germán hablando por teléfono... y Rafael no estaba por ningún lado. Justo, Germán cortó con la llamada.

—¿Cómo estás, hermosa? —me dijo cariñoso.

—Bien... ¿andás hablando por teléfono? —le pregunté mientras me sentaba en su falda.

—Trabajo... como siempre. —en eso vi que Rafael estaba en la barra empujando el codo, muy alevosamente. Germán se dio cuenta que ese cuadro me llamó la atención.

—¿Qué le debe pasar a ese tipo? Desde que se fueron al baño, se atornilló a la barra y no ha parado de tomar. —yo lo miré y le sonreí.

—Pobre tipo. —le dije con el tono de voz un poco bajo.

—¿Bailamos? —me propuso Germán. Me levanté de su regazo y le tomé la mano.

—Vamos. —le dije con una sonrisa. Había una banda que tocaba jazz para bailar juntos, muy cerca. En ese momento estaba sonando “Fly me to the moon” Germán tomó mi mano derecha y con su otra mano me tomó detrás de

la cintura, como cuando se baila el vals. Me reía cuando me hacía dar vueltas con él pegado a mí, porque me hacía marear. Todas mis compañeras, aunque estaban bailando con sus parejas, y otras, que estaban solas sentadas en las mesas, miraban a mi hombre con deseo y cuando les hacía notar que me daba cuenta, miraban para otro lado. En un momento, Germán se acercó a mi oído:

—¿Querés tomar algo?

—Sí. —miré justo a la barra y todavía estaba Rafael bebiendo un whisky tras otro.

—¿Qué te traigo? —me dijo de vuelta en el oído.

—¡Voy yo! —me anticipé. No quería que tuviesen ningún contacto, ni que se conocieran, ni que hablaran de mí... todo eso quería evitar.

—No, no... voy yo. —me insistió, y para evitar que me preguntara por qué quería ir yo, lo dejé nomás que vaya.

—Bueno... traeme un Martini. —le dije resignada. Cuando lo veía a Germán acercarse más a la barra, mi corazón parecía que iba a salir a presión de mi pecho. Justo se me acercó, Rafael ¡No estaba en la barra!

—Esperaba este momento. —me dijo, con una voz completamente de borracho. Estaba impregnado de alcohol... parecía que me quemaba las fosas nasales. Su pelo estaba un poco revuelto y el nudo de la corbata, ya no era nudo, la tenía puesta alrededor del cuello.

—¡Rafael! ¡Tenés una baranda a alcohol! —le dije tratando de alejarme un poco.

—Una señorita me tiró un poco de champagne. Quiero que bailemos, antes que venga el gil de tu novio ¿Qué te parece, mi amor? —me dijo tomándome de la cintura.

—¡No me digas mi amor! Además, Germán vuelve en cualquier momento. —le dije mientras lo alejaba de mí con mis manos y brazos.

—No va a venir enseguida... lo están distraendo por un rato... Bailemos.

—¿Quién lo está distraendo? —me preocupé.

—Le pedí a alguien que lo haga por mí. —me decía mientras bailábamos. Él trataba de pegarme a él, pero yo lo evitaba. En una de esas, vi que nos estaba observando Doris, mientras bailaba con su marido.

—¿Dónde está Irina? No le va a gustar nada verte bailar conmigo... nuestro compañeros le pueden decir. —le dije nerviosa.

—Salió afuera a fumar... Qué me importa lo que digan. —me dijo

despreocupado.

—¿Fuma? No sabía eso.

—Y ronca. —empezó a reírse.

—No me interesa saber esas intimidades. —le dije incómoda y no me reí porque no me había parecido gracioso lo que dijo.

—Eso no es nada... hace ruido cuando me da un beso.

—¿Y eso te molesta? —fue obvia mi pregunta.

—¡No sabés cómo...! ¿Vos hacés ruido? —me preguntó con desfachatez... estaba borracho obviamente. Cada vez se acercaba más a mí, y yo no hacía nada.

—¿Qué hacés esas preguntas, Rafael? —le dije con enojo, pero mi corazón estaba latiendo fuerte... no sabía porque estaba nerviosa de que venga Germán o Irina nos vean o algo me estaba pasando con Rafael.

—Tenés razón. —me tomó más de mi cintura y me robó un beso.... Sentí la música como si se escuchara de lejos. ¡Quedé petrificada...! Se me movió mi mundo... en ese momento, me di cuenta que sentía algo fuerte por Rafael. Siempre lo evitaba, lo retaba, lo echaba, me enojaba con él... inconscientemente me gustaba y me parecía que él lo intuyó siempre... por eso nunca dejó de insistirme una y otra vez. La atracción era más que evidente.

Luego, Rafael se separó de mí... logró su objetivo.

—Me voy... buscalo al galán antes de que Leticia te lo robe... aunque para mí sería genial. —me dejó así, sola... lo veía que se iba entre la gente ¿qué hacía yo con lo que estaba sintiendo? Germán se me acercó con mi Martini y su Mojito.

—Acá está tu trago, mi amor. —me dijo dulcemente. Yo me di vuelta y le sonreí como si nada hubiese pasado... pero se me notaba lo rara que me dejó Rafael.

—¿Estás bien? —me preguntó con preocupación.

—¡Sí! Tengo dolor de cabeza... Ya se me va a pasar, mi amor. —le dije sin importancia. Pero creo que él no me creyó.

—¿Por qué te demoraste? —le pregunté acordándome lo que me había dicho Rafael.

—Había mucha gente. Me encontré con una compañera tuya... creo que me dijo que se llamaba Leticia. —me dijo algo nervioso ¡Justo a esa yegua le tenía que pedir para que lo distrajera! Ya lo quería matar a Rafael.

—¡Ah! —le dije a secas— Esa mina no me la banco... es mala persona.  
— Germán me miró extrañado.

—Qué raro... ella me habló muy bien de vos, inclusive se alegró cuando te ascendieron. —me dijo inocentemente ¡No podía ser más falsa, la mina!

—¡Claro! —reí irónicamente mientras y luego bebí de mi copa. Bailamos un poco, pero no estaba de muy buen humor... aunque trataba de que no se me notara, era inevitable. Germán trataba de animarme y decirme cosas graciosas, pero yo apenas me reía.

—¿Estás bien? ¿Te sigue doliendo la cabeza? —me preguntó ante mi rechazo.

—La verdad que no me siento muy bien ¿Y si nos vamos a casa? ¿Qué te parece? —le ofrecí. Me quería olvidar de la situación del beso de Rafael... quería saber si seguía sintiendo lo mismo por Germán.

—¿No querés quedarte cuando la novia tire el ramo? Tenés que agarrarlo.  
—me sugirió Germán.

—Bueno, después de eso.... —en una de esa, la banda dejó de tocar y la voz de un hombre se apoderó del micrófono del cantante.

—Hola... a todos. —era Rafael, totalmente borracho colgado casi del micrófono ¡Por favor, sáquenlo de ahí!— Quiero decirle... a los novios... que sean muy, muy, muy felices... Queridos Andrea y Emanuel, quiero.... — miraba a todos con los ojos perdidos y apenas se podía mantener en pie— Quiero dedicarles una canción... y unas palabritas también. —buscaba algo en su bolsillo interno del saco. Germán sin entender me miraba y se reía.

—¡Qué lastre este chabón! —me dijo Germán en voz baja y entre risas.

—¡Acá está! —dijo Rafael, con sus manos torpes tratando de desdoblar el papel. Carraspeó exageradamente antes de leer su papel, todo arrugado. — Queridos Andrea y Emanuel.... —se quedó un segundo en blanco— Quiero decirles a los dos... que se amen, se respeten y que no se separen nunca jamás, y tengan muchos hijos. —en eso, un señor se acercó para tratar de bajarlo del escenario para que no siga haciendo papelones, y Rafael hizo un gesto con su brazo, para que no se lo agarraran. Andrea le hizo seña de que lo deje.

—¡No! —dijo con el micrófono lejos de su boca— Me falta leer.... Bueno, quiero decir que estoy arrepentido de algunas cosas que hice mal.... Yo estoy... enamorado de una hermosa mujer, que cuando la conocí me caí de... bueno, ya saben.... Es una compañerita mía... del trabajo, obvio... que

cada vez que la veo se me sale el corazón de tanto que late fuerte, que me deja sin respiración, ya con solo su presencia... y aunque me grite, me rete o se enoje conmigo, no dejo de sentir lo que siento por ella... Intenté conquistarla muchas veces, pero no había caso... ahora puedo decir, que esta vez, y finalmente, le robé el corazón.... Quisiera gritar a los cuatro vientos quién es... pero me parece que ella tiene que resolver su situación, y yo la voy a esperar el tiempo que sea. —todos mis compañeros trataron de mirarme de reojo para que Germán no se diera cuenta, pero Irina no fue para nada discreta... me miraba con esa cara de odio como lo hacía. Yo no sabía donde meterme... su declaración me estaba poniendo incómoda más que sentirme alagada.

—Y aclaro que esa mujer no es Irina. —dijo Rafael con toda su honestidad bruta, señalando a Irina. Todos posaron sus miradas hacia Irina y el que no la conocía, la miró también. Irina se fue de la fiesta, y una de mis compañeras fue tras ella.— ¡Perdón, Iri...! Se fue... Bueno, y para terminar... quiero que alcen sus copas para brindar por esta parejita.... Bueno ¡Salú! —finalmente lo sacaron entre dos: el señor que trató de un principio y el papá de Andrea. Fue realmente un papelón. Seguimos con la fiesta y la música nuevamente empezó a sonar. Seguimos bailando hasta el momento donde Andrea iba a tirar su ramo. Estábamos todas acomodadas. Yo me puse en el medio y delante de todas. Melina se puso al lado mío.

—Te vi. —me dijo sin mirarme a la cara. Yo sí la miré.

—No es lo que parece. —le expliqué algo nerviosa.

—Lo que se vio no dice lo mismo. Después hablas de Andrea ¡Qué tupé! —estaba algo enojada.

—Es muy difícil explicártelo ahora, más cuando van a tirar un ramo de flores. —le dije en voz baja. El barullo de las mujeres en nuestro alrededor me aturdía.

—Sean sinceros con Irina y Germán... no es justo para ellos. Te lo digo más que nada por Irina. —me miró a los ojos. Andrea tiró el ramo y pasó por arriba de nuestra cabeza. Todas las que estaban atrás se cayeron al suelo por agarrarlo y Melina y yo nos quedamos mirándonos.

—Yo no tengo que ser sincera con nadie... yo elegí a Germán y eso no va a cambiar. —le dije a Melina mientras que una prima de Andrea saltaba de alegría por haber agarrado el ramo. Estaba despeinada y se le había quebrado el taco de su zapato derecho.

—No te creo, Cecilia.

—No me creas, entonces... no sabés lo que siento por Germán. No quiero que te metas más en mi vida ¿Me escuchaste?

—¿Perdón? —estaba descolocada con mi respuesta.

—Eso... yo no tengo que darte ninguna explicación. Aunque seamos amigas. —seguí firme.

—Tenía razón Irina. —me lo dijo para chicanearme.

—¿Ah, sí? ¿Y que te dijo Irina? —le respondí desafiante.

—Que lo buscás a Rafael todo el tiempo. Te gusta y no lo querés reconocer. —se interrumpió a sí misma cuando Germán apareció.

—¿Qué pasa chicas? Tiraron el ramo y ustedes se quedaron charlando. —lo miramos y Melina se fue enojada.

—¿Dije algo? —me preguntó Germán.

—Nada... cosas de mujeres. —fue lo único que se me ocurrió.

—No me parece que es eso... te conozco muy bien, Ceci. —me dijo sin haberse quedado satisfecho con mi excusa.

—Quiero que nos vayamos a casa... estoy cansada, con dolor de cabeza ¿Sí? —le dije enojada y un poco desanimada. Germán y yo nos despedimos de Andrea y Emanuel. Cuando nos íbamos yendo para el auto, Rafael empezó a gritar mi nombre.

—¡Chechu! ¡Chechu! ¡Ey! —caminaba como en puntas de pie y su cuerpo lo tiraba hacia delante. Germán y yo nos dimos vuelta.

—¿Y éste que quiere ahora? —me dijo Germán extrañado. Yo no pude responderle. Rafael se acercaba más a nosotros. Yo me di vuelta y seguí caminando, dejándolo atrás a ambos.

—¿Dónde vas Ceci? —me dijo Germán, agarrándome del brazo para que no me vaya.

—¿Le vas a seguir haciendo caso a este borracho? Tenemos que irnos.... ¡Vámonos! —le dije algo nerviosa.

—¡No te vayas Chechu! —Rafael seguía con lo mismo.

—¿Qué querés Rafael? ¡Andate a tu casa! —le dije a los gritos.

—¡No! ¡No quiero que te vayas con ese gil! —Germán me miró sorprendido y frunciendo su entrecejo.

—¡Ey! ¿A quién le decís gil? —lo tuve que detener porque se iba a pelear con Rafael, pero fue hacia él y yo lo seguí para detenerlo... no quería que empeorara, pero terminaron viéndose cara a cara.



—No le hagás caso... está borracho, amor. —lo trataba de convencer, agarrándolo de su brazo.

—Chechu... dejalo a ese y venite conmigo. —se dirigió hacia mí y empezó a llorisquear.

—¿De qué estás hablando? ¡Vámonos, Germán! —lo tironeaba para que no vayamos.

—¿Sos vos “la compañerita”? —me dijo Germán en voz baja para que Rafael no lo escuchara.

—Germán, no es momento. —me hacía la tonta.

—¡Decile la verdad, Chechu...! ¡Sabés que sos vos la dueña de este pobre y despreciable corazón! —me lo decía con la típica voz de borracho.

—¿Es verdad que sabés? —me dijo Germán, muy enojado.

—Bueno, sí... lo sé, pero él no significa nada para mí.... Nunca tuve algo con él...

—¡Está diciendo lo verdad! —gritó Rafael. Me di cuenta que él tenía una botella de champaña en su mano— Ella nunca quiso estar conmigo... pero ahora, me parece que está confundida, amigo. —dijo el estúpido... ¿Cómo iba a decir eso?

—No estoy confundida, Rafael... Andá a tu casa y dejanos en paz ¿querés? —nos dimos vuelta y seguimos nuestro camino, dejándolo a Rafael solo. Él, rápidamente corrió hacia mí y me tomó del brazo.

—Dejalo a este gil, Chechu. —Germán fue hacia él.

—Dejala vos a mi novia. —lo empujó. Luego, Rafael quiso pegarle pero Germán le funcionaba mejor los reflejos que le pegó una piña que cayó sentado en el suelo.

—¡Germán! ¡Basta! ¡Dejalo! ¡Vámonos a casa! —le supliqué. Rafael quedó tirado... me dio realmente pena.— Andá a tu casa, Rafael ¡Por favor! —él solamente me miró y quedó tirado en el suelo. Empezó a sangrarle la boca.

Subimos al auto y durante el camino no nos dirigimos la palabra. Cuando llegamos a mi casa, Germán atinó a darme un beso, pero yo le retiré la cara.

—¿Qué pasa? —me dijo sorprendido.

—¿Cómo qué pasa? Pasa de todo, Germán ¡Rafael estaba completamente borracho! ¿Hacía falta que le pegaras? —estaba realmente enojada con él.

—¡Bueno! ¡Estaba re caliente! Encima que te defendí, me cuestionás.... —yo lo no podía creer.

—Él no me quiso agredir... estaba tan borracho que no podía ni con su cuerpo.

—¡Ahora lo defendés!

—¡Sí, lo estoy defendiendo! Encima lo dejamos ahí tirado. —el tono de la conversación se estaba volviendo más ferviente y yo me puse a llorar.

—¡Ah, bueno! Ya no sé que pensar de vos...

—¿Qué? No tenés nada qué pensar de mí...

—¿Ah, no? Me parece que ahí hubo algo...

—¿Perdón? ¿A qué viene eso? Ya te dije que no tuve nada con él... O no serás vos el que me fue infiel... porque el que se fue sin decir nada y ni siquiera me mandó un mensaje ni me llamó fuiste vos.

—¡Te dije que mi madre se accidentó y no tenía ni ánimos de llamar a nadie!

—¡No te creo! ¡Porque a tu madre no se le notaba nada y mi tía se hubiese enterado!

—Estás desconfiando de mí, porque sos vos la que está escondiendo algo, no yo.

—Sabés qué, ganas no me faltaban, porque tranquilamente hubiese estado con Rafael. Él estaba entregadísimo... encima no sabía nada de vos, me sentí abandonada y ni siquiera sabía si te iba a volver a ver, pero estaba tan estúpidamente enamorada de vos que ni siquiera tenía ganas de estar con otro. —le dije todo eso mirándolo a los ojos... me superaba la situación.

—¿Estabas? —no le aclaré nada, ni siquiera lo miraba. Me crucé de brazos.

—Sí... ahora no sé. —le dije con un tono más calmado.

—Entonces no hay nada más que hablar.

—No. —seguí con mi postura. Me bajé del auto y di un portazo. Enseguida, Germán salió del auto y me siguió. Yo, con mis nervios, trataba de abrir la puerta pero él me alcanzó.

—Perdoname... no quise desconfiar de vos. —me dijo más calmado. Yo lo miré fijamente.

—¿No quisiste...? Dejémoslo hasta acá la conversación. —le sugerí tajantemente.

—Quiero que me perdones.... No quise decir eso... yo confío en vos. —me dijo con su carita de arrepentido.

—Hablemos mañana... ahora quiero dormir. —le corté el rostro. Abrí

con llaves la puerta de mi casa y él, muy ágil, entró a mi casa.

—No quiero que la noche la terminemos así... quiero irme bien a mi casa. Quiero saber que entre nosotros está todo más que bien. —me dijo el típico discurso.

—Quiero, quiero, quiero... ¿Todo tiene que ser como vos querés? Bueno, ahora te voy a decir qué quiero yo.... Quiero que te vayas a tu casa, porque quiero estar sola ¿sí? —le dije tajantemente.

—¿No podemos hablar tranquilos? Dale, Ceci... hablemos. —trataba de convencerme... aunque me dio la impresión que no quería hablar solamente... quería otra cosa, pero yo no tenía ganas.

—No quiero hablar. Andate, Germán. —me quedó mirando y como si masticara bronca asintió con la cabeza.

—Está bien.... Chau. —dio media vuelta y apenas salió afuera, enseguida cerré la puerta. No quería saber más nada... habían cosas que no me estaban gustando de Germán... en cuanto nos peleamos me saca cada barbaridad que realmente no sé qué piensa de mí.

Estaba empezando a desmoronarse todo el ideal que había creado en Germán... ya no sabía si era tan maravilloso, encantador y el hombre perfecto. Estaba dispuesta a tomar distancia si era necesario hasta que se me aclararan ciertas ideas... También me sorprendió la reacción de Melina... cuando me dijo eso, esperando a que Andrea tirara el ramo, parecía que estaba escuchando a mi suegra....

## XXI

### *La mentira a la luz*

La semana se me pasó volando. Después del episodio en el casamiento no volví a hablar con Germán, ni siquiera me había llamado. Estuve trabajando con los nuevos proyectos y programando todas las citas para mi jefe. Me gustaba mi nuevo lugar... era hermosa la oficina; estaba muy iluminada, tenía un “Lacito de Amor” en mi escritorio y todas mis cosas, de las que tenía escondidas cuando trabajaba en mi box.

Julián estuvo de viaje, así que no sentí que estaba su presencia hostigándome.... Las cosas estaban tan tranquilas hasta que el chusmerío llegó a mi puerta. Entró Doris, muy tímidamente.

—¿Se puede? —me dijo con su vocecita chillona, pero esta vez la impostó más suavemente.

—Sí, Doris ¿Qué precisás? —le decía mientras firmaba ciertos papeles.

—Te cuento algo para que sepas, nomás... pero yo no quiero problemas.... No sé si me explico. —me dijo temerosa.

—¿Qué cosa me tengo que enterar y del cual no querés tener problemas? Doris, si es puterío, te pido que te retires porque no me interesa saber nada de eso. —fui al grano. No quería saber nada de lo que pasaba a mi exterior... estaba tan resguardada en mi oficina, que la paz que respiraba ahí no se comparaba cuando trabajaba con el resto.

—Es sobre Rafael... —me dijo con su cuerpo casi inmóvil.

—¿Qué pasó con él? —me dio curiosidad pero no se la quise demostrar a Doris... hice como que no me importara pero que pregunté igual.

—Dejó definitivamente a Irina... acaba de decírselo personalmente.... — de repente irrumpió Irina y atrás de ella estaba Rafael tratándola de agarrar del brazo. Estaba hecha una fiera, que Doris se movió tres metros hacia un

costado.

—Irina, por favor.... —alcanzó Rafael a decirle a Irina.

—¡No te alcanza con tener un novio que tenés que meterte con el mío, puta de mierda! —gritó desafortada que casi ni le salía la voz, con ese vocabulario inapropiado para el ámbito de trabajo.... El jefe no se la iba a dejar pasar. Yo enseguida me levanté de mi asiento como si hubiese tenido un resorte.

—¡¿De qué estás hablando?! ¡Dejá de hacer este escándalo, ridícula! Andate de mi oficina, que para entrar tenés que pedir permiso. —le dije con toda mi tranquilidad pero a la vez elevé la voz para pararla... no me iba a achicar con ésta. En eso entró mi jefe a mi oficina, desde la puerta que unían nuestras oficinas.

—¡¿Qué es este escándalo?! ¡Estoy teniendo una video-conferencia y se escucha este griterío! Debería darle vergüenza señorita Báez. —le dijo muy enojado a Irina.

—¡Vergüenza le debería dar usted por haber elegido a esta puta de reemplazo a Vera! —eso lo enervó a mi jefe.

—¡Cuide su vocabulario, Báez! ¿Cómo se atreve a decirme una cosa así, insolente? ¿Quién se creé que soy? A mi oficina, Báez. Tendremos una charla larga y tendida, ¡ahora mismo! —le dijo enfurecido. La otra no tuvo otro remedio que ir. Cuando se iba yendo para la puerta de la oficina del jefe, me miró con cara de odio.

—Doris, por favor, déjenos solos y cierre la puerta cuando se vaya. —le dije calmada. Quería hablar seriamente con Rafael. Doris, sin emitir una sola palabra, se fue y cerró la puerta como se lo había pedido.

—¿Qué pasó con Irina? —le pregunté calmada mientras me sentaba.

—Le dije que no la quería más. —me dijo todo aplacado.

—Sentate, por favor. —le ofrecí. Fue lentamente y se sentó frente mío.

—Después del casamiento de Andrea, la vi al otro día... a Irina, digo.... Fue a mi departamento y me dijo que me perdonaba por lo que yo había dicho en mi discurso delante de todos... que se iba a olvidar de eso, pero me rogó que no la abandonara. Yo le dije que lo iba a pensar... ese día me dolía mucho la cabeza, y lo usé un poco de excusa.... —me dijo muy afligido. Ya no aguantaba más.

—¿Y qué le dijiste ahora? Porque la furia que tenía Irina, no era por nada.

—Le dije que no podía estar más con ella... que yo estaba enamorado de

vos... y bueno... se me escapó que te besé y que sentí cosas muy fuertes por vos....

—¿Eso le dijiste? ¿Vos querés en serio que nos terminemos matando Irina y yo? Porque sabés muy bien lo que le provoca cuando le hablas de nosotros ¿Qué pretendés, Rafael? —me enojé con él. Siempre le hacía lo mismo a Irina.

—Se lo dije para que me dejara en paz, Ceci... ¡Ya no sé cómo sacármela de encima! Es mucha presión para mí... sentir que estoy saliendo con ella, y que después del antecedente que tengo con su familia, me están déle presionar con que me case con ella, que cuándo vamos a formalizar... me dicen que ya tienen una fecha especial para nosotros y... bueno, Irina se ilusiona, pero yo no la quiero más en mi vida; es una tipa absorbente, que no me deja vivir.... Estoy estresado. —me decía como si estuviera agotado... tenía hasta ojeras.

—Dejala de una vez, entonces Rafa. —le dije en seco.

—Ya se lo dije de mil maneras.

—¡Bueno, pero no me metas a mí...! ¡Yo no tengo nada que ver con esta cuestión! ¡Son tus problemas con ella! —me sacó de quicio. Estaba cansada de estos dos.

—¡¿Cuándo vas a entender lo que me pasa con vos, Cecilia de una buena vez?! —acercó más su cuerpo hacia el escritorio.

—¡Y cuándo vas a entender que cada vez que abrís esa bocota, terminás perjudicándome, Rafael por favor! Quiero trabajar en paz... ya me aislé de los boxes, ahora me traen en problema acá adentro.... Ya no aguanto más esta situación ¡Cuándo vas a entender que cuando te digo que yo no quiero saber nada con vos, es porque no quiero saber nada! ¡Voy a renunciar! —me paré de mi asiento y Rafael hizo lo mismo.

—¡No, por favor! ¡No te vayas Cecilia! El que se tiene que ir soy yo. —me dijo convencido. Yo me puse a llorar. Rafael, se me acercó y me abrazó... yo me dejé abrazar... se sentía muy bien, pero no quería decir que él sea el hombre que yo esperaba tener al lado mío.

—Por favor, quiero estar sola. —le dije mientras me apartaba de él y me secaba las lágrimas.

—¿Estás segura? —me dijo mientras me tomaba de mis brazos.

—Sí, volvé a tu trabajo. —le dije más calmada. Rafael se fue de mi

oficina, aplacado, con pasos lentos. Yo me senté y seguí mi trabajo, como pude. De repente entró el jefe.

—¿Jefe? ¿Qué pasó? —le dije ansiosa.

—Pedí la renuncia de la señorita Báez... ella me suplicó que no le pida eso... está muy arrepentida y está dispuesta a pedirte disculpas. —me dijo el jefe más calmo.

—Está bien. —le dije apenas. Llamó a Irina con un gesto y entró, con la máscara de pestaña toda chorreada debajo de sus ojos de tanto llorar.

—Disculpame, Cecilia... no va a volver a pasar. —me dijo con apenas un hilito de voz.

—Está bien, Irina... Tus disculpas son aceptadas. —le dije seriamente. Era una situación muy tensa... en realidad, Irina tenía más ganas de tirarse arriba mío y hacerme pelota que pedirme disculpas.

—Puede retirarse... vuelva a su trabajo. —Irina le hizo caso. Se fue de mi oficina con bronca... lo sabía por cómo caminaba con los tacos... para ella habrá sido indignante pedirme perdón.

—Gracias, jefe. —le dije con una leve sonrisa.

—¿Está bien? —me preguntó preocupado.

—Sí, gracias. —le dije apenada.

—Bueno, cualquier cosa, cuando suceda estas cosas sin que me entere, no dude en decírmelo. Ahora quisiera que se comunique con el señor Tavaglio para acordar otra video-conferencia. Dígale, que tuve una urgencia y que sepa disculparme. —me indicó el jefe.

—Sí, jefe... yo me comunico, no se preocupe. —le dije con más seguridad. Tenía que cambiar el ánimo.

—Y otra cosa... en dos sábados más se realizará en el hotel Hill la 58° fiesta de beneficencia. Quiero que esté porque vamos a representar a la empresa; puede ir acompañada de alguien, como guste. Es una noche de gala, así que espero que vaya con el mejor vestido que tenga... va a ver mucha gente importante ¿entendido?

—Sí jefe, con gusto voy a ir. —el jefe se retiró de mi oficina. Ya pensaba en ponerme ese vestido que me regaló esa persona misteriosa, que todavía no sabía quién había sido.

Fui la última de todos en salir del trabajo, pero no me imaginaba que alguien estaba esperando afuera.... Era Julián, parado afuera de su BM.

—¿Julián? ¿Qué hacés acá? —le dije sorprendida.

—Volví hace un par de horas de mi viaje... pero suficientes para preparar lo que tenía planeado con vos. —me dijo con su sonrisa seductora. Yo no entendía qué quiso decir con eso, pero como pasé un mal rato no dudé en decirle “sí” en lo que me propusiera.

—¿Ah, sí? ¿Y qué planeaste para mí? —le dije con una sonrisa... me quise hacer la desafiante.

—Te lo voy explicando en el coche ¿Me acompañarías? —me dijo invitándome a entrar al coche, abriendo la puerta. Yo accedí sin problema.

—Bueno. —le dije despreocupada. En realidad, quería saber qué tramaba este “dandi”. Subí al auto y marchamos, por ahí.

Tenía planeado pasear por toda la ciudad, hasta que no me aguanté y le pregunté.

—Decime ya qué estás tramando. —le dije entre risas mientras tomábamos champagne.

—Quería festejar con vos lo de tu ascenso y nueva oficina.... Te estuviste escapando...

—¡Ah! Era eso...

—Sí ¿Qué otra cosa iba a ser? —me dijo mientras tomaba de su copa.

—Yo no debería estar con vos acá, en la limusina... Estoy viviendo un duelo emocional. —le dije solemnemente.

—¿Terminaste con tu novio? —me dijo directamente.

—Sí... ¿Me podés llevar a mi casa? No me siento muy bien ¿Puede ser? —se lo pedí amablemente.

—Sí, no hay problema... Oscar, a la casa de la señorita Cecilia, por favor. —le dijo a su chofer despreocupado y con buena voluntad.

—¡Cómo no, señor Julián! —le respondió sin problema ante el pedido de su jefe.

—¿Seguís mal? —me preguntó preocupado.

—Un poco... igual, hoy en el trabajo la pasé mal...

—¿Qué te pasó? ¿Problemas con el jefe?

—No, el jefe es un santo... fue con una compañera...

—Esa tal Irina Báez. —yo lo quedé mirando, perpleja por cómo sabía de mi problema con Irina.

—Sí... ¿Y vos cómo sabés?

—Yo estudié a todos de la oficina... los conozco cómo trabajan, de qué



familia vienen, los antecedentes de cada uno, cómo se han comportado en el trabajo, su eficiencia... en fin, puedo seguir hablando de esto toda la noche. —no podía creer que alguien podía hacer eso... creo que por un lado era mejor. Luego de un rato, llegamos a mi casa.

—Gracias por todo, Julián... estuvo rico el champagne. —nos reímos a la vez.

—De nada, Ceci... Que descanses bien y sueñes conmigo, si podés. —yo solamente le sonreí y antes de abrir la puerta, Oscar el chofer, lo hizo por mí. Bajé del coche y me siguió Julián. Luego, por pedido de él, Oscar se subió al BM.

—Antes de que entres a tu casa, quiero invitarte el próximo fin de semana a una fiesta de beneficencia. Quisiera que me hagas el honor de acompañarme ¿Qué te parece? Así te distraés y conocés gente nueva ¿Te gusta la idea? —me dijo con su entusiasmo medido.

—Ya sé lo de la fiesta... el jefe me dijo que tenía que estar ahí porque íbamos a representar la empresa.... Supongo que era algo que también tenía que hacerlo Vera, cuando era secretaria de la empresa, ¿no?

—¡Claro! Entonces ¿qué decís? ¿Vamos juntos? —me dijo insistente. Era buena idea, ya que no tenía con quién ir...

— Bueno ¿A qué hora pasarías por mí? —le dije como si de verdad me interesaba.

—Paso a las ocho... así hacemos una previa antes de ir a la fiesta. —me dijo mientras respiraba profundamente, demostrando más su entusiasmo.

—Bueno... a las ocho entonces. —le dije con una sonrisa. Él me dio un beso en la mejilla y yo le sonreí. Él subió al auto cuando vio que ya entré a mi casa, y luego se fue. Apenas estaba adentro, agarré el teléfono para llamarlo a Germán, no quería cometer un error con Julián... luego de varios tonos me dio el contestador. No pude

suspirar de tranquilidad... Volví a intentarlo, pero nuevamente me dio el contestador. Abatida por la no respuesta del teléfono, decidí tomarme un buen baño caliente en la bañera... y me llevé conmigo el teléfono antes de irme para el baño, por las dudas si me llegaba a llamar Germán.

Después de estar metida un rato largo en la bañera, me quedé dormida... estaba muy cansada, hasta que de repente sonó le teléfono y me desperté de golpe. Lo agarré rápidamente con las manos mojadas y apreté el botón de “atender”.

—¿Hola? —lo dije desesperada.

—*¡Hola mi Chinita! Hace tiempo que no me llamás ni me venís a visitar... ¿En qué andás, pichona? ¿Te estoy interrumpiendo algo?* —era mi tía, tan amorosa como siempre... Cuando escuché su voz, me aflojé y bajé los hombros, decepcionándome que no era Germán, la llamada que realmente estaba esperando.

—¡Tía! Sí, perdoname que te tengo abandonada, pero desde que me ascendieron tengo más trabajo y llego cansadísima a casa. —me excusé.... Quise hacer como que no me pasaba nada.

—*Sí, ya me imaginé Chini... ¿Este finde podés venir a verme? Voy a preparar un almuerzo en casa el domingo ¿Qué te parece?* —me lo propuso entusiasmada.

—Sí, me encantaría... pero tengo otro compromiso, tía. —lo dije con cierto desgano.

—*¿Qué pasa, Chini? ¿Todo bien con tus cosas?* —me preguntó preocupada... pero no con ese tono de que se dio cuenta, sino de que ya sabía lo que me estaba pasando... algo se habría enterado. No me extrañaría que mi suegra, o ex suegra le haya ido con el cuento.

—Eh.... Bueno, la relación que tengo con algunas personas del trabajo no es muy buena...

—*¿Es eso nomás?* —me dijo con astucia.

—*¿Qué sabés vos?* —me di cuenta ya.

—*¿Y qué tengo que saber?* —se estaba haciendo la tonta... ya le conozco el tono.

—Con Germán nos distanciamos. —le dije así, sin anestesia.

—*¡Ay! ¡No me estaba mintiendo la bruja de tu suegra...! ¿Qué pasó Chini? ¡Contame, te lo pido por favor!* —me dijo angustiada.

—*¿Qué te dijo esa bruja?* —me quedé con lo primero que me dijo... eso me enfureció. Me levanté de la bañera y como pude, me puse la toalla y salí del baño. Me senté arriba de la cama y trataba de secarme el pelo con una toalla.

—*Bueno, pero prometeme que no te vas a enfurecer, Chini ¡Te lo pido por favor!* —me suplicó mi tía encarecidamente.

—Bueno... está bien.... Te escucho, tía. —le prometí.

—*Me contó que fueron a un casamiento y que tuvieron un problema con un muchacho que trabaja con vos... que él se te declaró y que Germancito te*

*defendió del tipo cuando te agredió y que encima lo defendiste a ese...*

—Sí, es verdad... pero lo defendí porque estaba muy borracho y fue innecesario que Germán lo haya golpeado. —me justifiqué.

—*¿Qué te pasa con ese tipo, Chini? ¿Te gusta?* —me preguntó cuidadosamente.

—No, tía... no me gusta. Fue por eso nomás que lo defendí ¿Qué más te dijo?

—*Bueno... Sabés como es Elisa... Ella sospecha que vos tenés algo con ese tipo... por lo que le dijiste a Germancito, como que ya no estabas enamorada y que cuando el estuvo en Japón vos podrías haber estado con él si hubieses querido... Bueno, algo así.* —no podía creer el puterío que se armó... ¡Todo mal!

—Mirá tía... Todo eso que te dijo Elisa, es verdad... ni una palabra más ni una menos... pero eso no quiere decir que me gusta ni que haya pasado algo con Rafael, ni que dejé de querer a Germán...

—*Bueno, mi chiquita... espero que todo se aclare porque te quiero ver bien... no importa con quién sea.* —me extrañó lo que me dijo... Siempre me decía que me veía bien con Germán y apostaba a nuestra relación. Hoy la escuché distinta.

—Gracias, tía... Bueno, te dejo así me voy a acostar que mañana me levanto temprano. A la noche nos estamos viendo ¿sí?

—*Sí, Chinita... El domingo venite tipo doce, así tomamos un tentempié. ¡Esta vez Celeste nos va a sorprender con un nuevo licor!* —Mi tía volvió al tono de entusiasmo.

—Voy a ver si puedo, tía... nos vemos. Besos. —y colgué. Me quedé inquieta con la situación ¿Sabría algo más, mi tía...? Ya lo iba a averiguar... aunque sea, que me lo contara Celeste. Cuando terminé de secarme y de vestirme, escuché el timbre.

—¿Quién será? —me pregunté a mi misma. Miré por el visor de la puerta y era Elisa... la madre de Germán. Con todos los nervios, me tomé un segundo y abrí la puerta.

—Elisa ¿Qué la trajo por acá? —le dije con la voz cortada.

—Vine a hablar con vos, seriamente. —me dijo con esa cara de soberbia como siempre.

—Pase. —le dije tímidamente. Cuando entró miró toda la casa, que me hizo sentir incómoda.

—Linda casa... pensé que era otra cosa. —expresó con decepción.

—Siéntese. —enseguida se sentó en el sillón— ¿Quiere tomar algo? ¿Un té, un café...?

—Whisky... por favor. —me dijo seca. Le serví dos dedos de un whisky añejo de mi mamá que lo tenía guardado en la alacena.... Yo me serví agua.

—Aquí tiene el whisky. —le dije mientras me miró y agarró el vaso con delicadeza.

—Gracias.... —bebió un sorbo— Está muy rico este whisky... es de los buenos. —yo le sonreí y me senté en uno de los sillones frente a ella.

—¿De qué me quería hablar, Elisa? —miró el vaso tomándose el tiempo para contestarme.

—Vine a hablar de mi hijo... él no sabe que estoy en tu casa. Como sabrás, hoy hablé con tu tía de la situación que vivieron vos y Germán en ese casamiento chabacano... de un hombre que fue nefasto con su mujer, y que aclaro, ella es muy amiga mía y yo viví todo lo que sufrió por ese tipo. Pero bueno, ese es otro capítulo aparte. —me quedé perpleja cuando dijo todo eso en un hilo.

—Sí... mi tía me contó lo que le dijo... Y por supuesto es todo verdad. —ella me quedó mirando y se sonrió.

—No era de esperar.... Quisiera saber qué pretendías con mi hijo, porque me imagino que no sabías que él estaba de novio ¿no? —no estaba entendiendo nada.

—No... él no me dijo nada. —mi voz se estaba quebrando.

—Roxy... era la novia de mi hijo... digo “era” porque la dejó por vos. Tampoco sabrías que ellos tenían planes de boda, pero... todo se arruinó cuando vio fotos tuyas entre las otras que iban a estar en su exposición.... Por supuesto que Roxy se volvió loca y le pidió explicación. Él le dijo que no eras nadie importante, que no estaban teniendo nada serio... dijo que eras una especie de modelo para su trabajo y tuvieron un affaire sin importancia. Pero como sabrás, Roxy no es ninguna tonta y no le creyó... que decidió terminar con él. Por eso mi hijo volvió a vos, diciéndote quien sabe qué mentira.... Yo no sabía nada, hasta que Roxy me lo contó todo...

—La verdad, no sabía nada de eso... Ahora dígame ¿A dónde quiere llegar con todo lo que me está contando? Creo que no tiene ningún sentido para mí en este momento. —le dije en forma altanera... estaba herida.

—Muy bien, si es así como lo querés... ¿Querés saber toda la verdad?

Bueno... Mi hijo te estaba usando, se hacía el enamorado con vos.... —esto ya parecía una novela.

—A ver ¿Y con qué fin quería hacerme creer todo eso? —no le estaba creyendo nada, estaba segura que era una estrategia de la bruja.... Lo que me extrañó que no había venido con su hija, la otra bruja.

—Germán tenía una cuenta pendiente con vos... quiso tener sus noches de locura con vos, probar qué se sentía...

—A ver, o yo no estoy entendiendo o usted se está olvidando de una parte... ¿Y todo eso cuándo pasó? Porque hasta yo sé a Roxy la vio después de la exposición...

—No, querida... a Roxy la vio cuando Germán fue a Japón para mi cumpleaños.... —dijo para su cumpleaños ¡¿Qué?!

—¿Cómo para su cumpleaños? ¿Usted no tuvo un accidente grave que Germán tuvo que viajar de urgencia para allá, y que por eso no pudo llamarme porque estaba preocupado por su salud? —Elisa me miró extrañada y empezó a reírse.

—Eso no pudo haber dicho mi hijo, vos estás mintiendo. —yo la miré seriamente, que no estaba mintiéndole.

—Es verdad... yo no le estoy mintiendo. —Elisa se quedó atónita... desencajada.

—¿Eso te dijo? ¡Ja! Linda forma de mentir que tiene...

—Dígame, entonces... ¿nunca se accidentó...? —le pregunté por demás... ya sabía la respuesta y que el hijo de puta me mintió asquerosamente... ¿Cómo me pudo hacer una cosa así?

—Nunca.... Él viajó para allá por mi cumpleaños y se encontró con ella, porque yo la invité. Mi hijo quiso reconciliarse con su novia.... Y para que te dieras cuenta, estuvieron encerrados en la habitación de un hotel por una semana... pero bueno, pasó todo lo que te conté. —yo no lo podía creer... Comencé a llorar...

—¿Cómo pudo hacerme una cosa así? —me dije a mi misma.

—Esta conversación era para aclarar ciertas cosas. Mi intención no era mentirte, ni herirte... solamente quería que supieras toda la verdad. —por supuesto que no era así... la vieja me odiaba y era una cínica.

—Quiero que me reconozca algo.... Usted me odia ¿cierto? porque aparecí en la vida de su hijo. —Elisa me miró con su mejor cara de cínica.

—Sí... te odié más cuando me enteré que estabas en la vida de mi hijo y

que lastimaste a mi nuera... más aún que la dejara por un polvo. —seguía metiendo el dedo en la llaga.

—Fui más que eso, señora.... Usted no tiene derecho de tratarme como poca cosa, porque no le salieron las cosas como quería, o porque no era la nuera que quería tener.... Le duele que su hijo me haya elegido a mí.

—Yo diría que te eligió por descarte. —seguía siendo cínica conmigo que me exasperó. Me sequé las lágrimas.

—Ya que me dijo todo lo que me tenía que decir, puede retirarse. —me paré rápidamente para que ella lo hiciera también. Me quedó mirando y se paró, con toda la soberbia.

—Que gran diferencia tenés con Roxy.... Mi hijo se perdió en tus encantos, le diste lo que él quería. Ahora sabe diferenciar con cual de las dos se tiene que quedar, y te aseguro que no sos vos la elegida.... Tus vecinos me contaron que sos tan rápida que están horrorizados de la cantidad de hombres que pasaron por tu casa.... —me dijo con cinismo.

—Lo que haga con mi vida, es problema mío... y los que menos me pueden juzgar son mis vecinos, que no son ningunos santos, incluida usted. Usted no es bienvenida en mi casa, así que váyase. —la cara se le transformó.

—No sabés nada de mí. Además, no me importa ser bienvenida en tu bulín de lujo...

—Dígale como quiera, pero la que está limpia puede dormir tranquilamente y esa no es usted.... Váyase de mi casa, sinvergüenza. —no se esperaba que le dijera así. Fui a abrirle la puerta y no dudo en salir. Se fue disparando. Cerré de un portazo y me quedé apoyada en la puerta por un rato y bajé hasta sentarme en el suelo.... En ese entonces, me puse a llorar por todas las mentiras que me dijo Germán... era un total desconocido para mí. Me engañó, creí que era otro tipo de hombre.... Criticaba tanto a Rafael que terminó siendo un bebé de pecho al lado de Germán.

Me levanté del suelo y volví a llamar a Germán... otra vez me dio el contestador, que colgué con bronca. Fue entonces que me fui a acostar más temprano que de costumbre; estaba destruida por todas las cosas que estuvieron pasando a mi alrededor y nunca me había dado cuenta.

## XXII

### *Amigos con beneficios*

Estaba en mi oficina tomando un cortado. Había mucho trabajo por hacer ya que al día siguiente tenía la fiesta de beneficencia y no iba poder adelantar nada en casa. De repente golpearon la puerta de mi oficina, pero la que da a los boxes.

—Pase. —dije mientras miraba la pantalla de la computadora. Entró Melina con unas carpetas en la mano.

—Disculpame, Ceci ¿Estás muy ocupada? —me preguntó tímidamente.

—Un poco... pero decime qué precisás. —le dije mientras seguía escribiendo. Melina se acercó más y se sentó. Rápidamente, levanté la vista y la quedé mirando.

—Me enteré lo que hizo tu suegra. —suspiró. Yo no sabía qué decirle. Tragué un poco de saliva y se me ocurrió solamente decirle...

—¿Sí...? ¿Y qué opinás...? —le pregunté temerosa con un poco de nervios. Melina hizo una pausa para respirar profundamente.

—Es que Elisa... a veces interpreta las cosas mal. Germán nunca te eligió por descarte... —me dijo con la mirada huidiza, gesticulando con las manos. Yo la miré sorprendida con lo que me dijo.

—¿Te contó todo lo que me dijo? —le pregunté con exclamación.

—En realidad, me lo contó Vale. —me lo dijo mientras le sacaba el capuchón de la lapicera y luego lo cerraba. Entonces, pensé en interrogarla más a ver qué cosas más me enteraba. Tomé aire y la miré fijamente.

—Quiero que me digas la verdad, Meli... todo lo que dijo Valeria... lo de Roxy me refiero...

—¿Cómo qué parte? —me dijo con la voz entrecortada de los nervios.

—Si es verdad que Germán se encerró en un hotel de Japón toda una

semana con Roxy. —le pregunté con toda la solemnidad que tengo. Melina se quedó callada y yo elevé una de mis cejas, esperando su respuesta.

—Sí... eso me dijo ¡Pero fue... como una especie de despedida! —soltó rápidamente del “sí”. Yo tomé aire con amargura, como diciendo “era verdad”.... En eso, Doris se asomó a la puerta.

—Permiso, Cecilia.... ¡Ah! Perdón, pensé que estabas sola. —me dijo avergonzada. Melina se dio vuelta y para mirarla y luego me miró a mí, agrandando sus ojos para que la eche a Doris. Yo no sabía si hacerle caso.

—En un rato te llamo, Doris. Estoy resolviendo algunas cosas con Melina... ¿sí? —le dije amablemente. Doris asintió con la cabeza y se fue.

—Lo único que quiero, Ceci, es que seas feliz.... Alguien que te quiera de verdad... —me dijo con la voz baja. Yo no sabía si creerle.

—Mirá, Meli... yo ya no quiero estar con alguien... prefiero estar sola. —ella se quedó atónita. No sabía qué decirme.

—Tal vez, haya alguien mejor....

—No sé... ¡Germán se libró de mí ahora! ¿No pensás que él no va a perder el tiempo en buscarla? Por una parte, tu Elisa tenía razón y no sabés cómo me duele darle la razón. —lo dije con todo el dolor del mundo... en mi voz se reflejaba la angustia.

—No digás eso... lo pensás porque no se te acercó.... Yo creo que vas a encontrar a otro hombre que te ama de verdad, no te des por vencida. —me consoló tomándome de la mano.

—Gracias, Meli... el tiempo lo dirá.... Ahora si me disculpás, tengo que seguir trabajando —le dije haciéndome la superada. Melina asintió con la cabeza y dejó de tomarme la mano. Se levantó del asiento, mientras que yo miraba nuevamente a la pantalla y hasta que no se fue, no levanté la mirada. Tapé mis ojos con la mano con desconsuelo apunto de llorar y de repente sentí que tocaron la puerta, que me hizo levantar la cabeza de un sopetón.

—¿Sí? Pase. —dije agitada. Era Doris... ¡me había olvidado! Se ve que vio irse Melina de mi oficina.

—¿Se puede? —me preguntó tímidamente.

—¡Doris! ¿Qué pasó ahora?

—Vine a decirte algo de Melina... —apretó sus labios. Intuí que su rostro algo me dijo, y no muy bueno.

—Sentate ahora mismo. —le dije seca. Ella se sentó rápidamente, para chusmearme lo que sabía, y yo tiré mi cuerpo hacia delante para escucharla.



—Melina no es de confiar... parece que anda en algo raro con Irina... — yo me sorprendí ante la noticia y me pregunté a mí misma “¿desde cuándo? ¿en qué momento?”

—Y... ¿y vos cómo sabés eso? —no salía de mi asombro.

—La escuché a ella contándole a las demás que en el casamiento de Andrea empezó a hablar con un tipo que lo tenía de hace rato marcado... que él la miró con ojos libidinosos y la invitó a verse en otro lado, pero que ella no se lo aceptó para que quedara enganchado y muchas cosas más. —me dijo con la voz agitada queriendo contarlo todo en un hilo.

—¿Y cuáles son “las otras cosas más”? —le dije con sed de saber más.

—Que ella sabía que él estaba de novio y que iba a tratar de que deje a su novia... pero parece que ahora tiene la vía libre y ya tuvieron su primer encuentro en el departamento de él. —me dijo gritando en voz baja... yo no podía creerlo.

—¡Es una turra! —le dije indignada.— Decime ¿quién es el tipo?

—Me parece que es Rafael, porque ella dijo que estaba enganchado con vos, pero que tenía que sacarse de encima a la novia o exnovia. Y cuando apareció Irina se quedó callada. Es una mala compañera, porque yo una vez... la escuché decir que vos no te merecías el puesto de secretaria. —las cosas de que me estaba enterando ¿Y de quién? De la mano de Doris... ¿quién iba a pensar?

—Doris... ¿por qué me contás todo esto? —ella se acomodó los lentes y se irguió.

—Porque de todas, sos la más genuina y la más decente... además yo sí creo que te merecés el puesto en el que estás. —me dijo sinceramente.

—Bueno... gracias Doris. —apenas le sonreí.

—Tengo otra noticia.... Irina se va a operar las tetas para conquistar a Rafael. —volvió a acercar su torso hacia mí ¡Rafael estaba hecho un rompecorazones! Yo empecé a reírme a carcajadas y Doris se reía con una risita aguda, encogiendo los hombros. Claro, como Irina tenía tan poquito, que agrandándoselas con silicona iba a tener éxito en la conquista.... Seguramente, Rafael al principio las disfrutaría, pero después se daría cuenta que la dueña del nuevo juguete era Irina, y no sé si eso lo soportaría por mucho tiempo.

Llegué a casa después del trabajo y antes, había pasado a una panadería a comprar una porción de selva negra. Me fijé en el contestador si había algún

mensaje, pero la máquina dijo que no había ningún. Decepcionada, fui a la cocina a hacerme un té de hierbas para comerme ese manjar; que ya era apetecible con sólo mirarlo; mientras me sacaba los tacones y el reloj. Me desaté el pelo, y luego saqué una taza de té estilo francés para preparar el té. Corté un pedacito de la porción para probarla... y luego saqué un pedacito más y más, y más hasta que terminé de comerla con gula... me sentí llena que me cayó como una bomba... después de haber reflexionado de cómo comí esa porción gigante de torta, me puse a llorar desconsoladamente, que con la angustia y el atracón que me di que me dieron ganas de vomitar y salí corriendo al baño. Luego, decidí probar el whisky que le ofrecí a la bruja de Elisa... puse en un vaso dos dedos y lo tomé en seco, que después de eso puse una cara de asco por lo fuerte que era. Como no estaba acostumbrada, enseguida me sentí mareada y dejé el whisky en la alacena. La pava comenzó a chiflar, y la apagué sin haber preparado el té. Dentro de un rato, tomé el teléfono y llamé de vuelta a Germán... luego de tres tonos me atendieron.

—*¿Hola?* —dijo una voz femenina del otro lado. Yo me quedé helada... no me salió una palabra y corté rápidamente. Llamé de vuelta si era una alucinación o los efectos del whisky me estaban haciendo delirar.

—*¿Hola...? ¿Hola?* —de nuevo esa voz... y en un momento, el fondo se escuchó a Germán.

—*¿Quién es mi amor?* —le preguntó muy cariñoso a esa mujer.

—*No se escucha a nadie.* —ahí le reconocí la voz... ¡era Melina! Ahí me cerró todo lo que me dijo Doris, ese día... no estaba hablando de Rafael, sino de Germán y a la que tenía que sacarse de encima no era Irina, sino a Roxy.

—*¿Melina?* —le dije directa.

—*Sí ¿quién habla...?* —sentí que Melina se dio cuenta que era yo la que estaba hablando. De repente se escuchó de vuelta a Germán.

—*A ver dame.* —le dijo a Melina. Enseguida corté. A los segundos, sonó mi teléfono y el detector de llamadas indicaba que era el número de Germán. Me hice la tonta y atendí.

—*¿Hola?* —hubo un silencio del otro lado.

—*Cecilia...*

—Así que estás saliendo con Melina ¿eh? Con la amiguita de tu hermana...

—*Por favor, Cecilia... no llames más.* —me lo dijo de una manera fría ¿Cómo me iba a decir una cosa así? ¿Qué se creía, que era una desconocida?

La bronca le ganó al amor y me salió decirle...

—¿Por qué no te vas a la mierda? ¡Vos y la otra puta! —le dije gritando y le corté con bronca y nuevamente, comencé a llorar desconsoladamente. Qué mala persona resultó ser Melina... se quiso hacer mi amiga y terminó sacándome a mi hombre. Ya no confiaba en nadie más ¿Desde cuándo estaría planeando todo esto? El otro no se quedaba atrás. Me fui a mi cama, sin poder cortar el llanto hasta que me dormí.

Pasé una mala semana, agonizando mi duelo... y a todo esto, Melina renunció al trabajo... eso me enteré por mi jefe. No la volví a ver ¡Por suerte para ella! Porque la iba a hacer pelota si me la cruzaba. Estaba más enfocada en la fiesta que iba a tener ese fin de semana y por ahí, quién me decía que Julián era mejor para mí.

Al día siguiente, me desperté a las doce del mediodía. Me levanté para ir al baño y noté en mi espejo que las bolsas que tenía de haber llorado tanto, se habían ido... no merecía derramar ni una sola lágrima por el imbécil de Germán, entonces decidí prepararme para esa noche. Esa tarde, me fui al Shopping a comprar dos conjuntos de ropa interior, de los más caros aunque después no tendría para comer en la semana. Llegué a casa y decidí salir a correr al parque que estaba cerca.

Se hicieron las seis de la tarde y regresé a casa... lo primero que hice fue agarrar la botella de dos litros de agua, que la tomé entera en segundos. Me fui a bañarme y ya me sentía con otra energía... estaba más entusiasmada, me sentía más fuerte y segura. Me miré al espejo y noté que los kilos que tenía demás habían desaparecido. Me puse la ropa interior que me había comprado: era de raso y encaje... por supuesto que no me puse el sostén, porque la espalda del vestido era descubierta. Saqué la caja donde estaba el vestido con los zapatos y me fui vistiendo. Luego comencé a maquillarme y vi a través del espejo, el reloj analógico de mi mesa de luz que marcaban las siete: ya faltaba una hora a que Julián me pase a buscar Me peiné cuidadosamente mis ondas y puse todo mi cabello hacia un lado.

La hora pasó volando y sentí que tocaron el timbre... con todos los nervios fui a abrir. Cuando abrí ahí estaba, Julián de esmoquin. Él estaba mirando hacia otro lado con su rostro calmo y cuando vio que abrí la puerta, me miró y su cara de cambió repentinamente al verme... quedó atónito que se le cayó la mandíbula. No es por nada, ni porque no tenga abuelita, pero lo dejé sin aire y sin palabras.

—Estás... estás... increíble. —me dijo con dificultad.

—Gracias.... ¿No estaré muy...? —le dije insegura.

—¡No! ¡Estás... hermosa! Ese vestido.... ¡Te queda espectacular! —sonrió.

—Bueno... gracias. Vos también estás increíble. —le dije con timidez. Estaba un poco ruborizada ante la mirada de él.

—No sé si voy a poder aguantar tanto.... Estás estupenda, Ceci. —me dijo como si me iba a comer con los ojos.

—Bueno... ¿vamos? Me dijiste que me ibas a buscar a esta hora porque quería hacer una previa. —ya lo estaba mandoneando.

—Sí... ¡Vamos! —yo lo tomé del brazo y nos fuimos.

Me fue a buscar en limusina ¡Eso ya no se estaba usando! Era raro ver una. Anduvimos paseando en la limusina, tomando champagne.

—No tomo más porque no voy a llegar sobria al evento. —le dije entre risas.

—Yo digo lo mismo.... Cecilia, hermosa... quiero proponerte algo. —expresó como todo un seductor.

—¿Qué cosa? —le pregunté desconfiada.

—Hace mucho tiempo, he estado pensando lo que te voy a decir... lo que pasa es que no hubo oportunidad para decírtelo... pero creo que ya es momento... —me dijo con intriga.

—¡¿Qué?! —me reí.

—Ya que no estás más con alguien... creo que estoy seguro que no me lo vas a negar.... —me dijo sonriente.

—¿Y cómo estás tan seguro de eso? ¿Mirá si te digo que no? —me reí.

—Fuera de broma... quiero empezar algo con vos ¡Conocernos más! Empezar una relación, de a poco y ver qué resulta. —yo lo miré desconfiada y me reí luego.

—¿Algo a medias? —le dije irónicamente.

—¡No! Por supuesto que no... quiero que empecemos algo de verdad... comprometernos en saber más del otro... ser una especie de... amigovios... amigos con derecho a roce. —yo comencé a reírme a carcajadas.

—¿Amigovios? ¡Eso es viejo! Además tengo razón, ¡me estás proponiendo una relación a medias! —le dije graciosa.

—Bueno... por así llamarlo ¿Vos cómo lo dirías? —me dijo desafiante.

—¿Amigos con beneficios? —nos reímos los dos.

—Eso también es viejo. —me dijo entre risas.

—Bueno... entonces queremos algo que no tenga título ¿No es cierto? —le dije con picardía.

—Algo así. —me sonrió y me acarició la mejilla.

—Trato hecho, entonces. —le dije mirándolo seductoramente y tomé un poco de champagne.

—¡Ya llegamos a la fiesta, señor! —dijo Héctor, el chofer ¡Había vuelto de vacaciones! Por eso el jueves nos llevaba Oscar.

—Gracias, Héctor. —le dijo amablemente— Bueno... vamos a tener que dejar la charla para después de la fiesta... —me dijo con una sonrisa. Yo le respondí de la misma forma.

Salimos de la limusina y nos dirigimos hacia la entrada del evento. Como lo conocían a Julián, no hizo falta que le preguntaran si su nombre estaba en la lista... a mí no me preguntaron porque habrán creído que yo venía con él y no como parte del evento. En el salón había mucha gente y todos se dieron vuelta a mirarme ¡Claro! Estaba súper llamativa que todo el mundo se preguntaba quién era esa mujer de rojo... era la envidia de todas las mujeres y los hombres estaban maravillados con el escote de mi espalda. Cuando mi jefe se dio vuelta a mirarnos quedó perplejo al verme, que lo peor de todo, su esposa; que estaba el lado de él; se dio cuenta de su actitud.

—Señorita Valentino.... —dijo en voz baja. No movía ni un músculo— ¡Julián! —exclamó para que no se dieran cuenta que sólo me miró a mí.

—Cómo están... Pero que bella estás Betina. —la halagó a la mujer del jefe. Ella era una mujer esbelta, tenía el pelo castaño oscuro y un bronceado envidiable. Sus facciones eran angulosas y sus ojos rasgados de color café, tenían un brillo en su mirar. Era una mujer realmente hermosa y una piel que se notaba su sedosidad a pesar de tener cuarenta y ocho años. Se la notaba una mujer distinguida con sus joyas de esmeralda y un vestido negro de con mangas.

—Gracias, Julián... como siempre tan caballero. —le dijo amablemente por el cumplido.— ¿Y quién es la señorita quien lo acompaña? —me miró con dulzura.

—Yo soy Cecilia Valentino, mucho gusto. —le extendí la mano para saludarla a la que ella respondió de buena manera.

—Ella es la secretaria de su marido. —le dijo Julián con toda naturalidad. Ella lo miró al jefe perpleja.

—Mucho gusto, señorita Valentino. —me respondió un poco desencajada.

—Con Cecilia nos estamos conociendo... aunque sé cuáles son las reglas de la empresa, yo le pido a usted Martín, si puedo salir con la señorita Valentino. —yo me sonrojé. Me pareció que al jefe no le gustó nada.

—Si va a ser una relación oficial... por supuesto que tiene todo el permiso, Julián... puede salir con una de los miembros de la empresa. —yo me sonrojé... parecía que Julián le estaba pidiendo permiso a mi papá... La señora del jefe me sonrió y me guiñó el ojo... yo me aflojé y le sonreí también.

Durante la noche, hicimos sociales con todas las personas que estaban en el lugar. Había champagne y caviar por doquier. Yo siempre estuve acompañada por Julián, nunca me despegué de él... había miradas y sonrisas cómplices entre nosotros. Los ojos de él brillaban cuando me miraba... supongo que los míos también, porque estaba sintiendo algo fuerte por Julián... ¡Ay! ¡No quería enamorarme de vuelta, porque sabía que sufriría! Él no me prometió nada extraordinario... solamente ser “amigovios” En un momento, estábamos hablando con Isaac Nemerovsky, el dueño de una empresa textil y sus socios. El señor tenía unos sesenta y cinco años, grandote, barbudo con muchas canas. De repente, siento que alguien se nos acerca.

—No lo puedo creer... creí que nunca diría que este mundo es un pañuelo. —dijo una voz femenina que ya me imaginé de quién era. Me di vuelta y era Elisa “la bruja” Kähler. Sentí que mi corazón iba a salir por la boca. Tenía un vestido de dos piezas: arriba era como si fuese una camisa blanca, con mangas largas y volados en sus extremos al igual que el cuello, y encima de esa camisa, era como una especie de vestido strapless, color negro de seda.

—¡Elisa Kähler! Qué bueno verla. —le dijo Julián con júbilo. Ella le dio dos besos, uno en cada mejilla, falsamente como siempre. Yo me quedé quieta, sin poder mover un músculo. Todos los comensales con los que estaba hablando la saludaron a Elisa, ignorándome a mí.

—Cómo estás, querido. Veo que está con esta acompañante de lujo. —me miró de arriba abajo. Yo sé que lo dijo con doble intención... me quiso decir prostituta.

—¿Qué la trae por acá? —le dije con furia en mis ojos.

—Eso quisiera saber de vos.... Yo estoy acá, porque soy la presidenta de la fundación ¿Acaso no lo sabías? —me dijo con una sonrisa la muy cínica... yo no lo podía creer.

—Ella es Cecilia Valentino, la secretaria ejecutiva de la HardCom., donde ahora soy socio accionista —me presentó Julián... las dos nos quedamos haciendo pulseada de miradas, pero de las terribles ¡Nos estábamos sacando chispas!

—Ese vestido es muy caro para que lo comprara una simple secretaria. Ni siquiera esa pulsera de diamantes. —seguía con sus ironías.

—Son regalos, señora. —le desafié a ver si se atrevía a decirme algo fuera de lugar delante de todos, pero por su puesto no se iba a exponer.

—¿Ah, sí? ¿Regalos? Qué afortunada que es, señorita Valentino. —me dijo con una sonrisa y por supuesto con todo el cinismo que se puedan imaginar. Todos sonrieron a la vez.

—Ella es una mujer estupenda, Elisa... y muy inteligente por cierto. —acotó el dueño de la textil.

—Ya veo, querido Isaac.... Julián, querido ¿Cuándo vas a venir a casa? Para que sepan, él fue al colegio con mi hija Valeria y creo que mi ex yerno ¿No, Julián? —lo dijo entre risas ¡La bruja quería hacerme sentir mal!

—Bueno, señora Elisa... hace mucho que no la veo. Con Valeria somos buenos amigos... —le respondió amablemente con una sonrisa.

—Por supuesto.... Bueno, que tengan una buena velada y bienvenidos... espero que lo disfruten. Con permiso. —dijo con su amabilidad políticamente correcta y se retiró de donde estábamos. Yo lo miré a Julián y le sonreí... él hizo lo mismo.

Durante la noche, Julián me invitó a bailar y yo accedí. Nos pusimos a bailar muy juntos, ya que la música provenía de una banda instrumental, estilo Smooth Jazz. Sentía su mano hirviendo en mi espalda desnuda, mientras me comía con la mirada. Yo empecé a sentir cosas con él.

—¿Cómo la estás pasando? —me preguntó en el oído, de una forma muy seductora.

—Bien... ¿y vos? —le respondí de la misma forma, pero mirándolo a los ojos.

—Yo también... No veo la hora de que termine la fiesta. —me dijo con cierto falta de aire.

—¿Y por qué no nos podemos ir ahora? —le dije con picardía. Él me

miró sorprendido con una sonrisa.

—Porque falta media hora y es de mala educación irse antes... pero ganas no me faltan.

—Bueno... sé esperar. —le sonreí.

—Yo también... pero no puedo esperar más para hacer esto que hace mucho tenía ganas. —me dijo embelezado. Lentamente, Julián se fue acercando su boca más hacia mí... yo me quedé esperando que lo hiciera hasta que finalmente, me dio un beso... cuidado, por cierto, ya que estábamos en público. Sentí mariposas en mi estómago y mi corazón latía fuerte... me faltaba la respiración. Él parecía una fiera que quería salir, pero que la estaba reteniendo. Dejó de besarme y vi en sus ojos, el brillo que había visto alguna vez en Germán... pero quería olvidarme de él y empezar algo nuevo con Julián.

Terminó la fiesta y todo fue un éxito... hubieron recaudaciones por demás para el Hospital de Niños y otras entidades de carácter no gubernamentales. Julián me tomó de la mano y nos fuimos corriendo a la limusina. Héctor nos estaba esperando y nos abrió la puerta. Entramos y lo primero que hizo Julián fue cerrar la ventanita que unía al chofer con los asientos de atrás, donde estábamos nosotros. Por supuesto que Héctor sabía que queríamos ir derecho a la casa de Julián. No esperamos un segundo más, que comenzamos a besarnos mientras la limusina iba en marcha. Cada vez lo hacíamos más apasionadamente que su mano se perdió en mi entrepierna. Yo lo detuve.

—Esperemos un poco hasta llegar a tu casa... estamos yendo muy rápido. —le dije respirando agitadamente.

—Está bien. —me dijo de la misma forma, y continuamos besándonos. Finalmente llegamos a su casa. Nos acomodamos bien la ropa y salimos de la limusina. Cuando vi la... ¡mansión de Julián! Me quedé atónita... ¡Era increíble! Era una mansión, estilo neoclásico. Era de color blanca con tejados rojizos y unas molduras de ensueño. Tenía un hermoso jardín con el césped bien cortado al ras y algunos canteros con peonías blancas y rosas.

—¿Te gusta mi casa? —me dijo con una sonrisa.

—Es... espectacular. —le dije mirando la mansión embelezada. Entramos al lugar y estaba decorada con un gusto exquisito. El color que predominaba era el blanco y tenía unas obras de arte, ya sea colgadas en la pared o como esculturas en pies de bronce. La escalera, era de mármol estilo francés y



Julián, tomó mi mano y subimos hacia las habitaciones. Habían como cuatro habitaciones... bueno, lo que pude contar, pero supongo que habían más.

Nos fuimos dentro de una y era tan grande como mi living, comedor y cocina juntos. Era una habitación de reyes. Julián se me acercó más y comenzó a besarme la espalda y abrazarme... sus manos tocaban mi parte frontal y fue desnudándome por completo.

La habitación estaba a media luz, y yo comencé a desnudarlo a él también... un poco me ayudó. Me alzó de frente y me llevó hasta la cama gigante que tenía unas telas de seda colgadas desde el techo, haciendo una especie de techo y sus almohadas, no sé de qué estaban hechas, pero sentí que eran lo más suave que había conocido. Me acostó allí y comenzó a besarme... desde mis labios hasta todo mi cuerpo. Cada vez lo sentía más, era otro Julián al que había conocido... era más apasionado. Esta vez, él estaba arriba mío y su pecho estaba más erguido que podía ver cómo se movía en mí... eso me encantaba que me agarraba de las almohadas con fuerzas. Luego, tomé más debajo de la parte inferior de su espalda, y eso pareció que le gustó más. Finalmente, se acostó sobre mí, moviéndose sin cesar de una manera que... hacía que más electricidad sintiera, cada vez más que no parecía que no íbamos a terminar, hasta que... terminamos juntos... hizo dos o tres movimientos más, más suaves y luego se separó de mí... luego, optó por acostarse al lado mío y yo me di vuelta, sosteniéndome con los codos, para contemplarlo. Estábamos agitados y nos sonreímos. Él levantó un poco su cabeza y yo me acerqué y nos besamos. Luego, se puso de costado y empezó a acariciarme la espalda.

—Me gustás más así... sin nada puesto. —me dijo mientras me contemplaba.

—¿Qué esperás de esta relación? —le pregunté seriamente. Él me miró frunciendo el entrecejo y sonriéndome.

—¿A qué viene esa pregunta? Creo que ya te dije qué era lo que buscaba.... Tomémonos un tiempo para conocernos más ¿Vos esperabas algo más?

—¡No, no! Creo que fuiste claro... para mí, está bien así —le dije esbozando una sonrisa.

—Tengo hambre ¿Vos no?

—No, todavía no tengo hambre. —le dije dulcemente mientras acariciaba su rostro.

—¿Te quedás a dormir? —me dijo haciéndose el cansado.

—No... creo que me voy a mi casa. —le dije segura. Él me parece que no le gustó la idea.

—¿Segura? ¿No querés quedarte... por hoy? Yo te invito a que te quedes a dormir conmigo. Mañana te quedás a desayunar. —me dijo insistente.

—No, Julián... me tengo que ir a casa... otro día.— me excusé. Le di un beso y él se levantó de la cama; se puso una bata de toalla que había tirada por ahí.

—Gracias, Julián.... —él me miró y me sonrió.

—Está bien... otro día te quedás a desayunar.

—Está bien. Otro día. —le dije con una sonrisa.

—Te acompaño a la puerta.... Le digo a Héctor que te alcance a tu casa. —me acompañó hasta la puerta y me dio un beso apasionado y me fui hacia la limusina, donde Héctor me estaba esperando. Llegamos a mi casa y el chofer, me abrió la puerta caballerosamente. Salí, de ahí y le agradecí. Entré a mi casa y ahí recién se fue la limusina.

Cerré con llaves, y me fijé si tenía mensaje en el contestador, pero no... vacío. Ya me sentía perdida... no quería que me pasaran cosas con Julián, porque no era una relación profunda... era solamente atracción física. No sabía en qué iba a terminar. Decidí bañarme... quería sacarme toda esa carga. Luego, me fui a acostar y sonó el teléfono.

—¿Hola? —me extrañó que alguien me llamara a las dos de la mañana.

—Quería saber si la habías pasado bien. —era Julián.

—Sí, Juli... la pasé muy bien.... Gracias por todo. —le dije dulcemente.

—Que duermas bien y sueñes conmigo. —finalizó.

—Vos también. Chau. —y le corté.

## XXIII

### *El comienzo*

Tomé un taxi para irme a mi casa, después del trabajo. Cuando iba en la mitad del camino, había una manifestación que hizo que el taxista se desviara antes de llegar a mi casa. Justo pasó donde vivía Germán y cuando vi eso le dije que parara y después íbamos a continuar con el primer destino. Cuando el chofer estacionó en frente del departamento justo lo veo a Germán con Melina por entrar al edificio... estaban muy cariñosos hasta se dieron un beso apasionado. No podía creer que se hombre estuvo conmigo y ahora está con otra, la cual desconocía que era parte de su vida y que se hizo pasar por mi amiga. Estuve a punto de bajarme del taxi, pero enseguida me di cuenta que no valía la pena. Solamente quería verlo y desengañarme.

—Ahora sí, a la otra dirección, por favor. —le dije al taxista. En ese tramo lloré un poco, pero nada que se notara.

Al día siguiente, ya viernes, estuve muy ocupada trabajando en mi oficina. Había mucho trabajo atrasado con el que tuve que ponerme al día durante toda la semana, pero no había alcanzado. Doris me había comentado que Julián se fue esa mañana de viaje por negocios. De repente, tocaron la puerta de mi oficina.

—¿Sí? pase. —entraron tres cadetes con seis canastas enormes de camelias dobles rojas.

—¿Dónde las dejamos, señorita? —dijo uno de ellos. Yo me quedé mirándolos sin entender.

—Ahí está bien. —les dije señalándoles en un lugar de la oficina que está vacío. Las apoyaron en el suelo y se las iban pasando y acomodándolas en mi oficina. Luego, se fueron... se veían hermosas y su perfume era increíble. Me agaché para agarrar la tarjeta y era del “Amante Invisible”.

*Para mi querida Cecilia...*

*Ya es hora de que nos veamos... hoy es el día.*

*Tuyo.*

¡Qué detalle! Me reía sola... ¿Hoy lo iba a ver? Ya estaba ansiosa de saber quién era. De repente, el jefe entró a mi oficina y vio todos esos ramos.

—¡Hola, jefe! —le dije sonriente. Él me quedó mirando con un cierto brillo en los ojos.

—Perdón ¿interrumpo? —me dijo educadamente.

—¡No, para nada jefe! ¿Qué necesita?

—No... bueno, quiero me pases uno de los primeros archivos que te pedí, ya impresos y firmados... Nada era eso.

—Sí, no hay problema. —le dije con una sonrisa. Él me quedó mirando

—¿Pasa algo? —le pregunté preocupada.

—Reconozco esas flores. —me dijo el jefe antes de irse a su oficina.

—¿Sí? —le dije sonriente.

—Sí...

—¿Sí...? ¿Y de quiénes son? —estaba intrigada.

—Yo... soy el que te las mandó. —me dijo tímidamente. No supe qué decirle... me quedé anonadada ¿Había entendido mal? ¿El jefe era mi “Amante Invisible”?

—¿Cómo? —me descolocó la noticia.

—Yo soy el dueño de los regalos.... —estaba muy nervioso.

—No... no estoy entendiendo nada.... ¿Las camelias... el vestido, la pulsera...? —le decía aturdida. Él se me acercó y yo me aparté— ¡No me toque! —le dije nerviosa.

—Cecilia... yo estoy muy enamorado de vos.... Sos una mujer increíble... estoy....

—¡No siga...! ¿Y... y su mujer?

—¿Qué tiene que ver Betina?

—¡Tiene que ver...! Yo los vi bien en la fiesta.... ¡No! ¡Qué vergüenza! ¡Usé ese vestido justo...! —me estaba agarrando un ataque de pánico. Me movía para todos lados de los nervios.

—Betina no tiene nada que ver... yo no estoy más enamorado de ella. Ya le pedí el divorcio...

—¿Qué?! ¿Por mí? —me paré para mirarlo.

—Sí...

—¿Usted es mi jefe! Yo nunca lo vi con otros ojos.... Yo lo admiraba... lo estimaba pero de ahí a verlo como hombre.... —gesticulaba con las manos de nervios.

—¿No diga más nada, Cecilia!

—Con razón nunca me echó, especialmente con lo del video de Irina.... —empecé a darme cuenta de las cosas que habían pasado— Lo de no salir con nadie que fuera de la empresa... especialmente con Rafael.... Pero nunca se esperó que iba a salir con otra persona de afuera. Usted estaba celoso... me eligió como su secretaria para tenerme más cerca... y su cómplice era Melina. —me terminó de caer la ficha. Todo lo planeó para que no estuviera más con Germán y así le dejó la vía libre al jefe, y por supuesto ella tenía ese objetivo de hace mucho.

—Sí... ella era mi cómplice.

—Ahora todo me cuadra... ¡los dos son unos monstruos...! ¿Cómo me pudieron hacer eso? -e agarraba de la cabeza y empecé a sollozar.

—¿Por qué dice eso? ¿Quién ha sido así con usted? Creo que ningún hombre....

—Tiene razón ¡Nadie...! Ni me interesa ¡Usted me da asco! —me puse a llorar. El jefe no sabía que hacer. Luego, decidió tomarme de la cara.

—Intentémoslo... quiero que me conozca como hombre.... Permítame entrar en su vida —yo lo miré, más calmada, pero no cambié de parecer.

—Mañana le voy a devolver sus regalos... y el lunes le va a llegar mi renuncia. Le prometo no decir nada, no quiero ningún escándalo más. —no lo miraba más. Él se veía abatido. Pensó que le resultaría todo ese despliegue que hizo, pensando que me iba a conquistar.

—Está bien... no voy a impedirle nada. Tenga en cuenta, que si quiere buscar otro trabajo, puede ponerme de referencia en su currículum... yo voy a recompensarle por lo que hice. —se fue a su oficina. Yo pateé las canastas de flores y los pétalos de las camelias, volaban por los aires como si fuesen plumas.

Terminé mi jornada laboral. Me dirigí hacia el ascensor. Decidí dejar mis carpetas en la oficina, porque no pensaba llevarme el trabajo a casa. De repente alguien se puso al lado mío y seguido me asusté. Era Rafael.

—¿Ay! No te había visto. —le dije exaltada y luego me calmé.

—Siento que esto ya lo viví por segunda vez... como una especie de dejavù. —me dijo con una sonrisa.

—Sí... y no terminó muy bien. —le sonreí también. Nos quedamos en silencio mientras venía el ascensor. Cuando llegó y se abrieron las puertas, él me hizo pasar primero y entró después que yo. Se cerraron las puertas y comenzamos a bajar.

—¿Cómo fue tu día? —me preguntó curioso.

—Bien... mucho trabajo ¿Y vos? —le mentí. Lo hice porque tenía palabra.

—Bien, también.... Vi que te llegaron flores...

—Sí... una cortesía por la fiesta de beneficencia a la que fui el sábado. — otra mentira más. En realidad no quería contarle lo del jefe...

—¡Ah! Fuiste a una fiesta... ¿sola? —me dijo curioso.

—No... estaba el jefe y su esposa. En realidad, él me pidió que vaya como parte de la empresa.

—Y... ¿ese Julián?

—Sí, fue...

—¿Tenés algo con él? —me preguntó sin vueltas.

—No... no hay nada. —le dije segura, mirándolo con una sonrisa. Él me miró y noté como que me quería decir algo hasta que se animó.

—¿Te gustaría tomar algo? Yo estoy libre y pensé si...

—¿Irina? —lo miré. Rafael hizo una pausa.

—¿Qué pasa con Irina? —me dijo desorientado.

—¿Siguen juntos? —le pregunté ansiosa.... Un sentimiento raro me estaba invadiendo.

—No... yo corté definitivamente con ella. —me dijo sinceramente.— Y vos... ¿Estás con alguien? —me preguntó tímidamente.

—No... estoy sola. —a Rafael se le iluminaron los ojos y llenó su pecho de aire.

—Entonces... ¿tomarías un café conmigo? —me dijo ilusionado, con una sonrisa de oreja a oreja. Yo no perdí el tiempo.

—Sí... acepto tu invitación. —solamente nos quedamos mirándonos y sonriéndonos.

Nos fuimos en taxi hasta el café, porque a él se le rompió el auto y lo había dejado en el taller. Desde ese viaje empezamos a hablar. Llegamos y nos sentamos al lado de la ventana y enseguida se nos acercó un mozo.

Estuvimos como tres horas hablando en el café... hablamos de todos los temas y nos reímos también. Había descubierto en Rafael, cosas positivas... al revés de lo que me pasó con los otros hombres, que me deslumbraron con cosas superficiales... pero él me deslumbró su ingenio, su picardía, su humor... creo que ya lo estaba viendo de otra forma. Todos los prejuicios que tenía de él y su mala fama me hicieron no conocerlo del todo. Descubrí en Rafael, un tipo sensible, con buenos proyectos y con ansias de mejorarse día a día... tenía una sana ambición de querer ser un mejor profesional, pero que no había encontrado la mujer ideal... todavía.

Salimos del café y Rafael se fijaba si venía algún taxi libre... ya estaba comenzando a lloviznar.

—La pasé muy bien. —le dije contenta.

—Yo también... se tiene que repetir. —me dijo acariciando mi mejilla.— Ahora paro un taxi y nos vamos... que te deje primero a tu casa... el taxista digo.

—Sí, te entendí. —empezó a llover más fuerte.

—¡Uy! Qué lástima que no traje paraguas. —le dije a Rafael apenada.

—No importa, ya vamos a encontrar un taxi. Quedémonos acá porque va a ver mucha gente parando taxis —veía su rostro embelesada... veía su expresión esperando ver si llegaba un taxi... creo que me estaba empezando a gustar mucho. Me quedé mirando sus labios y me estaba generando un calor que venía desde mi pecho. Justo pasó un taxi y frenó.

—¡Taxi! —dijo fervientemente una vieja que se aprovechó y subió primero.

—¡Ey! —dijo Rafael enojado con los brazos abiertos hacia los costados.

— ¡No te la puedo creer! —dijo indignado. Yo empecé a reírme a carcajadas.

—¡Te ganó la vieja! —seguía sin poder hablar de tanto que me reía. Él finalmente, terminó riéndose.

—¡Qué vieja chota! —dijo riéndose. Ese comentario me hizo reír más, hasta que paré.

—No importa, Rafa... ya vendrá otro. —le dije mirándolo de una forma especial... no lo pude disimular. Él me miró y se dio cuenta. Me acercó más hacia él, tomándome de la cintura y yo lo tomé con mis manos en su espalda, tratando de que no haya tanta distancia entre él y yo. Se tomó su tiempo en mirar por todo mi rostro, con los ojos iluminados; como a nadie se los había visto. Lentamente se fue acercándose más hacia mí... ansiaba por un beso de

él. Rafael no se hizo esperar más que, finalmente, sus labios tocaron los míos. Comenzamos a besarnos y nos olvidamos del taxi, de la lluvia... y del mundo. De repente, Rafael temblando, dejó de besarme.

—¡Sí...! ¡Gracias Dios! —gritó desaforado mirando hacia arriba.

—¡Shh! ¡No grites...! —lo callé riéndome y atiné teparle la boca con mi mano.

Esta historia, estaba recién comenzando....